



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

EN CASO DE EXTRAVÍO

Crónicas de una viajera sudamericana

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

MARIANNE VICTORIA VON BERNHARDI PÉREZ

PROFESORA GUÍA: XIMENA PÓO FIGUEROA

Santiago, Chile

Octubre 2016

A mi Lala

AGRADECIMIENTOS

A las y los nómades caminantes, a las amigas y amigos del viaje, a todas y todos quienes me tendieron una mano. A mi fiel, incondicional e inmensamente amada compañera Jasha, por estar conmigo con su dulzura hasta el final. A Sofía Venzano por la delicadeza de su creatividad ilustradora. Y por último, y no por eso menos importante sino que todo lo contrario, quería agradecer a Marcelo Rodríguez por su tiempo, cariño y dedicación en la edición de estas crónicas. Pero por sobre todo, quiero darle las gracias por ser el primer amigo que me hice en mis viajes y que aún mantengo.

ÍNDICE

EXORDIO.....	8
CAPÍTULO 1: Primavera.....	18
1.1 Uruguay.....	19
1.1.1 Ruta Interbalnearia.....	20
1.1.2 Primavera en la República Oriental.....	26
CAPÍTULO 2: Verano.....	37
2.1 Brasil.....	38
2.1.1 Largo Tour.....	39
2.1.2 Gran Hermano.....	47
2.1.3 Martes en Pelourinho.....	54
2.1.4 Vacile en el nordeste.....	61
2.1.5 León Africano.....	71
2.1.6 Reinventarse.....	78
2.1.7 De Porto Velho a Manaus.....	89
2.2 Venezuela.....	98
2.2.1 Santa Elena de Uairén y la crisis del gas.....	99
2.2.2 Haribol.....	109
2.2.3 Esquizofrenia – Parte I.....	116
2.2.4 Esquizofrenia – Parte II.....	124
2.2.5 Esquizofrenia – Parte III.....	131
2.2.6 Contrabando.....	137

2.3 Colombia.....	144
2.3.1 Almirante Padilla.....	145
2.3.2 Hitos de Medellín.....	151
2.3.3 Pies de una niña.....	157
2.3.4 Lado P de Medellín.....	163
2.4 Ecuador.....	168
2.4.1 Tren de Alausí, la Nariz del Diablo.....	169
2.5 Perú.....	174
2.5.1 Señor de Sipán.....	175
2.5.2 Ilegal.....	180
CAPÍTULO 3: Otoño.....	183
3.1 Uruguay.....	184
3.1.1 Transbordo.....	185
3.1.2 Otoño en la República Oriental.....	189
CAPÍTULO 4: Invierno.....	197
4.1 Ciudad Vieja.....	198
4.2 Argentina.....	203
4.2.1 Los Buenos Aires.....	204
4.2.2 Amor hasta en las más feas.....	210
CAPÍTULO 5: Primavera.....	217
5.1 Isla de Flores.....	218

EPÍLOGO.....	224
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	229



EXORDIO

"La frontera sólo existe en el pensamiento de hombres escasos"

Ovidio Mejía Marulanda

Ese día el aeropuerto era una carpa blanca pequeña, llena de sillas, con mesones casi artesanales ubicados en el frente para hacer el check-in. No había mucha gente, no se veía esa locura de filas y aglomeraciones previas a las despedidas. Hace más de una semana había sido el terremoto de 2010 que sacudió a todo el país. Que provocó que me replanteara mis planes, mis proyectos y la idea de vivir fijamente en otro lugar.

La primera vez que, por defecto, salí a recorrer el mundo sola quería escapar. Con mi mochila a la espalda busqué rehuir de la vida de cartón pre fabricada que me había armado, de las expectativas, de lo que tenía que ser y hacer según los que los otros esperaban de mi, según lo que yo quise y pensé que era el camino tradicional perfecto para seguir. Me oculté en vagones, en hostales, en museos, en calles pequeñas. Caminaba desde que salía el sol hasta que se hacía de noche y luego me encerraba en mi cuaderno, en los recuerdos, en las historias, en mi miedo de no querer olvidar y en mi afán por dejar la vida que llevaba hasta ese entonces atrás. Escribía la mayoría de lo que me pasaba en múltiples libretas. Sobre las personas que iba conociendo, sobre los pequeños café de esquina, sobre las calles de adoquines, sobre los lugares que terminé amando.

Pase casi un año cambiándome de ciudad en ciudad, bajándome de un tren para subirme a otro, tomando barcos, durmiendo en estaciones, pasando frío y calor. Viví todas las temporadas europeas en los más distintos y variados países que terminaron sumando 17. Ayudé en los eventos que se organizaron en Amsterdam para juntar dinero en beneficio de las pescadoras de Coliumo damnificadas por el terremoto. Trabajé en un bar en Londres y recogí uvas bajo el calcinante sol de Ibiza.

Fue en el 2010. El año que se escuchó hablar de Chile por el terremoto 8,8 y el consecuente tsunami que afectó a la zona centro-sur del país y que dejó alrededor de 525 muertos y 25 desaparecidos; el año en que la derecha ganó las elecciones presidenciales después de 20 años del fin de la dictadura; el año en que Chile conmemoró el bicentenario del inicio del proceso de independencia con un show de luces en La Moneda; el año en el que el derrumbe de la mina San José dejó a 33 hombres atrapados a unos 720 metros de profundidad durante 70 días, haciendo eco en el mundo con la realidad de la vida minera.

Durante el mismo período en Europa se desarrollaba una de las crisis económicas más fuertes que ha sufrido el continente. Grecia era el primer país en caer y la población se manifestaba en las calles en contra de los planes de recortar el gasto público a cambio de la ayuda económica otorgada por la Unión Europea (UE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Mientras, se realizaba la XIX edición de la Copa Mundial de Fútbol en Sudáfrica donde España le ganó la final a Holanda 1 a 0. Pero la felicidad por el triunfo no duraría mucho, ya que al término de ese año también España empezaría a sufrir la crisis.

Pero en ese mes de marzo, cuando salí del aeropuerto en Berlín, sentí un frío inimaginable. No era sólo por la temperatura, o por la falta de sueño, o por el cansancio debido a las seis horas de espera en el aeropuerto de Barajas. Tenía frío porque no sabía qué hacer. Porque había planeado meticulosamente mi vida y ya no estaba segura de querer seguir mis indicaciones. Por lo mismo, luego de pasar una semana entre nieve, entre fotos en blanco y negro, entre despedidas, tomé mi maleta y un bus que me llevó a mi primera parada y la que por mucho tiempo fue mi sede de movimiento: Amsterdam.

Anoche mi pijama olía a Berlín, al departamento, a sus esquinas. Era tanto que con el simple hecho de respirar ese olor recordaba todo. Lo añoraba, no quería perderlo, dejarlo ir. No quería que se esfumara con la noche y despertara en la mañana con un olor que no era ese.

En un momento pensé en levantarme y sacarme el pijama. Guardarlo donde estuviera seguro, donde no fuera a perder su olor. Pero no lo hice. No deseaba dejar escapar ese aroma de mi nariz, las imágenes de mi cabeza. Así que tomé la polera fuerte y me escondí entre sus telas durmiéndome en ellas.

Hoy tengo miedo de oler mi pijama. Miedo de que los recuerdos se esfumen para siempre. Tengo miedo que al perder el olor pierda el amor y todos los sueños.

Me aterra que mi pijama deje de oler a Berlín.

Con los días dejó de importarme lo que pensara mi familia sobre qué iba a hacer a 12.517,09 kilómetros de mi país. Dejó de importarme el hecho de dejar por segunda vez una carrera universitaria -primero había sido derecho y ahora periodismo-. Dejé de verme como una fracasada y asumí que la vida que creía perfecta quizás no lo era tanto, no para mí. No en ese instante. Me di cuenta que había más, que yo quería mucho más y que mi vida recién estaba empezando. Cuando dejé de tener miedo de perder, de perderlo todo, empecé a ganar.

Aún así nunca me creí el cuento de que por ser mujer iba a ser distinto. Seré sincera, me acomodaba la idea del privilegio y el cuidado excepcional que todos me decían tendrían conmigo, pero viajar solo es viajar solo y punto. Si uno está abierto a posibilidades, a conocer personas distintas, a aceptar la ayuda cuando la ofrecen y a pedirla cuando se necesita ya está. Más allá del género, del masculino o femenino de la palabra, para todos viajar solo conlleva lo mismo: puedes ir donde quieras, a tu propio ritmo, con tus propias reglas, aprendiendo qué quieres y cómo. Aprendiendo quién eres. Pensar en que es distinto si uno es hombre o es mujer, sigue siendo una anacrónica -pero a veces tan difícil de obviar- forma de discriminación.

A los meses mi triunfo se convirtió en una extraña pero increíble sensación: el mundo me pertenecía y no había nada que me detuviera. Pese a los sucesos que pudiesen acontecer ya no creía en los límites, en las separaciones, en las determinaciones de espacios ni en los reglamentos fronterizos. Con un ticket de tren falso en mano, que había logrado comprar por amigos de amigos -clásica pillería chilena-, tenía el poder de elegir irme a donde quisiera cuando se me diera la gana.

Así terminé conociendo en un tren rumbo Auschwitz a nueve españoles con los que viajé por casi dos semanas; o como con un inglés, un sueco y una vasca pasamos toda una noche cantando y bailando con gitanos en Koprivshtitsa, Bulgaria, para después dormir en una carpa de su campamento. Después conocí el Mar Negro en Şile, a casi dos horas de Estambul, y nadé entre corontas de choclo al lado de mujeres que se bañaban completamente tapadas. Pese a que estando en el mar me sentía como en casa, cuando miraba alrededor tenía la impresión de estar en una Torre de Babel de los tiempos modernos.

No niego que muchas veces pasé frío, miedo, hambre. Soledad. Es imposible desmentir que al principio viajar sola y aprender a amar lo que hacía me costó mucho. Que no sabía muy bien qué hacer cuando me robaron mi maleta rumbo a Hungría y en cambio de viajar directo a Budapest, me tuve que bajar del bus en Bratislava, Eslovaquia. Tampoco olvido cómo me angustié en el taxi el día que iniciaba mi travesía mochilera e iba a tomar un bus rumbo a Viena y Amsterdam no se movía nada a causa de una competencia ciclista.

Apenas regresé a Chile pensé que me había perdido la oportunidad de observar en verdad el viejo mundo. Me criticaba haber visto sin mirar, al considerar que había pasado corriendo de un lado a otro. Pero con el tiempo me di cuenta de que aprendí otras cosas. Nadie me podía quitar la fuerza que había ganado, la seguridad en mí misma que construí, esa que me hacía pensar que todo lo podía; o que al menos debía intentarlo. De que viajar en un barco en tercera clase, tratando de dormir en sillas rotas, desde Barcelona a Civitavecchia, en Italia, era un placer. Era libertad.

No sólo vi la arquitectura, los museos, los parques del otro lado del charco. No sólo caminé por la Via Appia Antica –por donde antiguamente todos llegaban a Roma- por horas perdida hasta que le hice dedo a un italiano que me devolvió a la certidumbre que entendía como la civilización. No sólo experimenté qué era que me drogaran en un local llamado Las Dalias en Ibiza por no hacerle caso a mi mamá cuando me decía que nunca aceptara licores de extraños. Gané amigos, experiencias, kilometraje cultural. Aprendí que uno no conoce al otro, no sabe qué pasa en otros lugares hasta que está ahí y lo vive con ellos.

Nada me resultó tan revelador como escuchar la historia de una mujer de Aruba, acostada en una cama a su lado, en un viejo hotel de Génova. Había perdido la combinación de tren con destino a Roma, por lo que debía esperar unas horas a que saliera otro, así que decidí ir a un centro de internet y averiguar qué podía hacer en la capital de la región de Liguria. Ahí fue donde la conocí a ella.

— Anda a tomar un café conmigo. Es allá en el Hotel Vittoria, cerca de la estación. Habitación 108. Pregunta por Mirtha — me explicó.

Pregunté por Mirtha. Bajó y nos fuimos un rato a la terraza a fumar para luego subir a su pieza. Como si yo le hubiera sacado un tapón de su pecho que por fin le permitía respirar, comenzó a desahogarse. Me habló de traición, de sus hijas, de lo que había sido para ella su bella isla de Aruba.

— Llevó tres años malos que miro para atrás y no puedo entender el por qué — me confesó.

Se fue a vivir a Santo Domingo con su hija porque había conocido a su actual amor por internet y él vivía allá. Ella quería probar. Pero

al poco tiempo su hija la echó y se quedó sin nada. Vagó por calles, conoció gente, pero los rumores empezaron a atestar sus oídos como pequeñas arañas y se tuvo que ir.

— Mi hija volvió a Aruba diciendo que no sabía nada de mí ni de mi paradero — prosiguió afligida.

Mirtha me contó que la verdad era que su hija la quería muerta por su herencia y había vuelto a Aruba diciendo que no sabía nada de su madre, por lo que tenían que declararla como presunta desgracia.

— No te imaginas cuánto extrañaba hablar — me dijo —. El estrés y los pensamientos me estaban comiendo. Casi no salgo de mi habitación porque me da miedo caminar por acá, me da miedo encontrarme a alguien. Además, no aguantó los dolores de cabeza.

La sangre comenzaba a correr por su nariz y el rímel chorreaba por sus mejillas.

Los viajes se vuelven una forma superior de conocimiento donde uno va descubriendo su propia identidad hasta los límites más extremos. Es posible verse en la mirada de los otros, en el reflejo de sus ojos. Es posible contemplar la mirada de uno mismo en ellos, como yo me pude ver cuando conocí a Mirtha en Génova. No hay nada que ocultar y uno se siente con la libertad plena de pensar, decir y hacer todo lo que encuentre correcto. Viajando los convencionalismos se vuelven difusos hasta que uno es capaz de resignificarlos al mismo tiempo que lo extraño se vuelve familiar. Nos volvemos invisibles, para internarnos en la piel del otro y observar su sociedad, a la vez que nos recogemos a nosotros y nos volvemos conscientes de quiénes somos.

Hoy la modernidad ha hecho que todo parezca mucho más fácil y accesible, pero no por eso siempre es mejor. Si uno quiere simular que está viajando por una ciudad es cosa de poner *GoogleMaps*, *GoogleEarth* o la última aplicación de Mapas para Mac y marcar la opción de *Street View*. En menos de un minuto se pueden ver los rascacielos de Nueva York, recorrer la Gran Muralla China y admirar las pirámides de Egipto. Si uno quiere convencerse de que conoce sobre la vida de alguien por medio de un artículo o un reportaje es posible hacerlo. Pero no es suficiente, es una trampa.

No bastaba con leer noticias de los cambios que se estaban viviendo en Uruguay con Pepe Mujica de presidente. No me pude conformar con escuchar diversas y contradictorias versiones de lo que estaba ocurriendo en Venezuela, con el cambio de Hugo Chávez a Nicolás Maduro, para entender qué sucedía realmente. Me pareció precario, en mi rol de periodista, el simple hecho de pensar Colombia por los mitos de drogas y guerrillas.

La era 2.0 acerca y, a la vez, confunde a una mirada miope. Por lo mismo, en esta oportunidad organicé mi viaje y pesqué mi mochila con la clara convicción de que uno realmente no conoce hasta que ve y hasta que vive. Mi primer viaje cumplió con el típico cliché de que viajar no es escapar sino que encontrarse con uno mismo y con otros. Llegó ese momento en que dejé de correr con la vida y comencé a caminar con ella. Ahora era tiempo de acabar con la cursilería y explorar: describir nuevos lugares, analizar situaciones, comparar realidades.

De abrir los ojos y mirar.

Antes de pasar unos días en un *Club Med* de Brasil no tenía la menor idea del fomento a la prostitución blanca -incitada por los mismos jefes- en ese tipo de resort. O no imaginaba qué era cruzar por carreteras ilegales desde Venezuela a Colombia en un carro lleno de contrabando. Menos aún podía advertir que según el servicio de emigraciones peruanas yo llevaba cinco años de ilegal en dicho país, por lo que tenía que pagar de multa un dólar por día, lo que significan alrededor de 1800 dólares y a mí no me quedaban más de 80.

Aprendí que viajando a veces es sano despegarse de la tecnología del cotidiano. *Dejar Facebook*, olvidar *Whatsapp*, posponer los *mails*. Recordé que es mejor preguntarle a un local cómo llegar a un determinado sitio antes que revisar en el celular un mapa. Cuando una viaja sola conoce personas increíbles que en muchas ocasiones terminan siendo tus grandes amigos, tus amores de viaje, los confidentes a quienes les contarías toda tu vida. Porque cuando una viaja no tienen que haber caretas ni prejuicios. Viajar es deconstruir y reinventarse: uno se arma y se desarma cada nuevo día, en cada nuevo lugar, poniéndole cara al pánico que eso puede producir.

También es exponerse y aprender a cometer errores sin juzgarse tanto, a pedir ayuda sin vergüenza, a afrontar los miedos con la mejor disposición porque no queda de otra. Viajando una crece y desafía sus propias capacidades, desarrollando la intuición y el sentido común. Viajando se aprende la tolerancia, se adquiere el don de la paciencia y la humildad. Se olvidan los límites, las fronteras se vuelven difusas y las guías dejan de ser tan necesarias. Viajando una aprende a experimentar la verdadera sensación de libertad.

En casi un año viaje a siete países, transite por alrededor de 44 ciudades, conocí decenas, centenas de personas. Me transporté en aviones, en buses, en barcos, en una camioneta de contrabando, en una van de puerta a puerta, en un colectivo sesentero adornado con calcomanías religiosas. Dormí en asientos, en sillas, en camas, en hamacas, en estaciones, en hostales, en casas de desconocidos, en un resort. Durante ese período las aventuras se fueron convirtiendo en diversas crónicas. *En caso de extravío: crónicas de una viajera sudamericana* es un compilado de gran parte de las historias que viví durante mi travesía.

Viajando una a veces se extravía pero siempre se vuelve a encontrar.



PRIMAVERA



URUGUAY



RUTA INTERBALNEARIA

Armé mi carpa en la punta del Faro Artigas, al lado de la Playa de los Pescadores y sus botes de colores, más allá de la feria de los artesanos, frente a las ruinas de un viejo parador abandonado de techo de paja consumido por la erosión. Pero mi osadía no duró mucho. Nunca supe si era sólo el viento o alguna persona que me rondaba, pero me vi obligada a mudarme de sitio a la mitad de la noche. Al otro día tres viajeros argentinos me adoptaron como a una más.

Cociné durante la tarde pasta con mariscos. Puse prolija y delicadamente la mesa como me habían enseñado en mi niñez. El tenedor a mano izquierda al igual que la servilleta, el cuchillo y la cuchara a la derecha cerca del vaso o la copa. Con tres cubiertos teníamos de sobra, pensé yo, así que me fui a duchar y me arreglé por primera y única vez en todo mi viaje. Me puse un vestido rosado pálido con estampado de flores hawaianas azules, me cepillé el pelo, me pinté los labios rojos, colgué de mis orejas unas argollas y salí del baño. La cena estaba lista. Era mi gesto de agradecimiento hacía los tres.

Días antes había llegado en bus a Colonia del Sacramento pero no me interesaba tomar otro para salir de ahí, además si lo hacía probablemente me iba a desfaltar. Si en Chile nos quejamos que transportarnos por la carretera es caro, qué decir en Uruguay. Según la página oficial del terminal Tres Cruces, en época de invierno un solo pasaje desde Montevideo a Colonia -177 kilómetros- cuesta alrededor de siete mil pesos chilenos ida. Y desde Colonia a Punta del Diablo la cifra asciende a 19.000. Allá

todo era caro, incluso un paquete de fideos podía llegar a costar mil pesos chilenos, un poco menos de cinco pasajes valor estudiante en locomoción colectiva.

Además, más allá de los valores, siempre para mí ha sido un placer sin culpas hacer dedo. Recorrer la ruta con desconocidos, escuchar sus historias, aguantar sus llantos. Como aquel hombre que se había enterado de que su mujer le era infiel y fue tanto su shock que se desbarrancó mientras manejaba. Ella, meses después, además de pedirle el divorcio lo demandó por haberle destruido su automóvil. O como el otro que parada cada treinta minutos en un aparcado de la carretera para hablarme de la enfermedad de su esposa, de la vida de sus hijos, de sus años de alcoholismo al punto que se empinaba una cerveza. Esa vez me tuve que bajar. Llevaba más de dos horas en el camino de Valparaíso a Santiago y mi Lala me esperaba para tomar once.

En aquella oportunidad en la Ruta Interbalnearia de Uruguay no me topé con hombres sufrientes ni buenos para la botella. Dos camioneros, un necesario chofer de bus, un escribano y un conductor de camioneta, esos fueron mis pilotos. Con el primero volví a Montevideo tomando mate y disfrutando de los destellos del calor en la cara que atravesaban por el vidrio. Era la manera más placentera de seguir el día luego de una mañana de facturas y café.

De ahí, no me quedó otra para salir nuevamente de la capital que tomar un bus a Atlántida y bajarme en la carretera frente a una gasolinera. En ese lugar, por error, confesaría después, me levantó Enrique Crispino. Un caballero de 64 años que se desempeñaba como escribano. Y hablamos de mis temas preferidos para instruirme en Uruguay: José Mujica y la marihuana.

— Yo creo que Mujica es un hombre honesto con excelentes ideas para discutir en un boliche, con un modelo de vida austero que es acorde a lo que él piensa, insospechado de cualquier tipo de participación en asuntos vinculados a corrupción. Pero que tiene un único grave defecto y es que habla demasiado — sentenció Crispino.

— Lo de la marihuana me parece una buena medida para experimentar un camino, porque las otras vías ya han demostrado que no han dado resultado aunque no sé si éste lo haga. Pero algo hay que hacer. Hay que experimentar — manifestaba el escribano. Con su pelo canoso, su lente óptico algo sucio y fijamente concentrado en la ruta. Estaba pronto a dejarme a la altura del Cerro Pan de Azúcar, que con menos de 400 metros es el tercero más alto del país, para que luego me levantara Oscar Omar Martín Reverte, un camionero de 53 años con quien continúe la misma conversación. Él ni había votado a Pepe Mujica para presidente ni estaba de acuerdo con la legalización de la marihuana.

Y entre tanta ley y política recordé que en Chile no quedaba nada para las elecciones presidenciales y parlamentarias. El domingo 17 de noviembre sería el día decisivo donde o continuaría el gobierno de la derecha a manos de Evelyn Matthei —lo que era bastante poco probable- o volveríamos al mandato de Michelle Bachelet, quien proclamaba una vez más el cambio, que en su anterior período había prometido pero nunca cumplió. El cambio en salud, en educación, en Constitución. Las noticias en los diarios chilenos giraban en torno a eso y al tenis que revolucionaba a los fanáticos con las visitas de Novak Djokovic y Rafael Nadal.

A mi la verdad mucho no me importaba en ese momento. Ya estaba en el Departamento de Rocha y Punta del Diablo era un pequeño pueblo de pescadores que al principio se llamó Aldea del Mar y Santa Teresa de la Coronilla hasta que a mediados del siglo XX se le comenzó a llamar Cerro de Los Pescadores de la Punta del Diablo, debido a que muchos de sus habitantes venían de un paraje con ese nombre. Sus playas ocupaban alrededor de 10 kilómetros de costas y había leído que en sus aguas vivían tortugas verdes, unos animales marinos milenarios que se encuentran en peligro de extinción. Yo quería verlo todo.

Apenas me bajé de la camioneta, en el centro del pueblo, conocí a un motoquero argentino. Pase donde la policía y luego de ver que no les importaba mucho dónde fuese a acampar, di unas vueltas y me dirigí a armar mi carpa sobre la arena -entre las rocas cerca del faro- y salí a caminar. La noche era silenciosa, la acompañaba sólo el murmullo del viento, del mar y de los grillos. Punta del Diablo parecía albergar toda la calma y tranquilidad que estaba buscando. Su población permanente era de 823 residentes. La misma cantidad de gente que debe vivir en sólo una manzana del centro de Santiago.

En algún momento pensaba que estaría un par de días ahí durmiendo, leyendo, caminando y haciendo playa hasta que sería hora de partir a otro lugar. No cabía en mi mente almuerzos y cenas en el Cero Stress, un restaurante tipo cabaña playera ubicado frente al mar, tampoco que recorrería parte de las 3.000 hectáreas de extensión del Parque Nacional Santa Teresa y admiraría su gran Fortaleza. Ni qué pensar que vería con los pies en el agua de la Laguna Negra un maravilloso atardecer lleno de colores violetas,

azules, rojos, naranjos y amarillos que se entremezclaban con el azul y el acero de la noche.

Esa noche simplemente me acosté en mi carpa lista para dormir. Pero el viento corría fuerte y el silbido en mi oído no se detenía, era peor que un zancudo revoloteando. Por lo menos a esos los puedes matar. En un minuto los ruidos dejaron de ser sólo del viento y se convirtieron en pasos por la arena, en respiración, en la apertura de un cierre de pantalón, en el ruido del pipi cuando cae sobre las rocas. Y pese a que tenía puesto un candado en la entrada de la carpa sentí miedo, de esos profundos que se instalan en el pecho y amenazan con hacerte tiritar.

— ¿Quién anda ahí? ¿Qué querí? — grité con voz ronca y segura pensando que así iba a ahuyentar a quien fuese que estuviese merodeando.

Cuando me armé de valor saqué el seguro del candado y abrí lentamente las puertas de mi cueva roja. La noche era negra como el carbón, las estrellas titilaban en el cerro y la luz blanca del faro me alumbraba a cada vuelta. Parecía que el viento había aumentado su fuerza y me di cuenta de que sería imposible pasar la noche ahí. Así que como pude tomé la carpa armada entre mis brazos y la fui arrastrando de a poco hasta el parador abandonado. Y entre botellas, entre papel higiénico tirado, entre piezas desoladas, entre rayados y grafitis en las murallas busqué el lugar más oculto para volver a rehacer mi itinerante hogar. Cerca de una apertura que alguna vez fue una muralla, frente al espacio más amplio del lugar, me ocupé de que el viento no me alcanzara y me volví a guarecer.

Pero empecé a ver cómo el amanecer comenzaba con el primer rayo de luz y yo seguía despierta, atenta a cualquier movimiento,

pendiente de cualquier ruido. Y cuando finalmente salió el sol pude relajarme y dormir por un par de horas hasta que el calor y el encierro me llamaron a salir. Cerré mi casa, caminé hasta la Playa del Rivero y me eché en la playa a leer. Por la orilla se paseaba con una tabla un hombre delgado, musculoso, de tez morena y pelo negro que me miraba de tanto en vez. Pero no fue hasta que apareció el motoquero argentino del día anterior que la magia comenzó a ocurrir. — ¿Qué haces chilena? ¿Todo bien? ¿Un matecito? — me dijo con una sonrisa y con los ojos achinados detrás de sus lentes de sol.

Con Fer —el dulce navegador de veleros—, Nacho —el místico surfista— y Camilo —el simpático amante de cantar boleros—. Con ellos me insolaría tomando mate y comiendo galletas luego de mi tormenta personal de la noche anterior.

Entre la arena y el sol, entre la historia de mi noche y las respuestas a las preguntas de por qué viajaba sola, no podía pronosticar que ese día tres argentinos se transformarían en mis compañeros de viaje, o yo en la de ellos. Que serían mis Tres Mosqueteros, que me iría a pasar unos días a su cabaña, que me cuidarían como si fuese una hija, una amiga; las más pequeña de la banda, me decían. No sabía que compartiríamos tanto nuestras vidas, que me enteraría que los tres eran amigos porque se habían conocido años atrás en Narcóticos Anónimos, aprendería de la lucha diaria por mantenerse sobrio, del orgullo por los años limpios, de cómo un grupo de amigos se transformó en el mejor grupo de apoyo, tanto para ellos como para mí.

PRIMAVERA EN LA REPÚBLICA ORIENTAL

En el momento en que el avión aterrizó en el aeropuerto de Carrasco, en Montevideo, no tenía expectativas, sólo sueños de viaje. Al descender del avión y entrar al pasillo que me sacaría al mundo exterior, afrontándome a la sensación de estar como en una piscina temperada de esas techadas -por el calor pesado y la sofocante humedad-, nunca se me pasó por la cabeza que llegaría el momento en que no me querría ir del país.

Cuando me vi frente al edificio tocando en el citófono el 602, parada al lado de una mujer que esperaba que alguien la dejara pasar para poder medir alguno de los suministros básicos, me sudaban las manos por lo que estaba haciendo y no podía echarle la culpa a la humedad. Al verlo bajar en ese ascensor antiguo y abrir la reja despeinado, mientras me sonreía con sus ojos levemente achinados y me preguntaba cómo andaba, era imposible adivinar lo que pasaría: que después de caminar por la rambla costera a la orilla del Río de la Plata, dormir la siesta y hacer tour de bares con sus amigos hasta el amanecer, cambiaría lo básico de mis planes y en vez de quedarme sólo una noche dormiría tres en la casa de B.

Al salir del aeropuerto lo único que sabía era que me habían recomendado ciertas cosas para hacer -como visitar la feria de Tristán Narvaja o comer Chivito- y que tenía que esperar, en alguna parte, el bus DM1 que me llevaría al barrio Pocitos, ubicado a metros de la Rambla del Río de la Plata, denominado así porque en sus inicios las lavanderas llegaban a la orilla del río donde cavaban pozos en la arena para conseguir agua y lavar la ropa.

Llegaría ahí, a la casa de un completo desconocido que había ubicado unas semanas atrás por *couchsurfing* y que supuestamente me recibiría sólo la primera noche en Uruguay. El primero que me había escrito, la primera casa en la que me quedaría desde que en 2010 abriera mi cuenta en esta plataforma virtual que ofrece la posibilidad de buscar hospitalidad por parte de un local en cualquier parte del mundo.

Tomé el bus y a medida que empezó a avanzar todo me sorprendía. Montevideo era verde, completamente verde. Veía personas sin polera por la calle, algunos llevaban termos bajo el brazo y sus materos en la mano. La ciudad avanzaba con una lentitud desconocida para mí en comparación con cualquier otra capital que conociese. Lo que era probable en un lugar donde, según los datos presentados por el Instituto Nacional de Estadística uruguayo en 2014, sólo viven 1.377.617 personas de 3.421.062 que habitan en todo el país.

Al caminar por esas estrechas calles no imaginé que sentiría olor a asado casi todos los días al pasear por ellas, cuánto disfrutaría el lento transitar de las nubes por el cielo, lo mucho que terminaría amando los balcones de sus pequeños edificios que tanto me recordaban a París. Era como si en Montevideo siempre fuese domingo. No como en Santiago, donde ya casi nadie se ve y la mayoría siempre corre. Donde pareciera ser que progreso es cada vez más edificios y de mayor altura, como el obelisco fálico omnipresente de Paulman llamado Costanera Center, ese mismo que se ve desde casi toda la ciudad. Pero allá no, no es así.

No sabía que aprendería que hay carretas tiradas por caballos que transportan personas –como los carritos bicicletas que hay por

acá, esos que usan principalmente los cartoneros- y que muchas veces tienen un problema enorme: pueden atropellar y matar más personas de las que uno podría llegar a concebir, según me dijeron, aunque nunca pude encontrar cifras que lo comprobaran.

O que por alguna extraña razón, con el calor pesado que hace en primavera, no había nadie que se subiera a vender helados a los omnis.

No recuerdo cuánto rato habrá pasado mientras divagaba por la ventana, pero no faltaba mucho para bajarme del bus cuando le pregunté al conductor dónde era mi parada. Descendí y volví a esa humedad que mantendría mis manos pegotes, con ganas de lavarlas cada cinco minutos los próximos días. La humedad evidenciaba algunas de mis obsesiones.

Miré alrededor y me acerqué a dos mujeres que fumaban fuera de una peluquería para que me dijeran cómo llegar a la dirección que tenía anotada en mi cuadernillo. No quería ver un mapa, necesitaba dar vueltas, conocer sus calles, preguntar simplemente para saber más o menos por dónde ir y así poder tomar cualquier vía que quisiese. En el fondo sabía que en Uruguay era imposible perderse. En comparación con Santiago que cuenta con treinta y siete comunas, Montevideo sólo tenía 8 y en un poco más de media hora caminando era posible cruzar por lo menos 3. Empezar en Pocitos, cruzar Barrio Sur y llegar a Ciudad Vieja.

Yo ya tenía inventada una *chiva*¹ para quedarme sólo una noche y partir al otro día, para decir que muchas gracias por recibirme pero que tenía un viaje que hacer. Pero las tardes se transformaron

¹ Mentira.

en hablar y caminar, en deambular por Ciudad Vieja, tomar cerveza de mate en el Mercado Agrícola, escuchar música ska en un pequeño escenario ubicado en plena calle, celebrar como año nuevo un domingo cualquiera siendo parte de las Cuerdas de Tambores que recorrían la zona sur al ritmo del candombe, manifestación cultural surgida en la época colonial como el principal medio de comunicación de los africanos esclavizados.

La sociedad uruguaya se desenvolvía de una forma completamente distinta a la chilena. Los espacios, los lugares, no se separaban por rango etario o clase social; ni siquiera los bares, como sucede en la mayoría de los barrios santiaguinos. Las personas en general eran cultas, amables, cálidas, educadas y simples. La sociedad era diversa, probablemente debido a la gran variedad de nacionalidades que existe.

Se veían felices. Sin embargo, a la gran mayoría la invade la nostalgia y melancolía de lo que fue: las historias de los mates eternos en cualquier lugar, a cualquier hora. Los recuerdos del pueblo, de la infancia perdida, de los amores de juventud. La nostalgia es tal que debería no haberme sorprendido tanto el hecho de que aún mantengan las tiendas para arrendar películas de *Blockbuster*.

La mañana que me fue a dejar al terminal para seguir mi rumbo no fui capaz de decir nada. Por momentos quería quedarme pero decidí que era mejor seguir con el precario itinerario que me había creado. Sólo un bus, el resto a dedo, la carpa y el saco de dormir sujetos de mi mochila. Era necesario no detenerse, seguir. Porque viajar es eso: lugares, movimiento, olores. Personas que van y

vienen, lugares que se guardan en la retina. La construcción de la mirada.

Caminé por las calles adoquinadas de Colonia del Sacramento, declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1995, viendo las luces de Buenos Aires a lo lejos. Fumé en playa Jamaica, echada de espaldas sobre un tronco mirando las estrellas y conversando de la vida. Sentí el viento por mi cara, envolviendo mi pelo mientras volaba en bicicleta. Recién comenzaba la travesía. Era el inicio de los ratos en carretera buscando vacas en los prados, del desfile de conductores, de las historias de camioneros y escribanos que me pararían en la carretera y me contarían del país con el nombre de un río que recién empezaba a conocer.

De Atlantis, Pan de Azúcar, Punta del Diablo y el atardecer en el Parque Nacional de Santa Teresa. Era el preludio a encontrar el hotel abandonado donde armaría mi carpa a pasos del faro, donde pasaría una noche cagada de miedo sin casi siquiera poder dormir para que luego, al otro día, conociera a tres argentinos que me adoptarían en su cabaña por un par de días. Era el lapsus antes de llamar y volver.

Lo que menos espero cuando estoy viajando es engancharme porque se corre el riesgo de idealizar, pero a mí me había pasado. La ilusión humedece la realidad, la hace pegajosa y en su viscosidad nubla la razón. Pero recuerdo ese día en Punta del Diablo mientras caminaba por sus calles de tierra en busca de un teléfono público o alguna cabina sin encontrar nada. Volví así a la cabaña y llamé a quien unos días atrás me había hospedado.

— Lo que voy a decirte ahora no tiene ningún sentido lógico en verdad, pero quiero volver a verte — susurré.

Y con cosquilleos en la guata arreglé mi bolso para regresar al amanecer del otro día a Montevideo.

Viajando a veces es más fácil llegar a querer. Por alguna extraña razón uno puede verse en los ojos del otro como si ese fuese justo el momento exacto para entablar algún tipo de relación entre ambos. Es posible encontrar personas que ven la vida de una forma similar a una, con sueños y expectativas parecidas. Y como no se sabe qué va a suceder ni cuánto tiempo va a durar es más fácil darlo todo en el proceso. Por lo mismo, decidida volví a cargar mi mochila calle arriba, con la lluvia incipiente que ya empezaba a mojar.

Cuando volví a tocar el timbre el que salió ya no era un desconocido para mí. Me perdí en las marcas de almohada en su cara, en su olor. Subí nerviosa por el ascensor, entré levemente asustada a su casa, pasé a dejar mi mochila a la habitación que el primer día fue mía y decidí vivir. Entre ofertas de países, de cambios por trabajo, me enredé otra vez entre sábanas, me envolví en risas, me mojé en la lluvia torrencial que caía afuera y empapaba mi cara y mis hombros por la ventana.

Caminé. Escuchaba música, desordenaba mi pelo, jugaba en mi mano con las llaves, con esas llaves de puerta uruguaya de ensoñación. Sonreía. Asumir los deseos sin miedo y seguirlos era una exquisita forma de experimentar la libertad que proporcionan los viajes. Seguir el instinto, las vísceras y actuar aprovechando las opciones que se me presentaban previo a volver al camino y

continuar ruta. La pregunta retórica que no me hacía era dónde iba realmente.

A la mañana siguiente compré un pasaje en bus, que me costó igual de caro que casi todo en Uruguay, y como olvidé activar mi tarjeta del banco antes de salir de Chile no me quedó más plata en mi billetera que para dos pasajes de omni.

Pese a eso, me fui a Cabo Polonio, un balneario ubicado en el Departamento de Rocha que se sustenta en base al turismo y la pesca. Subí las dunas, caminé por la orilla de la playa, admiré sus pequeñas casas hippies de colores –donde la mayoría no cuenta ni con energía eléctrica– y fui al faro donde me detuve a mirar los lobos marinos que tomaban sol en las rocas. Casi iguales a los que se ponen en Valparaíso frente al Muelle Barón.

Cuando se anda sola nunca falta quien te hable, quien te ayude o quien te invite a dormir, a comer, a seguir camino. Aquella vez no fue distinto. Comí asado junto a otros once uruguayos, me emborraché con ellos tomando fernet, los escuché cantar clásicas milongas hasta que comenzó a hacerse de noche y decidí tratar de volver a la entrada de Cabo, pero no logré llegar. En el camino otro camión tipo safari se había quedado en pana y el conductor del mío paró a ayudar. Ya era de noche, el cielo se había llenado de estrellas y no pasaba ni siquiera un auto que me pudiera sacar de ahí.

No me quedó otra que quedarme a esperar con los cuidadores de la entrada a Cabo Polonio -Carlos y Mario Pérez- el milagro de que pasara un auto que pudiera darme un aventón. No sucedió. En mi aún leve estado etílico no encontré nada mejor que empezar a

preguntarles por el presidente Mujica, como tanto me gustó hacer en mi estadía en Uruguay.

— Es una persona normal, de campo, bruta. Es bien gaucho él y eso se valora. Además, es una persona tranquila y que dice las cosas de frente — dijo Mario. El respeto de los uruguayos en gran parte se debía a la identificación que sentían por él. Pepe Mujica no cambió al convertirse en presidente, no se enriqueció con su cargo; y, según ellos, no se olvidó de su pueblo.

Cuando se viaja es posible romper mitos, justificar creencias, afirmar intuiciones. Y Uruguay para mí se había vuelto atractivo por su presidente. Quería saber cómo era el país donde había nacido Pepe Mujica, cómo era su gente, de qué forma vivían, qué pensaban de él. Entre mate y mate, Carlos y Mario me hablaron de seguridades sociales, educación gratuita y del auge en políticas públicas. Cosas que suceden a casi 2.558 kilómetros de Chile, aunque los escenarios se encuentren a años luz de distancia.

Las horas pasaron y ni luces se veían en la carretera, por lo que Carlos me llevó entre campo y olor a eucaliptos a la casa de los cuidadores que estaba como a doscientos metros del lugar. Calentó comida en un caserón y sirvió la cena para ambos. Luego, me llevó a su pieza para que alcanzaré a dormir unas horas antes del amanecer y me regaló su tabaco y sus papelillos de liar, esos uruguayos que hay que chupetear mil veces para que recién peguen un poco. — Cierre con pestillo por dentro — me dijo — Y si no soy yo el que le toca no le abra a nadie.

A la mañana siguiente me desperté, seguimos mateando y cuando llegaron los jefes del recinto decidí que era hora de partir.

Caminé por la carretera rumbo al balneario La Paloma, ubicado a 46 kilómetros de Cabo, hasta que logré que un auto me parara y me dejara frente al lugar donde me dirigía. Lo había ido a ver a él como quinceañera llena de emoción pendeja. Al achinado, al local, al amor de primavera. Pero no hubo cuento de hadas.

Pasé la tarde echada en la playa, disfruté la tranquilidad mientras miraba a los surfistas. Descansé. Era mi último día en Uruguay y aún no tenía claro si quería irme o no. Aún así, pensaba que regresar al cotidiano sería más fácil, con menos fantasías de niña que creció viendo Disney. Empezaría a borrar las pretensiones de viajes de visita y escenas cliché de películas que una espera que alguna vez le sucedan. Los viajes provocan eso, la intensidad.

Volví a Montevideo y en el departamento reinaba el silencio. Tomé cerveza y fumé porro hasta que llegó él y yo seguía sin saber cómo hablarle. Cómo explicarle que me daba miedo irme, que por primera vez no quería que eso fuese algo más del viaje, una anécdota para contar. Que en mi jipismo púber había logrado una conexión distinta con él. Quise, pero no pude. El momento se volvió incómodo, afloraron discusiones. Todo parecía más grave de lo que era.

La tele estaba prendida y sonaba de fondo. En Chile por primera vez las votaciones presidenciales se realizaban en la modalidad “inscripción automática-voto voluntario” y Michelle Bachelet obtenía 46.70 por ciento de los votos, pasando así a segunda vuelta para enfrentarse contra la siguiente candidata más votada con un 25.03 por ciento, Evelyn Matthei.

En esa oportunidad el Programa de Gobierno de Bachelet prometía un “Chile de todos” donde las reformas que tanto exigíamos, por las cuales llevábamos años luchando, finalmente llegarían. Se eliminaría el fin al lucro en todo el sistema educativo y se avanzaría a la gratuidad universal de la educación. Se crearía una nueva constitución para reemplazar la redactada por Jaime Guzmán y legada por la dictadura de Pinochet. Se suponía que llevaría a cabo lo que tantas veces se negó a hacer en su primer gobierno, pero aún seguimos esperando que eso pase.

De todos modos esa noche dormimos juntos con B. Salí de su pieza en la mañana a hacer el bolso, a preparar la mochila para irme, a volver para decirle que ya era hora pero que no me quería ir.

— Quédate — me dijo.

Fue la palabra mágica que necesitaba escuchar para llamar a la aerolínea y pedir cambiar mi pasaje, ofrecer comprar uno, tratar de canjear las millas, pero fue imposible. Cambiarlo o comprar otro excedía mis ahorros.

Caminamos al paradero de Avenida Brasil a esperar una vez más al DM1 que ahora me llevaría de vuelta al aeropuerto. Sentía el viento soplar en mi cara, la humedad envolverme por última vez. Atrás iba quedando el país del que había escuchado por Jorge Drexler, del que había leído en los diarios por su presidente Pepe Mujica, del que en tan sólo diez días me enamoré.

Me maravillé con su gente, sus olores, sus balcones. Del tiempo para tomar mate en la rambla, de los sagrados momentos de ocio, de sus siestas de tarde, de sus bares llenos de personas en la calle.

Por ser perfecto para mochilear: pequeño, seguro, amable. Me sorprendió la forma tan tranquila y lenta, pero a veces desesperante, que tienen para funcionar en la vida. Al más puro estilo de 25 *Watts*.

Me iba de Uruguay con la idea fija y pegajosa que lo volvería a ver.



VERANO



LARGO TOUR

Probablemente viajar de Santiago a Río de Janeiro en bus no es lo más lógico, rápido, ni cómodo, pero sí lo más barato. Un trayecto que se suponía duraría tres días se convirtió en un viaje de noventa horas, el que incluyó rotura de motor, caravana por la carretera y toda una tarde en una estación de servicio brasileña.

El camino era lo típico. Cordillera-Aduana, Argentina-Aduana. Pero la espera aduanera para salir de Chile y entrar a Argentina se hizo eterna. Casi todos los funcionarios de migración estaban almorzando cuando los pasajeros del bus llegamos a la frontera. El calor infernal, que no cesaría en casi toda mi estancia en Brasil, ya me tenía la polera pegada a la espalda, sentía que la cabeza me iba a estallar y no quedaba otra que armarse de paciencia y esperar.

Fue en eso que conocí a otros tres chilenos que viajaban en el mismo bus que yo. Dos hermanos y un amigo que se dirigían rumbo a Brasil para probar suerte, para buscar trabajo, para tomar sol y beber caipiriña, para ver y vivir el Mundial de Fútbol 2014. Con lentes de sol espejados y sudaderas grandes, los tres lucían sus brazos como lienzos llenos de pinturas. Tenían tantos tatuajes que ni los muestrarios básicos de pinturas del Home Center habrían alcanzado para tanto color.

El calor era sofocante y como un espejismo recordé el día que fui a comprar el pasaje al terminal de Santiago. Era tan temprano que las boleterías aún no abrían. Salí a la Alameda a fumar mientras me temblaban las manos y sentía cómo se contraía mi

guata. Todos caminaban rápido frente a mí, con maletas o sin ellas el tránsito era permanente. Yo me había quedado detenida en el espacio pensando que finalmente iba a hacer lo que tanto había dicho: volver a viajar. Habían pasado casi cuatro años ya de la última vez.

La noche anterior a irme no podía dormir. Me había ido a la casa de mi mamá y fue ella quien a la mañana siguiente me llevó al terminal y esperó a que saliera el bus. Ahí dentro la vida era un caos. Había personas haciendo su mudanza y parecía que las maletas no iban a alcanzar o que, definitivamente, no iban a dejar que las llevaran. Pero media hora más tarde de la salida fijada todos estábamos sentados en el bus que en pocos minutos partió rumbo a Brasil.

— Vamos por unas cervezas — me invitaron los chicos rompiendo con eso mi nube de ensoñación, sacándome del terminal y regresándome a la frontera migratoria.

Dejé el cemento aduanero y volví al bus para ponerme un *short*, ya que seguir con jeans era una completa locura. Cuando bajé los hermanos estaban conversando con un taxista a unos metros más allá. La típica transacción por *maconha*² fronteriza, pensé. Y así era. Habían comprado los porros que nos harían sobrevivir la tarde en la estación de servicio, donde sin siquiera imaginarlo a esa altura, nos quedaríamos varados dos días después.

Cuando los viajes son largos en general todos se van conociendo en el trayecto. Arriba del bus, en las paradas para comer, en los ratos que los fumadores aprovechamos para bajar, para humear lo

² Marihuana en portugués.

que alcance. Con las horas se van creando pequeños grupos de conocidos que dan la sensación de que todos viajasen juntos. Son como mini comunidades de desconocidos que se vuelven amigos hasta que se rompe el hechizo. Si el de la Cenicienta termina a las 12, en estos casos no hay hora exacta pero sí un momento irrevocable: cuando se termina el viaje en bus. Pero la clásica rutina cambió el día que estaba estipulado llegaríamos a nuestro destino final: São Paulo para muchos, Río de Janeiro para mí.

Entre los tripulantes había una mujer que cada vez que parábamos en una estación de servicio se echaba repelente contra los mosquitos por miedo a que la picara uno y, en su paranoia, muriera de dengue. También viajaba un chileno, erradicado hace muchos años en Brasil, junto a un amigo carioca que nunca había visto la cordillera. Y estaba él, quien nunca hablaba con nadie. Un caballero de chaqueta azul marino, pantalón gris y camisa a rayas, impecablemente bien peinado. Nunca bajaba a comer, ni siquiera sabía dónde estaba sentado, pero de vez en cuando lo veía, caminando con sus manos agarradas atrás. Observando todo pacientemente.

Un viaje en avión promedio sin escalas a São Paulo o a Río de Janeiro dura alrededor de cuatro horas. Pero por tierra las cifras aumentan exponencialmente. Si se toma como referencia los 3.789 kilómetros que existen entre Santiago y Río de Janeiro, la travesía se traduce en tres noches durmiendo sentado, tres días duchándose en estaciones de servicio, y un auto atentado alimenticio: una dieta basada con suerte en dos sandwiches, dos jugos y un paquete de galletas al día, para no gastar plata de más.

El exceso de calor, de calambres y la deshidratación propia que acompaña el periodo de acostumbramiento a la humedad y al exceso de sudor al que uno se ve expuesto en Brasil puede llegar a ser desesperante. Pero si hubiese viajado en avión el pasaje de ida de Santiago a Río de Janeiro me habría costado casi 160.000 pesos –más de lo que pagaba por un mes de arriendo incluyendo las cuentas-, a diferencia de los 90.000 que costó irme en ChileBus. No había por dónde perderse. En Sudamérica moverse por tierra sigue siendo el método. La alternativa más barata, la mejor manera de conocer.

A la mañana siguiente de celebrar navidad partía rumbo a Brasil. Era un jueves 26 de diciembre y se suponía que el domingo 28 ya estaría de guata al sol en la playa. Pero no. Habíamos pasado pocos kilómetros de Florianópolis cuando el bus paró a un lado de la carretera sin previo aviso. Eran las 10 de la mañana de ese anhelado domingo cuando la mayoría bajamos tranquilamente pensando que era cosa de minutos volver a partir. Y entre el gris del asfalto y el verde del paisaje, decidimos que lo mejor era prender un mañanero para ayudar a matar el tiempo.

Caminé por la ruta, jugué sentada en el suelo con unas piedras hasta que lo vi bajarse del bus. Seguía con su terno estoico, sin una gota de sudor, sin ningún pelo corrido. Se aproximó a un árbol, se paró al frente y lo miró. Observó sus hojas, la corteza, los colores. Acercó su mano al tronco y tomó una hormiga que miraba al tiempo que daba vuelta por su palma, que jugaba con sus dedos. Una vez más tomó sus manos en su espalda y caminó hasta que lo perdí, hasta que me volví a perder.

El aire acondicionado tampoco funcionaba, por lo que estar en el bus se sentía como un sauna, o más bien como un baño de vapor. Con polera o sin ella, no había quién no sudara. Era peor que *discoteque* veraniega, cuando el simple roce hace que las pieles se peguen por el sudor. Era la presentación del clima de Brasil en gloria y majestad, aprenderíamos a sudar sin siquiera movernos. Pero podía ser peor.

Dos horas después de haber parado subió Ricardo, el flaco y dicharachero auxiliar del bus. Todos esperábamos que nos dijera que estábamos listos para partir, que no nos preocupáramos, que esa misma noche llegaríamos a destino sin ningún contratiempo más, pero la sorpresa llegó cuando nos dio la noticia.

— El bus no volverá a andar, se ha roto el motor — comunicó Ricardo — A los niños y a las personas de edad los vendrá a buscar un auto con el remolque. El resto baje ahora mismo que iremos todos a la bomba de bencina más cercana que queda a unos dos kilómetros de acá — sentenció.

No se quedó en pana en Florianópolis, o en Camboriú, o cerca de una playa, no. El bus se había roto en la mitad de la nada y no había mucho más que hacer. Era como un desierto. Un desierto donde se vendía bencina.

Organizadamente entre todos comenzamos a agarrar las botellas de agua que quedaban para el resto del viaje y nos dispusimos a caminar como una cofradía por la orilla de la carretera. Parecíamos gira de estudios, paseo de curso, hablando unos con otros, pasando el agua de mano en mano, conociéndonos. La primera salida del país para algunos, la vuelta al hogar para otros. No había quién no tuviera algo que decir.

Cuando llegamos a la bomba de bencina se acabaron las risas y empezaron las quejas. Teníamos hambre. Que esto es una falta de respeto, decían algunos, que cómo puede ser posible que nos dejen sin comer, decían otros más allá. Hay niños, hay ancianos, argumentaban algunas mujeres. Llamaron a Santiago y los representantes de ChileBus optaron por lo más simple, darnos de comer. Con la desgracia vino aparejada alguna gracia. Por primera vez en tres días podía llenar mi plato con todo lo que quisiese: feijoada, tapioca, mandioaca, carne, cerdo, pollo. Y casi cuando estaba terminando mi plato miré por la ventana y lo vi a él, sentado solo en una banca, con su terno azul y su pantalón gris.

Santiago Araya, el Chaguito como le decían los amigos, vivía en su tocaya ciudad, tenía setenta años, era hincha del equipo de fútbol de la Universidad de Chile, escuchaba The Beatles y le gustaba contar chistes largos. Pero ser payaso no era su virtud, si no la de su hijo. En agosto de 1983 nació Andrés, el Paya como le decían en el mundo del circo, su único hijo que se había ido a vivir hace algunos años a Brasil y la única forma de verlo a él y a sus tres nietos era viajando en bus.

— Así me ahorro plata y le puedo ayudar con un poco más de dinerito — me decía Don Santiago al tiempo que le veía caer la primera gota de sudor por su frente. Mientras casi todo el resto ya usaba la polera como un accesorio, colgando del pantalón o enrollada en la cabeza, él se negaba a sacarse siquiera la chaqueta.
— Con ella me veo mejor — me dijo coqueto.

— Cada peso sirve. Allá pienso estar como un mes si Dios quiere — me explicaba y ahí entendí por qué nunca se bajaba a comer, por qué esa tarde se había quedado sólo sentado afuera. Pensaba que tenía que pagar. Le pregunté si tenía hambre y le dije

que fuera a hablar con Ricardo para que pudiese almorzar. Vi la emoción en sus ojos, ese brillo de niño que sólo los abuelos vuelven a tener. Pensé en el sacrificio que debía ser a su edad viajar más de tres días en bus, pero a él eso no le importa. El Chaguito sólo soñaba con ver a su hijo, con ir a la playa con sus nietos, con tomar una helada al sol.

Volví con los chiquillos y pasamos el resto de la tarde tomando cerveza, jugando carioca y disfrutando la *maconha* prensada, la más verde que vería en mucho tiempo en Brasil. Pero en un momento ni la cena, ni las duchas, ni los juegos en la mini plaza podían quitarle tiempo al día que parecía no acabar. La molestia aumentaba y yo aún no podía comunicarme con mi amigo Joaquín, quien posiblemente ya estaría esperándome en el terminal de Río.

Quizás en ese mismo momento mi mamá estaría en Chile pensando cuál era el mejor menú para la cena de año nuevo, mis amigos analizarían si ver los fuegos artificiales en Valparaíso seguía siendo una buena opción y la ciudad entera correría en una maratón de cemento inmersa en esa locura de fin de año que vuelve energúmeno a cualquiera. Y yo llevaba siete horas en una estación brasileña oliendo aceite quemado.

Lo que iba a durar sólo un rato se convirtió en toda una tarde, el viaje que se haría en tres días resultó en cuatro, la combinación que realizaríamos el sábado en Sao Paulo la efectuamos en la madrugada del domingo en un terminal de buses que de seguro es más grande que el aeropuerto de Santiago. A las horas subiría por la Lapa a dejar la mochila, nadaría en el mar de Copacabana y vería el atardecer en un lugar que sólo había visto en películas y teleseries alguna vez.

En el terminal Novo Rio me esperaba mi amigo Joaquín y aguardamos junto al Chaguito la llegada del Paya. Cuando por fin vio a su hijo asomarse a lo lejos sus ojos se iluminaron, se apresuro en arreglar el cuello de su camisa, en acomodarse la chaqueta y su sonrisa explotó cuando vio que atrás del Paya venían sus tres nietos corriendo hacía él, directo a abrazarlo.

GRAN HERMANO

Una pulsera amarilla en la muñeca era mi puerta de entrada al todo incluido. A toda hora, en todo el perímetro del lugar. Copete, comida, carrete. Playa, piscina, sauna. Actividades tan variadas como golf, circo o mini clubs para los más pequeños. No obstante, el precio más alto no lo pagan los turistas que visitan los Club Med sino quienes trabajan en ellos como Gentil Operador, más conocidos como los G.O.

De piojenta mochilera nunca habría llegado al exclusivo Village Itaparica de Club Med, construido en una isla que se encuentra frente a Salvador de Bahía. Si no me hubiesen invitado y pagado los tres primeros días de mi estadía, seguiría sabiendo de ellos por los vagos y escasos recuerdos que guardada de las últimas vacaciones en familia convencional que tuve en mi niñez. Papá, mamá, hermano y yo aprendíamos sky acuático y asistíamos a shows nocturnos donde los turistas hacían estriptís y los niños bailaban disfrazados de Mickey y Minnie Mouse.

Ahí figuré yo, con pulserita en un todo incluido, durmiendo en la Villa Miseria, como le decían al sector donde dormían los gentiles operadores. Pasada la fuente, el pasillo del frente, cuarta puerta a mano izquierda. Ahí era donde B vivía hacía algunos meses después de haber dejado el barrio Pocitos y la bohemia de Montevideo para irse a trabajar por un período a la barra del resort ubicado en Brasil. Y yo, cual adolescente enamorada, había pasado a visitarlo.

Llegué tarde, de noche. Se suponía que viajaría hasta Salvador de Bahía y que desde ahí tomaría una lancha a la isla para llegar a media tarde, pero con los retrasos del bus el itinerario se volvió imposible. Estaba en un pueblo llamado San Antonio cuando el chofer me dijo que era factible tomar un bus desde ahí que me dejaría justo en la entrada del Club Med. Acepté.

Cuando me bajé en la carretera el cielo estaba iluminado por las estrellas. Era casi como estar mirando el firmamento del norte chileno. El resort de Itaparica se encontraba en una isla de 33 hectáreas de extensión, rodeado de un enorme bosque tropical, con un río que formaba una laguna en la mitad y bordeado por una playa de aguas tibias, de una superficie de 300 metros de largo, con arena fina entre blanca y dorada. Con palmeras haciendo de quitasol.

Tenía 330 habitaciones -construidas en bungalows de uno y dos pisos- y cada una de ellas contaba con aire acondicionado, secador de pelo, frigobar, teléfono, televisión. Y una caja de seguridad, lo único que me faltaría en mi hogar para tener un departamento estilo Club Med, pensé mientras leía en la web oficial que la decoración era en madera exótica de suaves colores para disfrutar las vacaciones con tranquilidad.

Caminé por la entrada de piedras junto a la cancha de fútbol hasta que llegué a una garita de guardias donde me presenté. Entregué mi carnet, sonreí amablemente y espere hasta que me dieron el visto bueno para pasar. Escuchaba grillos, el croar de los sapos y los buscaba con la mirada al mismo tiempo que trataba de acomodarme la mochila en mi espalda, que a esa altura se había transformado en un bulto inaguantable. La mochila anterior había

decidido jubilarse antes de tiempo a causa del peso de las tres botellas de vino que llevaba de regalo. La nueva ya amenazaba con hacer lo mismo y romperse en las costuras de las correas cuando apareció B.

El Club Med lo que le ofrecía al Gentil Miembro (G.M), como se referían a los huéspedes, era un mundo de fantasía, un alto en la realidad para sucumbir en la juerga y el paraíso. Si en verdad B no hubiese trabajado allá y fuéramos simples turistas queriendo pasar nuestras vacaciones de enero en un todo incluido, gracias a una oferta que consistía en 1.100 dólares de descuento, nos habría salido un poco más de 2.000 bucks la habitación más simple -de 26 metros cuadrados con vista al jardín-, por la estadía mínima de una semana. Una locura que los gentiles miembros estaban dispuestos a pagar.

Pero dentro del *all inclusive* y la ilusión de libertad, todo estaba sumamente controlado por Club Med. Había cámaras en los pasillos, en los comedores, en la recepción, por la piscina. Camino a las habitaciones, en las esquinas de los bungalows, por el sector del gimnasio y en las canchas de volley.

Se apostaban guardias en distintos lugares que cuidaban día y noche el perímetro del resort. Si uno quería cruzar sus límites –lo cual sucedía poco- tenía que ser claro al responder y preciso al dar su nombre y el número de la habitación. Ellos, aplicadamente, anotaban todos los datos en una hoja y recién ahí uno tenía el permiso de continuar y salir.

Lydia Bacconnais, una francesa alta, de pelo corto, rubio, nariz turca y con casi tan poca carne como un wantan, era la jefa y una

especie de cafiche de los G.O en Itaparica. Llevaba trabajando más de veinticinco años en los Club Med de distintas ciudades y no se le iba una. Menos si un empleado de ella salía con alguien más allá de donde sus ojos o donde las cámaras ya no lo pudieran ver. Los G.O tenían que avisar casi de cada uno de sus movimientos. Era tal el control que imponía sobre ellos que hasta un amorío le había salido por ahí. Sylvana era voluptuosa, castaña, bronceada, brasileña y una gentil operadora/servidora del resort.

Los Gentiles Operadores tenían un calendario que les indicaba desde sus horarios y la tarea que tenían que realizar, hasta la ropa que debían vestir. Mínimo dos tenidas al día era lo exigido y estaba estrictamente prohibido tener en la noche la misma ropa del día. Además, que no se les ocurriera salir de la pieza sin tener puesta la chapa donde figuraba su nombre y las banderitas que señalaban cuántos idiomas hablaba quien la portaba. Ahí habría problemas. Con sólo un día libre a la semana y dos seguidos al mes, trabajar era parte de la vida y no se terminaba nunca.

El desayuno era el único momento personal, sagrado y relativamente privado que tenían los G.O en el día. Para ese horario contaban con una mesa larga para sentarse juntos, si así lo deseaban, en un extremo apartado del comedor. El resto del tiempo los G.O quedaban siempre al servicio de los huéspedes, por lo que durante el almuerzo y la cena era mandato inapelable interactuar y compartir con ellos. Sentarse en sus mesas, conversar de la vida, hacer *lobby* para que después en la fiesta nocturna pudiesen obtener alcohol.

No estaba prohibido que los G.O fumaran, ni que tomaran, ni siquiera que se emborracharan a morir, pero había un pero: era

necesario que un huésped con pulsera amarilla pidiera el trago por ellos y los invitara. Luego del show de medio día en la piscina, de la coreografía nocturna que ellos mismos realizaban en el anfiteatro –donde sólo los del bar y las amas de llaves se salvaban de participar-, posterior a las mil actividades que habían realizado durante el día llegaba la noche y la mayoría de los gentiles operadores querían beber.

Siempre sonaba la misma música, siempre eran los mismos bailes donde todos seguían como alienados los pasos para después, cuando llegaba el momento del bailable libre acechar para tomar. Era como salir de cacería. Buscaban al buena onda del día, al guapo que se habían pillado por ahí, a la que sabían que había ido sola o con amigas y empezaba la seducción. No se discriminaba si eran huéspedes o gentiles servidores, casi todos iban a cautivar. Yo los observaba desde una esquina moviendo el hielo que flotaba en mi vaso de whisky. La escena se iba deformando y la situación se convertía en un tipo de prostitución blanca donde los G.O casi tenían que venderse por un copete. Coqueteos, miraditas, sobajeos.

Creo que el único día que logré entender el estado de euforia y destape que alcanzaban algunos fue cuando me emborraché. Tanto que no recuerdo muy bien la noche. Tanto que yo le decía paco a B mientras él insistía en llamarme la atención por mi estado y comportamiento. Tanto que lo convencí de que siguiéramos tomando en el campo de golf y que luego bajáramos a la playa. Tanto que me saqué la ropa y entré al mar al mismo tiempo que las pequeñas olas me botaban sin siquiera darme cuenta que venían hacía mí.

Sin embargo, en ningún momento de mi locura nocturna osé jotearme a nadie más que a B. No tenía la necesidad de cambiar miraditas o aburrirme en conversaciones eternas por un vaso que contuviera 40 grados de alcohol, o una piña colada, o una caipiriña con maracuyá, o con frutos rojos, o con lo que yo quisiese. No era una gentil operadora que estaba obligada a interactuar con los visitantes ni tenía que acatar una regla que me prohibiera estar conversando con más de dos compañeros de trabajo a la vez. Nadie me incitaba a llevarme a nadie a la pieza o a acompañar a un huésped a la suya como parte del servicio. A ellos sí. Según B por lo menos diez G.O por noche se iban con los G.M a algún lugar.

Eliana era argentina y trabajaba hace más de siete años en el rubro hotelero. Aún así, era su primera vez como ama de llaves de un Club Med. Ella me contó que en la charla de integración al resort les dijeron a todos los trabajadores que si ellos querían intimar con un huésped no había ningún problema. Incluso, estaba permitido irse con ellos a sus habitaciones o invitarlos a conocer los pequeños sucuchos de baños compartidos donde dormían en la Villa Miseria.

Como ese huésped que engatusó al gentil de los veleros y le regalaba alcohol por doquier en la barra mientras lo toqueteaba, mientras se le acercaba al cuello, mientras lo presentaba como su putito, como su “lindo putito”. El mismo huésped que a la mañana siguiente tomaba desayuno en una mesa mientras pasaba la resaca junto a su mujer y su hijo. O como la semana que estuvieron los reclutadores del Barcelona probando niños para el equipo, previo pago de una tarifa no menor de dinero que nunca pude saber cuánto era, y los padres de día miraban a las G.O en la piscina y los entrenadores de noche daban caminatas por la playa junto a ellas.

El descontrol quizás pasaba desapercibido en el día aunque se hacía evidente en la noche. La escena incluía niños que habían dejado durmiendo en los sillones, al lado de parlantes que retumban tanto que hacían hasta picar la punta de la nariz, mientras sus padres andaban dando vueltas, chupando, comiendo, fornicando. La barra siempre estaba llena, al igual que el rincón donde muchos hacían guardia esperando a que los Gentiles Empleados (G.E), casi todos oriundos de la isla, empezaran el servicio de comida tan solo una hora después de acabado el gran bufé internacional.

Al parecer en el Club Med todos eran gentiles o por lo menos esa era la pantalla que se quería vender. Los gentiles operadores, prestos a la prostitución blanca; los gentiles empleados, que generalmente eran los que ayudaban en el bar, los que cocinaban la cena, los que limpiaban las piezas con delantales estilo mucama inglesa, los que te entregan la toalla para ir a la piscina a nadar; y los gentiles miembros, que de gentiles a veces tenían poco y que de abusadores tenían bastante.

En el exclusivo Village Itaparica de Club Med todos los huéspedes parecían liberarse durante por lo menos una semana como adolescentes. Eran unas fieras indomables que dejaban condones usados y vomitaban litros de alcohol en la playa cual quinceañeros. Para ellos esa vida sólo duraba siete días ó 168 horas ó 10.080 minutos. Mas para los trabajadores del resort todos los días se repetían, una y otra vez con las mismas cosas. Como en el Día de la Marmota. Como en un programa de Gran Hermano, donde en algún momento se olvidan de que hay cámaras y empiezan a enloquecer.

MARTES EN PELOURIHO

“Nessa cidade todo mundo é d'Oxum
Homem, menino, menina, mulher
Toda gente irradia magia
Presente na água doce
Presente na água salgada
Presente na água doce
Presente na água salgada”
É d'Oxum, Gerônimo

El olor dulzón mezclado con caucho quemado típico del porro brasileño inundaba el ambiente y todos habían comenzado a bailar. El agua nos corría por el pelo, la ropa se empapaba y la tela de mi vestido blanco de a poco se iba pegando a mi cuerpo dejando ver el negro de mi ropa interior, pero yo ni me inmutaba. Sólo me preocupaba tapar lo suficientemente bien el pitillo con mi mano mientras soltaba el humo por mi boca para que se fuera a danzar al son de los tambores con todos los demás.

Éramos cuatro esa noche tomando cerveza en las escaleras ubicadas frente a la Iglesia Nossa Senhora do Rosário dos Pretos. En pleno casco histórico de la ciudad, ahí donde cuelgan las pulseras de colores que bailan con el viento, ahí mismo donde Michael Jackson casi veinte años atrás filmara *They Dont care about us*, figurábamos una polaca, un turco, un inglés y yo.

En eso la vimos venir. Traía un vestido amarillo que evitaba que se mimetizara con la noche y unos tacos tan altos que mantener el

equilibrio en cada pisada era una obra de arte. Venía borracha, cantando, llorando. Yo soy Maluca, se presentó.

— *¿De onde são vocês? ¡Gringos, gringos! Ta bom, Ta bom. ¿Você sabe onde você fica sentado? ¿Você conhece a história desta Igreja? Eu Vou contar a história deste lugar — y la Maluca comenzó a contorsionarse, a doblarse y adquirió un personaje para narrar.*

Desde un poco antes de las seis todos habían comenzado a ir a la ceremonia y cuando llegue ya estaba llena de turistas. Los flashes eran como una lluvia de estrellas directa a los ojos que obligaba a cerrarlos y cuando se volvían a abrir todo se veía difuso, los colores se mezclaban hasta que venía de nuevo la ráfaga de luces y todo volvía a empezar. Era martes y la fiesta recién estaba empezando en la iglesia de los esclavos en el Largo de Pelourinho. Sonaban los tambores, las palmas acompañaban el ritmo, el sacerdote y todos los participantes cantaban sin cesar y mis piernas, mis caderas, mis manos, mi cabeza no tenían control. Me era imposible no moverme para tratar de bailar.

En Salvador de Bahía de Todos los Santos los rumores dicen que hay una iglesia para cada día del año. Sólo en la Plaza de Terreiro de Jesús se encuentran cuatro de ellas, casi que una frente a la otra. Pero los martes en Pelourinho no hay misas a la católica apostólica romana ni peregrinaciones callejeras. Por la tarde se canta en la Iglesia Nossa Senhora do Rosário dos Pretos para luego ir a bailar en la escalera do Carmo, frente a la Igreja do Santíssimo Sacramento.

Según una *Radiografía de los católicos romanos del mundo*, publicada en la web de la BBC Mundo en marzo del 2013, existe

un estimado de 1.200 millones de católicos romanos en el mundo y de esos más de 150 millones viven en Brasil, convirtiéndose así en el país con mayor cantidad de fieles a dicha religión. Pero no sólo la fe católica es la que se practica. Entre los esclavos nació el candomblé y a partir de la abolición de la esclavitud a finales del siglo XIX esta religión monoteísta -que rinde culto a las divinidades *orixás*, *voduns* o *nikisis*- prosperó.

— ¡Morreram! ¡Morreram! — se lamentaba la Maluca — Milhares de escravos , Milhares de negros foram mortos aqui. Mas ela foi nossa salvadora, Anastasia— sollozó la Maluca tirándose a las piedras del piso sin dejar de repetir el nombre que hacía eco en mis oídos. Anastasia.

Lo que se conoce como Pelourinho en el centro histórico de Salvador de Bahía, declarado Patrimonio de la Unesco desde 1985, era donde antiguamente encerraban, torturaban y castigaban a los esclavos negros. Los mismos que de día trabajaron construyendo casas para los portugueses y que por las noches –en su único rato libre-, edificaron en casi 100 años lo que hoy se conoce como la Iglesia Nuestra Señora del Rosario de los negros.

Una de las leyendas cuenta que en el período que ser negro era sinónimo de ser esclavo, una princesa Bantú de Angola llamada Anastasia vivía libre en Salvador de Bahía y luchaba por los derechos de su gente. Otra de ellas detalla la hermosura de una esclava, de ojos azules, rasgos delicados, dientes blancos, labios carnosos y poderes curativos. Libre o esclava, Anastasia fue una mujer que defendió sus derechos, que se negó a los abusos, que protestó frente al maltrato y que, finalmente, fue condenada a portar una mordaza de cuero y un collar de hierro hasta que falleció

de gangrena por las heridas causadas por sus cilicios. Murió en enero de 1601 y desde 1968 es venerada como una santa.

La zona patrimonial de Salvador de Bahía, ahí cerca de la iglesia de los esclavos, ahí mismo donde los torturaron libremente hasta que fue abolida la esclavitud en Brasil el año 1888 con la Ley Áurea, convive la atrocidad de la memoria con la alegría de los nuevos tiempos. Con casas arcoíris, centros de capoeira, artesanos en las veredas, cuadros de colores. Con música en cada esquina, en cada lugar, como si la ciudad contara con su propia banda sonora entre afro, axé y samba. Pero los martes en la noche la música es otra y

Gerônimo Santana con su banda Mont'Serrat se apoderan del lugar desde un escenario instalado al inicio de la escalera do Carmo.

Salimos del Hostal Nega Maluca y las calles en el camino estuvieron vacías hasta que llegamos y vimos dónde se encontraba todo el mundo. Los carros que vendían caipiriña, los peldaños de las escaleras, todo estaba atestado de personas de todas las edades, nacionalidades, orientaciones sexuales y travestismos variados. Extranjeros, bahianos, mulatos, negros, blancos. 300, 400, 500, 1000. Ni siquiera era capaz de calcular el mar de personas que ahí había. Era casi imposible avanzar, menos si uno iba acompañado.

En cuestión de segundos se largó a llover y aproveché la oportunidad para moverme mientras algunos corrían para no mojarse. Como si estuviese en pleno Paseo Ahumada en hora pick fui sorteando a los presentes para bajar unos cuantos peldaños más, encajando mi cuerpo entre las personas como si estuviera jugando al *Tetrix*. Y no paré hasta que logré colocarme en la mitad de las escaleras desde donde tenía una vista panorámica de todo el

espectáculo donde disfrutaría el ritmo bahiano, ese con un poquito de axé, ese con su toque de afro.

Gerônimo cada martes, por casi trece años, tocó su música gratis en las escaleras do Carmo sin importar el clima o la estación del año. Abría sus shows con oraciones a los *orixás* y siempre planteó la instancia como un espacio democrático donde todos podían hacer, decir y opinar. Fue ahí donde lanzó a la fama canciones como *Eu sou Negão* y en más de una oportunidad invitó a amigos como Caetano Veloso o Margareth Menezes a compartir con él en el escenario.

Después de años de sustentar el proyecto con recursos propios, en abril de 2015 Gerônimo realizó su última presentación en la escalera de Pelourinho. En la web del medio Bahía Noticias se publicó una nota donde el artista señaló que el cambio se debía a unas reformas que realizaría el Instituto del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional (IPHAN) en el sector de la escalera do Carmo. Por lo que la nueva sede de Gerônimo será en el Arena do Teatro Sesc Senac Pelourinho y ahora habrá que pagar entre 5 ó 10 reales para escucharlo tocar.

Aquel día yo no tenía la menor idea de que al año siguiente Gerônimo ya no estaría. Mientras sambeaba salpicando agua a todos lados, escobillando el piso, haciendo resbalar mis chalas mientras mis pies las seguían para no perderlas. Habría sido imposible imaginar que esa fiesta acabaría, que a los meses ya no se podría gozar con los martes de Gerônimo en Pelourinho.

Menos los gringos que se asomaban por los balcones de los hostales, sacándose las poleras mojadas y adheridas al cuerpo bajos

esos faroles de luz blanca. Tampoco lo podían predecir los turistas que aparecían entre las luces azules del edificio verde que se ubicaba atrás del escenario. Probablemente cuando ese día Gerônimo y su banda Mont'Serrat tocaron y bailaron al ritmo de *Lambada da Delicia*, ni se les pasaba por la cabeza que eso algún día fuera a acabar.

La lluvia había parado y todos tenían sonrisa de carnaval en sus rostros. Pese a que no pude entender la totalidad de lo que decía Gerônimo sino que agarré sólo palabras sueltas como salud, dinero y pobreza, se me hizo evidente que él no venía simplemente para hacer bailar a las personas. Tenía un discurso, tenía una crítica y una consciencia social.

El humo dulzón corría por mis pulmones y el receso sin agua duró menos de un minuto. La lluvia regresó en gloria y majestad y con ella volvió la rubia del hostel que me había preocupado de perder apenas llegamos al lugar. El estallido de las gotas en el suelo empezó a marcar el ritmo hasta que el aguacero llegó. Y los tambores comenzaron a sonar más rápido, más fuerte y se precipitó el descontrol. La personas comenzaron a bailar como si sus piernas y brazos se desprendieran de sus cuerpos, los aleteos volaban armónicamente y parecía como si todos estuviésemos inmersos en un especie de trance. Hasta que el diluvio fue tal que la mayoría empezó a correr, incluso nosotras dos.

Había decenas de personas guarecidas bajo paraguas amontonados, bajo los toldos de los carros que seguían vendiendo caipiriñas como si nada pasara. Nosotras nos instalamos bajo el umbral de la Igreja do Santíssimo Sacramento, pegando cuerpo con cuerpo con todos los otros que ya se encontraban ahí. Y de lejos

escuchábamos a Gerônimo que no paraba, a Gerônimo que empezaba a tararear volaré, cantaré, oh, oh, oh.

En eso se lanzó de lleno y lo escuché como si estuviera frente a mí, como si me cantara directamente al oído. Sentí el meneo de las caderas, las ropas entremezcladas, la lluvia golpeando con toda su intensidad los techos de las casas con ese ruido a metal. Cerré los ojos, sonreí y canté al unísono con todos los demás:

*“Pienso que un sueño parecido no volverá más
Y me pintaba las manos y la cara de azul
Y me improviso el viento rápido me llevo
Y me hizo a volar en el cielo infinito*

*Volaré, oh oh
Cantaré, oh oh oh oh
Nel blu dipinto di blu
Felice di stare lassu*

*Y volando, volando feliz
Yo me encuentro más alto
Más alto que el sol
Y mientras que el mundo
Se aleja despacio de mí Una música dulce
Sea tocada sólo para mí”*

En el camino de vuelta al hostel creí ver a la Maluca. Con el vestido amarillo ceñido a su delgado cuerpo, el pelo mojado destilando por sus hombros, aún calzaba los tacos altos que la hacían tropezar, pero no importaba. Ese martes en Pelourinho la Maluca había dejado de llorar.

VACILE EN EL NORDESTE

Si te miran a los ojos no mantengas la mirada. Fue lo primero que me advirtieron cuando dije que iba sola al nordeste de Brasil. Pero para mí el consejo no tenía mucho sentido. No me gusta hablar con las personas sin mirarlas a los ojos. Incluso, encuentro que es un falta de respeto o un signo de que hay algo que ocultar cuando uno no mantiene la vista al conversar. Pero en el nordeste brasileño es otra cosa. Entre baile y baile, entre fiesta y fiesta, aprendí: hay veces que es mejor no mirar. Otras, en cambio, la vista fija es lo único que salva.

Ver el sol salir por detrás de las montañas de la Chapada Diamantina era como convertirse en la protagonista de la película animada *Up*. Sólo me faltaba una casa llena de globos inflados con helio para sobrevolar lo que a mis ojos parecía el paraíso. Con extensiones llenas de verde, con pequeños pueblitos repartidos y montañas de cimas planas, la región tenía 38.000 kilómetros cuadrados de sierras y había sido declarado Parque Nacional por decreto federal en 1985.

“Desde que el primer diamante fue descubierto en Mucugê, en 1844, la Chapada no paró de recibir visitantes de todo el mundo. Senderos abiertos por los mineros revelaron la zona de los muelles de la Cuenca del Paraguaçu, hogar de numerosos ríos caudalosos, cascadas y pozos de aguas cristalinas”, decía el panfleto entre mis manos. Miré por la ventana esa región montañosa que albergaba el Parque Nacional Chapada Diamantina y traté de imaginarlo como zona minera. Pero no habían tortas como las de la mina de cobre de

Chuquicamata, ni rastros de escaleras en los acantilados como las que vería un año después en el documental *The salt of the earth* sobre el fotógrafo Sebastião Salgado. Parecía que ya no quedaba ni pepa de oro ni diamante que brillara en la Chapada.

Me bajé en Palmeiras y por diez reales tomé una van a Vale do Capão, situado en plena Chapada Diamantina y a un poco más de 480 kilómetros de Salvador de Bahía. Cuando llegué el sol comenzaba a iluminar las piedras de la calle principal, el viento movía suavemente los papeles de colores que colgaban de unas cuerdas sujetas de lado a lado de la calle y las pequeñas casas que divisé eran todas de distintos colores. Había otro ritmo, otro tiempo, y el mito decía que existía un hechizo: quienes llegaban a Capão, aunque fuese por unos días, en meses no se podían ir de ahí.

Uno se quedaba atrapado en el camping Seu Dai donde, desde que uno despertaba hasta que se acostaba, había chicos tocando música y fumando pito. Atrapaban las *trilhas*³, la tierra color greda seca, los árboles desde donde colgaban miles de gigantes, verdes, dulces y chiclosas jacas. Uno se quedaba aletargado en los pozos con tintes rojos donde se mezclaba el agua y el cielo, en el cosquilleo que producían los 1.350 metros de altitud de la Cachoeira da Fumaça, en los 380 metros desde donde caía el agua de la cascada formando un arcoíris, en la inmensidad del Vale do Pati, en el Riachinho y su agua color ámbar. Como ahora mismo me estoy atrapando, al olvidar lo que iba a contar. Porque la noche, ufffff, la noche era otra cosa en Vale do Capão. Sobre todo cuando se celebraba al patrono del pueblo, São Sebastião.

³ Sendero en portugués.

En el hostel Nega Maluca, en Salvador de Bahía, había conocido a Paul Martineau. Un psiquiatra francés de 27 años. Muy flaco, muy alto, muy sonriente. Había viajado en barco desde Europa buscando el sentido del amor, analizando la figura de la madre, explicándose la idea de la pareja en la vida, buscando dilucidar quién era él. Y en Paul me vi a mí y a tantos otros viajeros que uno se encuentra en el camino indagando un sentido. Por suerte a Paul me lo volví a encontrar la mañana que llegué a Chapada Diamantina, justo cuando iba camino a la Cachoeira da Fumaça. De ahí no nos separamos más. Tardes de cervezas en Río Petro, mañanas de cascadas, jaranas de forró.

La noche que nos dirigimos al *forrobodó*⁴, luego de la siesta de media tarde, experimenté por primera vez lo que producía mantener la mirada al hombre brasileño del nordeste. Seguimos el sonido de la música en la oscuridad, nos guiamos con las luces de los autos y las motos que aparecían de cuando en vez, con las estrellas que destellaban en el cielo. Los turistas nos mezclábamos entre los 1.400 habitantes del lugar para celebrar con ellos a São Sebastião. Tomando caipiriña y cachaça pura, un vaso tras otro. Escuchando las bandas en vivo tocando y cantando forró. Hasta que en la efervescencia del alcohol decidimos salir a probar y bailar.

La fiesta era bajo una especie de pérgola techada, como si fuese un anfiteatro de cemento pero más chico. Los músicos estaban dispuestos en el frente y el público bailaba pegadito, cadera con cadera, hueso contra hueso, sudor contra sudor. Al principio me senté a observar para ver si era capaz de agarrar el ritmo, de aprenderme los pasos cortitos, de tener la mínima seguridad que iba

⁴ Fiesta popular o fiesta del pueblo en portugués.

a poder coordinar dos pasos para la derecha y dos para la izquierda sin pisar a nadie. Y vino él. Él, que miraba de lejos, con quien jugábamos a dar vuelta la cara y mirar para otro lado. Él, de camisa a rayas, de casi un metro noventa de altura, de pelo claro y espalda ancha.

Me agarró fuerte de la cintura y bajó su mano hasta el límite de mi culo. — Yo te guío — me propuso al oído mientras acomodaba mis manos en su cuerpo y encajaba mi cadera a lo que alcanzaba de la suya.

Los músicos interpretaban *Se a Casa Cair* y los asistentes coreaban con ellos: Se la em casa estou sendo mal amado / Sou obrigado a buscar amor lá fora / Se a mulher que eu amo nao me quer / Eu vou aonde tem muitas que me adoram / Por uma noite ela vai ficar sozinha / Volto pra casa quando amanhecer o dia / E no instante que ela me perguntar / A verdade eu vou contar / Que eu dormi na putaria.

En mi concentración de evitar tener dos pies izquierdos sólo era capaz de escuchar de lejos el triángulo, el acordeón y el surdo a medida que él me apretaba cada vez más, que su cara se acercaba cada vez más. Podía sentir su respiración jadeante rozando mi pelo, su pierna cada vez más apretada entre las mías. Evitando su mirada, su boca buscando a la mía, sus manos que trataban de bajar más y más por mi espalda. Hasta que desistí de mis esfuerzos por acostumbrarme a tanto contacto y me fui.

Volví al lugar desde donde tenía la panorámica de la fiesta. De lejos vi a Paul dando vueltas con una chica extranjera, tratando de enseñarle él a ella cómo bailar forró. Más allá estaban algunos del camping y alrededor merodeaba un hombre que esa misma tarde

había visto sentado afuera de la carnicería del pueblo: Açougue do Vale, decía en el cartel. Debe haber medido un metro sesenta con suerte. Su barba canosa le llegaba a la mitad del pecho y le hacía falta mucho más que una cazuela.

Cuando se percató que lo estaba mirando se dirigió directamente donde yo estaba y sin siquiera preguntarme, me agarró de la mano y me llevó a bailar. Esta vez no era sólo yo la que tenía dos pies izquierdos. Él, en su borrachera, tropezaba con mis piernas, chocaba contra mis brazos cuando trataba de darme vueltas y trató de mantener la compostura mientras se pegaba a mí para mover las caderas de lado a lado. Incrustó una pierna entre las mías para menearse lentamente hasta que de a poco las empezó a apretar, al tiempo que buscaba mi mirada y su miembro endurecido dejaba de pasar desapercibido para mí. Me di media vuelta y me fui rendida a la idea de intentar bailar con un hombre del nordeste de Brasil. Pero mi incursión en fiestas nortinas no terminaría ahí.

El primer día que me topé con el seudo carnaval, debido a los ensayos de verano del Olodum, volvía a Salvador luego de todo un día de hacer dedo desde la Chapada Diamantina. Pese a las millones de indicaciones y advertencias de no hacer parar autos en la carretera brasileña, me fue imposible evitar no corroborar yo misma si era tan peligroso como decían o no. Además, pagar pasaje tras pasaje tras pasaje en Brasil me estaba dejando en la ruina económica y si la plata se me acababa, el viaje también. Esa vez no tenía tiempo de pasarme unas semanas garzoneando en un restaurant, o sirviendo tragos en un bar, o de temporera en algún campo. El tiempo era reducido y los países que visitaría ya estaban decididos. No había opción de echar pie atrás.

Según el artículo de Maria do Carmo Andrade, publicado en el 2011 en la página web la Fundação Joaquim Nabuco, Olodum es un grupo cultural afro-brasileño que fue fundado el 25 de abril de 1979 por vecinos del barrio Pelourinho. Nació como un bloque de carnaval estilo afro pero luego se convirtió en una Organización No Gubernamental (ONG) del movimiento negro brasileño dedicado al activismo cultural en la lucha contra la discriminación racial y la desigualdad socioeconómica. El nombre Olodum proviene de la deidad yoruba Olodumaré que es la manifestación material y espiritual de todo lo existente.

En 1983 Olodum comenzó a “promover actividades culturales de carácter socio-comunitario dando origen al Grupo Cultural Olodum”, quienes no sólo se preocupan del carnaval ni de realizar fiestas masivas para la comunidad en el Largo de Pelourinho, sino que además durante el año realizan seminarios y conferencias sobre temas sociales y políticos que atañen a la comunidad. Manejan una fábrica donde se hacen tambores, trajes y otros artículos de venta para los interesados. Más aún, dirigen una escuela para niños de escasos recursos donde los instruyen tanto académica como artísticamente, buscando desarrollar su autoestima y fomentar la posibilidad del cambio de clases sociales en Brasil por medio de la educación. Olodum en Salvador de Bahía forja identidad.

Ese día salí a las siete de la mañana del Vale do Capão. El primer auto que me paró me dejó en la entrada a la Cachoeira de Fumaça y apenas me bajé, pasó una van con tres hombres que no sólo me llevaron a mi sino que también invitaron a subir a una mujer y su nieta que esperaban a la orilla de la ruta. Cruzamos cerros y ríos mientras iba amaneciendo al ritmo de Bob Marley. Pasamos Río Grande, Lençóis y a la hora me dejaron en Palmeiras,

donde levanté dedo gordo y volví a empezar. Al rato se detuvo un hombre en un auto blanco y después de unos cuantos kilómetros me encontraba en la vía otra vez.

De ahí fueron los clásicos camioneros. El primero, convencido de que yo era colombiana quién sabe por qué, iba a Feria Santana por lo que luego de almorzar me devolvió a la carretera. Y el último, tuvo la osadía de bocinear a un omni hasta que logró explicarle que parara en el próximo paradero para que yo pudiera subirme y llegar al centro de la ciudad. Así que, a eso de las cinco de la tarde me encontraba en el ascensor Lacerda, frente al Mercado Modelo, para ir rumbo a mi hostel predilecto en Bahía: el Nega Maluca.

Por alguna extraña razón la ciudad estaba vacía para mí y concluí que hacía tanto calor que todo el mundo debía estar en la playa o en sus casas. Pero cuando me fui acercando a Pelourinho entendí el por qué de la desolación de las calles y dónde estaban todos. Tanto la policía militar como la policía civil controlaban el mega evento bahiano. Había que hacer una fila para pasar, entregar el carnet de identidad o el pasaporte, abrir piernas y brazos para que revisaran los cuerpos, las ropas, las mochilas. Todo. Y mis manos comenzaron a temblar, mi sudoración aumentó en un segundo y no era debido al calor. Había que esconder rápidamente la marihuana y en mi nerviosismo la puse tan mal ubicada en mi calzón que con suerte podía caminar.

Un trayecto que sin nadie requería de escasos segundos para cruzarlo, en ese momento era casi imposible avanzar. Con mi mochila pequeña al frente, con la grande colgada atrás y con la carpa cruzada en la parte inferior de esta última, me convertí en una

gringa notoria y posiblemente desagradable para la mayoría de los asistentes que me crucé. Al frente, en un escenario gigante instalado en la parte del frontis de la Fundação Casa de Jorge Amado tocaba en ese mismo instante Olodum, uno de los grupos de percusión más grande del mundo.

Los asistentes me observaban entre sorprendidos y confundidos. Grupos de tres o cuatro hombres me cerraban el paso cada tantos metros, se corrían cuando trataba de pasar y la única manera de seguir era mirarlos fijamente a los ojos y reclamar en castellano chileno, sin ni siquiera pestañar, mi libre tránsito. Luego, caminaba de nuevo inventando atajos, sorteando carros de supermercado convertidos en negocios ambulantes, latas, botellas, personas. Y cuando ya parecía que la salida se acercaba un hombre de un metro ochenta, con sudadera blanca que hacía resaltar el color oliva de su piel, se cruzó de frente y me exigió diez reales para continuar. Me negué. Me negué con la peor cara, con la máxima seguridad, con la vista fija en sus ojos.

No tenía miedo. Diez minutos después ya salía por el otro lado y subía por la Ladeira do Carmo rumbo al hostel.

El segundo día que por error me topé con el Olodum fue algo peor. Habían tantas personas que decían que inclusive en Itaparica se hacían colas de hasta más de una hora para tomar una lancha y poder cruzar a Salvador. Esa mañana me había ido con Wiola, la chica polaca que trabajaba en la recepción del hostel, a pasar el día en la playa de la Barra y olvidamos completamente la festividad. Al volver la locura era evidente. Bajamos en Praça da Sé y comenzamos a caminar por la única vía posible al hostel. La fila para entrar y cruzar el evento era más grande que el día anterior. El

contingente policial superaba toda lógica y el control era aún mayor. Nosotras no teníamos ni siquiera identificación.

Cuando empezaron a separar las hileras entre hombres y mujeres me acerqué a una policía y le expliqué la situación. Si el día anterior había sido difícil cruzar ahora la tarea parecía una odisea. Éramos dos gringas viniendo de la playa; ella, una rubia con un bolso de cámara fotográfica gigante colgando en su pecho. Había que intentar salir de ahí lo más rápido posible. Sin embargo, en esa oportunidad no sólo nos limitaban el trayecto sino que a cada paso que dábamos podía sentir cómo decenas de manos hurgueteaban un poco más que mis bolsillos. La música aceleraba, el funky empezaba a hacer vibrar hasta las piedras del suelo y los presentes lo hacían también. Una marea de ellos saltaban y avanzaban hacía el escenario como comandos de pie, golpeando con los codos a todos los que se atravesasen, arrastrándonos en el oleaje.

De un segundo a otro la situación se volvió extrema. Empujaban hasta a los comerciantes. Los botaban a ellos, a sus productos y nadie decía ni hacía nada, por lo que tomé a Wiola fuerte de la mano, la ubiqué a mi espalda y con codo para adelante y hombrazos a los lados empecé a hacer espacio para avanzar y salir esquivando golpes al tiempo de ir evitando intersecciones cerradas. Media hora después ya salíamos por las rejas del otro extremo, ya veíamos a decenas de turistas tras las vallas, sacando fotos, tomando cerveza sentados en una silla. Ni uno de los pálidos rubios presentes se quería meter ahí.

Paré en la mitad de la Ladeira do Carmo y miré hacía atrás al conjunto de personas sudando, saltando, bailando. Fue cuando

decidí que ya no quería vivir un carnaval en Brasil, menos en Río de Janeiro. Ya no me interesaba ver el desfile de las 12 mejores escuelas de samba bailando a lo largo de los 700 metros del Sambódromo entre los 3.000 y 5.000 participantes con los que cuenta cada una de las escuelas -sin considerar los miles de turistas que habrían por ahí-.

Sólo quería escuchar la música de fondo y balancearme en una hamaca en la terraza del hostel.

LEÓN AFRICANO

El miércoles 22 de enero del 2014 a las 20 horas -en el terminal de buses de Salvador de Bahía- conocí a Mustafa Guidaoui, como el mismo escribió en mi libreta de notas. Procedente de Túnez, pasó de ser una grata compañía a alguien que no quería ver más.

Pelo corto canoso, mostacho negro, polera verde, bermudas blancas y chalas. Una vestimenta completamente neutra a mi parecer. De vez en cuando veía que sus ojos caían en mí, pero no le di mucha importancia hasta que me llamó para que me acercara y fuera a conversar con ellos. Los miré y pensé: hombre mayor conversando con dos chicas como de mi edad que no parecen asustadas sino más bien entretenidas. Era la situación de confianza que necesitaba para sentirme segura, así que me acerqué.

Había llegado tres horas antes de que saliera mi bus al terminal de Salvador porque los alrededores, como pasa en casi todas partes, no son de lo más seguro para llegar de noche. Pasé toda la tarde con un amigo tomando cerveza en la terraza de un bar en Pelourinho y necesitaba un tiempo para tratar de organizar cómo seguiría mi viaje. Por consiguiente, antes de entrar decidí sentarme a fumar un tabaco cerca de la parada de los taxis y dos metros más allá veía, sin saberlo, al León Africano, un hombre de –calculé– unos sesenta o setenta años.

Al rato un auto pasó a buscar a las chicas brasileñas y me quedé con Mustafa escuchando sus historias, preguntándole por su vida. Tenía 65 años. Era huérfano, hijo único, se había separado de su

mujer y nunca tuvo hijos, aunque todavía esperaba encontrar una pareja que sí los tuviera. Estaba en Brasil buscando un terreno para comprar y quedarse a vivir, pero por razones de su seguridad me es imposible especificar dónde había encontrado su nuevo hogar.

Mustafa Guidaoui entró a hacer el servicio militar obligatorio a Túnez a los 18 años y estuvo casi 35 en servicio. En ese momento se encontraba fuera de la República Tunecina porque, según él, se opuso al nuevo “Gobierno/Dictadura actual de su país”, por lo que había sido exiliado y no podía volver a su ciudad. Si lo hacía, seguro lo mataban.

Pero no. La verdad del asunto es que Guidaoui trabajó casi toda su vida para la dictadura de Zayn al-`Abidin Ben Ali, quien en 1987 lideró un golpe de estado contra el presidente Bourguiba y se mantuvo en el poder como dictador hasta que en 2011 tuvo que huir del país por la rebelión que se había alzado en el pueblo, conocida como la Revolución de los Jazmines.

Probablemente si alguien me contara que conoció a un chileno que le habló maravillas de Pinochet, le contó lo mucho que se logró con la dictadura y se referiría a las historias sobre torturas y detenidos desaparecidos como falsos sucesos, pensaría que es una aberración y le explicaría que se topó con lo peor del país. Pero viajando todo puede pasar.

En Túnez todo comenzó cuando un joven universitario de 27 años, Mohamed Bouazizi, decidió quemarse a lo bonzo en protesta luego de que la policía confiscara su puesto callejero de venta de fruta por no contar con los permisos necesarios. Mohamed había

recorrido la ciudad desde los diez años vendiendo fruta para mantener a su madre y a sus seis hermanos.

Pocos días después de que conocí a Mustafa leí que en Túnez la Asamblea Constituyente elegida en 2011, luego de la huida de Ben Ali, adoptaba una nueva Constitución. Probablemente si hubiera conocido un poco más de la historia de África, de lo que sucedía en Túnez, de la dictadura que existió por tantos años en ese país, habría comprendido de dónde venía Mustafa, por qué de su errático actuar y con quién me estaba metiendo. Pero no sabía nada.

En sus años dorados Mustafa Guidaoui logró destacarse por sobre sus compañeros en la milicia, por lo mismo, a los meses de formarse como uniformado lo reclutaron para convertirse en un agente antiterrorista. Trabajó catorce años en el servicio secreto, aprendió a hablar siete idiomas y entre esos períodos, estuvo viviendo por lo menos cinco años en Rusia, donde se desempeñó como espía encubierto para la dictadura de Ben Ali.

Tenía las piernas llenas de cicatrices por cortes y balas. Orgulloso me mostró e hizo que palpara con mi mano una hendidura que tenía en el frontis de su cráneo debido a una vez que lo atacaron con una hoz hundiéndola en su cabeza. Fue con el prontuario de sobreviviente y luchador que Mustafa se ganó el apodo de Coronel Fantasma entre sus enemigos y León Africano entre sus pares. Quién sabrá a cuántos habrá llegado a matar, a mí no me lo quiso contar.

En eso, el León me regaló un paquete de obleas rellenas con crema de piña y prosiguió. Sus dedos eran como fierros, me decía.

— Para entrenarme practicaba golpeando maicillo en un balde con las manos abiertas hasta que hacía sangrar mis dedos. Sentía el dolor, veía la sangre correr por mis manos pero seguía. Una y otra vez — me explicaba.

Fue así como los endureció hasta tal punto que me ganó un gallito con un solo dedo mientras yo jugaba con toda mi mano. Pero con los años el Coronel Fantasma tuvo que retirarse del servicio secreto e increíblemente no encontró nada mejor que unirse a las Fuerzas de Paz de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), convirtiéndose así en un casco azul más.

Durante los años que se desempeñó como ente de paz en la ONU el León Africano cumplió variadas misiones. Primero, en 1982, fue enviado al Líbano cuando Israel invadió el sur de dicho país con el objetivo de expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Luego, según él, su destino fue África. No fue capaz de especificarme dónde había estado ni por qué, pero cuando revisé los sucesos bélicos acontecidos durante esos años en el continente africano, la ONU tuvo participación en la Guerra Civil de Sierra Leona, en la Segunda Guerra del Congo y en la Guerra de la Frontera de Sudáfrica.

En 1995 estuvo en Bosnia y Herzegovina luego del conflicto políticoreligioso que hubo con Croacia tras la desintegración de Yugoslavia. Según un artículo publicado en el *Herald Tribune* de Europa en 2007, respaldado en un estudio realizado por el Centro de Investigación y Documentación de Sarajevo (CDI), la guerra que no duró más de tres años le costó la vida a un mínimo de 100.000 personas. De los muertos el 40 por ciento correspondía a población civil.

Mientras me hablaba empecé a recordar cuando recorrí las calles de Sarajevo en 2010. Veía las fotos en blanco y negro de sus edificios destruidos, de las balas en los muros, de un pueblo que pese a los años optó por no olvidar y mantener las ruinas de una guerra.

— Mi última misión la llevé a cabo en Irak. Creo que fue en el período de la guerra con Irán, pero no... — y ahí quedó la interrupción de Guidaoui y su paso por la ONU. Como si algo muy terrible hubiese recordado, bajó la cabeza y guardó silencio. Terminaban las historias de las misiones del ex miembro del servicio secreto militar de Túnez.

Las pequeñas gotas de agua que sentía en mi cara mientras conversábamos se convirtieron en la clásica lluvia tropical de Brasil, por lo que decidimos entrar a la sala de espera del terminal. Previo a lo que se suponía sería buscar un asiento y seguir charlando, Mustafá me pidió que lo acompañara a un local de internet donde había dejado cargando su celular. — Ella es mi hija — les dijo en algo parecido al portuñol a los presentes mientras entrábamos al lugar.

Yo no sé si por pena o por el shock, no fui capaz de evidenciarlo en su mentira. Simplemente sonreí.

Al salir buscamos una butaca libre y nos sentamos para que él pudiera leer los mensajes de su celular. Me dio un tour a la redonda de la no tan grande terminal e insistió en ir al supermercado para comprarme algo de comer. Una bebida y unos panes de chocolate fueron la elección del Coronel que me mandó a que saliera y lo esperase sentada afuera para que no tuviera que cargar mi mochila mientras él hacía la fila para pagar.

Decidimos salir a fumar un último cigarro antes de sentarnos y comer. Fue ahí cuando apareció el verdadero León. Yo trataba de explicarle que el lugar donde habíamos estado antes era saliendo por ese mismo nivel y doblando a mano izquierda, pero él insistía tozudamente que había que bajar.

Entre que sí y no yo empecé a caminar y el jaló fuertemente de mi brazo para llevarme hacía abajo. Me asusté. En un instante me pasé mil películas y tiré con todas mis fuerzas mi brazo de vuelta.

— Nadie me toca ni me tira así — le dije severamente, sintiendo mi quijada agarrotada por el susto.

Ahora el que estaba en shock era él y torpemente se disculpaba de lo que acababa de hacer.

— Lo hice como lo haría un padre con su hija — apelaba.

— Pero usted no es mi padre ni yo soy su hija y nadie me agarra así — le contestaba yo.

— Esto llegó hasta acá — sentencié. Un gusto y muchas gracias por todo, pero yo me voy y no con usted.

Le di la espalda y me corrí un poco más allá para fumar entretanto trataba de controlar mi mano que no dejaba de temblar. Al minuto el león volvió convertido en un gato cachorro.

— Tenías razón — me dijo. Por favor perdoname, nunca fue mi intención — decía para tratar de justificarse.

— Está bien — le respondí. Pero prefiero no estar más cerca de usted.

En ese mismo segundo su rudeza terminó por quebrarse. Empezó a llorar. — Lo que pasó me va a doler en el corazón toda la vida — dijo entre sollozos y lo vi alejarse solo al mismo lugar donde horas atrás lo conocí.

Seguí observándolo desde mi esquina. Prendió un cigarro, secó sus lágrimas y sentí un poco de culpa al verlo solo ahí. Pasó de ser un hombre seguro y activo a un abuelo vulnerable, pero aún así no me acerqué a verlo. Cuando terminé de fumar entré a sentarme en una mesa a tomar la bebida y comer los panecillos de chocolate sin siquiera mirar hacía atrás. Estuve ahí más de una hora esperando a que saliera mi bus. A Mustafa Guidaoui nunca más lo volví a ver.

Se mantuvo por unos días su recuerdo en mi cabeza. Seguía pensando en la violencia de su reacción, revivía la desfiguración de su cara al punto que su mano entrenada en maicillo apretaba mi brazo para jalarlo hacía él. De seguro los años de ser espía, de matar personas, de ocultarse de militares y de planear ataques le habían pasado la factura. Concluí que su incursión como casco azul de la ONU no había sido más que una oportunidad para purgar sus culpas, pero todavía estaban ahí. Vivían con él como sus propios fantasmas.

REINVENTARSE

Después de sólo transitar por la rodoviária de Brasília y Cuiaba, entre las muchas otras que hay en el camino. Luego de pasar tres noches viajando en bus y otra sentada hasta al amanecer en la sala de espera del terminal de Porto Velho, posterior a haberme mamado horas y horas de tráfico en las carreteras de Brasil, me encontré con Flavio cuando iba camino a buscar un barco que me llevaría hasta Manaus.

El amanecer en el terminal de Porto Velho estaba repleto de esa fauna nocturna que sólo en esos lugares y a esas horas se puede encontrar. Los borrachos, los heridos, los a medio vestir, los que revisan la basura en busca de alguna sobra para comer. Los que encuentran en el terminal la única posibilidad de un lugar con techo donde dormir, al igual que yo.

Estuve sentada en la misma silla hasta que a las 6 de la mañana la flota de buses Eucatur abrió su sala de espera vip a la que sin dudarle entré. Tenía a mi disposición sillas acolchonadas, enchufes, baño privado. Era todo un lujo. Entré al baño, me maravillé con la idea de tener ese lugar sólo para mi. El lavamanos se convirtió en mi ducha, en una lavadora y el jabón era el shampoo más fino que hubiese probado.

Llevaba tres días sin ducharme y aproveché el espacio como si fuese mi propio centro de estética integral y depilación. Cuando me marché me sentía como nueva. Tenía la ropa más limpia, los dientes más blancos, el olor a lirios con frambuesa que emanaba era

embriagante, o por lo menos eso creía yo. Salí lista para afrontarme con la realidad, preparada para pasar las próximas tres o cuatro noches durmiendo en una hamaca colgando en la mitad del río Madeira.

El río Madeira, o río Madero, nace en la cordillera de los Andes y se forma cuando confluyen los ríos Beni –Bolivia– y Mamoré –Bolivia y Brasil–. Es el principal afluente sur del río Amazonas y viene siendo el único raudal que le aporta agua de la cordillera de Los Andes al río más caudaloso del mundo. El río Madero está entre los veinte más largos. Con una cuenca de 1.420.000 kilómetros cuadrados que le proporciona un caudal de unos 32.000 metros cúbicos por segundo. Dos veces más que el río de Mississippi en Estados Unidos o el Ganges en India.

— El río Madero es el torrente más fértil después del Nilo — me diría Flavio unas horas después de conocerlo, cuando estuviésemos en la feria comprando fruta, cuando el jugo de la naranja chorreara por nuestras bocas.

Pero eso viene después.

El río Madero a la altura de Porto Velho tiene 1.300 metros de ancho y es conocido por su fertilidad y biodiversidad. Sostiene la vida de unas 750 especies de peces, 800 aves y alberga animales del bosque lluvioso.

Inclusive da sustento a los extractores del caucho, recolectores de castaña amazónica y pescadores.

Cuando salí del terminal de buses, a eso de las 8 de la mañana, aún no había divisado el río por ningún lugar. No tenía un mapa ni conocía a nadie que hubiese hecho el viaje antes, por lo me vi

felizmente obligada a hablar con las personas de los negocios para averiguar cómo podía llegar caminando al puerto de Porto Velho desde donde zarpaban los barcos con destino a Manaus.

— Siga derecho, doble a la derecha y siga derecho —. Se suponía que con esa explicación debía llegar de lo más bien.

La primera persona con la que me topé fue un argentino de pelo revuelto y sudadera gris -la que dejaba entrever un mandala tatuado cerca de su clavícula izquierda- que cargaba clavos de malabarismo en su espalda.

— Seguí por acá y cuando llegues a las líneas del tren dobla a la izquierda — me explicó sin entender muy bien cuánto más tenía que caminar para llegar a las benditas líneas del tren. Quizás por haber dormido en promedio veinte horas en los últimos cuatro días mi cerebro no lograba hacer sinapsis, por lo que seguí preguntando a cada paso dónde estaban los barcos que zarpaban a Manaus.

En eso apareció Flavio. Con una bicicleta plateada sin cambios, sin frenos, con las llantas internas amarillas, del mismo color que la jaba de plástico estilo feria que cargaba en su parilla. Tenía puesta una camisa de mangas cortas, con cuadrados pequeños y de color verde claro desteñido. Con bolsillos en la pechera y con los tres botones superiores abiertos, se veía su piel canela bronceada de tanto sol.

Si uno lo miraba a los pies, los colores tierra primaban en su tenida compuesta por un short verde musgo y unas alpargatas café. Por la espalda le colgaban unos *dreadlocks* largos, rulientos, rubios y canosos que caían de un moño sobre su espalda. Su barba tupida era como de un blanco antiguo y horas después me quedaría

atrapada viendo cómo los gajos de las naranjas se le iban pegando en sus pelos al comer. No recuerdo cuántos años habrá tenido o si en algún momento me lo comentó. Aún así, Flavio era de la especie de hombres que si no fuera por sus canas, uno no notaría que el tiempo también pasó por ellos.

— *¿Are you coming here to the rainbow's festival?* — fue lo primero que me preguntó. Y como ambos vimos nuestras caras de extrañeza prosiguió con la misma pregunta en portugués y en español.

— No, no, no — le respondí — Ni siquiera sabía que ese festival se hiciera acá. Estoy buscando los barcos que zarpan a Manaus.

Flavio caminó conmigo, me mostró un atajo y esperó a que negociara en un puesto y en otro hasta que conseguí que me rebajaran el precio del pasaje de 200 reales a 190, algo así como lo que gastaría en comida y alojamiento si me quedara cuatro días en tierra, así que dejé de joder y traté de pagar, pero de mi banano salió sólo polvo y arena.

Flavio me hablaba de Alto Paraíso mientras caminábamos hacia algún lugar para sacar plata. En el regreso al barco me explicaba cómo *Preinbaba* había dejado toda su vida material luego de tener un sueño con un sabio que le decía que cumpliera su promesa y se fuera a India, encontrándolo después ahí en la misma ciudad a la que le dijo que llegara. Y por más que anoté el nombre de la divinidad letra por letra en un papel, al volver nunca pude chequear la veracidad de la información. Por alguna extraña razón su historia no aparecía en internet, aunque sí encontré una película de 1985 con un nombre similar: *Perinbaba*. No obstante, ese día yo no tenía

cómo saberlo mientras colgábamos la hamaca en el barco y Flavio me invitaba a desayunar a la feria local.

Recorrimos calles por la que los turistas no andan, esas que son de exclusivo dominio de los habitantes de cada lugar. En un pasaje de tierra, con charcos de barro por las lluvias matutinas y con casas estilo media agua, los vecinos conversaban de puerta a puerta como cualquier día. Una niña le daba mamadera a su hermano chico mientras otros tres revoloteaban alrededor.

Porto Velho es la capital del municipio de Rondonia y en el último censo de Brasil, realizado en 2010, se estimaba que en 2014 habrían 494.013 personas viviendo en la ciudad. De ellas 32.337 corresponderían a niños de entre 10 y 13 años de los cuales por lo menos 880 no asistían a la escuela, 807 no eran alfabetizados y 1.109 estuvieron ocupados la semana del censo, quién sabe en qué. De los niños, por lo menos 1.741 de ellos trabajaba durante la semana y de esos a 506 no los remuneraban en sus trabajos.

Cuando llegamos a la feria me sumergí en un festival de olores y colores. Si bien quedaban pocos puestos abiertos, Flavio de todos modos comenzó a pasearse por cada uno de ellos comprando fruta para que yo probara. La primera fue la pupunha, un fruto que si se cuece con sal adquiere un sabor como zapallo naranjo, pero si se come cruda tiene sabor a almendra y la boca termina picando como si se hubiera comido una piña entera.

— Las guerras se originaron por el maíz. Los granos cocidos impiden la absorción de los nutrientes — narraba Flavio mientras me miraba con sus ojos tapatíos hipnotizándome en su clase

magistral. — Estamos en la época de Calígula donde la ignorancia y la oscuridad reinan — continuaba hablando y abría una fruta de cacao para que yo probara la babosidad de lo que cubre esas semillas con forma de almendra con las que se hace el chocolate. — Es la época propicia para quemar el karma — era por eso, entre otros motivos, que Flavio había dejado de comer carne muchos años atrás. — Si todos fuesen vegetarianos ya no habría más karma que quemar y estaríamos en un estado de consciencia con la naturaleza —.

Flavio iba de una explicación en otra, de una enseñanza a otra. Me instruía a la par que me metía una *piquiá* a la boca, otra fruta del amazonas que cocida parece una papa con un carozo inmenso y al comerla, su carne se disuelve en el paladar y su textura aceitosa hace que se derrita como crema con mantequilla en la lengua. Y antes de que la suavidad abandonara mi boca, ya comía banana y la mezclaba con la *castaña do para* que mi dientes acabaran de triturar. Luego, sentados en el cemento que daba a los estacionamientos al lado de las bananas, seguimos comiendo y conversando.

— Tienes que leer *La dieta del muco* de Arnold Ehret. Tienes que leer todo lo que puedas de él. Y ve si encuentras los *Protocolos de sabios de Zion* que acá en Brasil es crimen tenerlo. Y busca además *Left in the dark* y *The 80/10/10 diet* — sostenía.

Era tanta la información que iba tratando de anotar en una libreta. Me sentía como en esas clases de universidad de las cuales salía con el cerebro hinchado, donde la cabeza sufría pequeñas pulsaciones y las revoluciones se ponían a mil por hora. Flavio se estaba convirtiendo en un maestro para mi.

El jugo de las naranjas chorreaba por la comisuras de nuestros labios, algunos gajos se instalaban en su barba y nos pasábamos las cáscaras por la cara y los brazos, en medio que cambiábamos de un tema a otro y olvidábamos el anterior. La mezcla de lo ácido y dulce del zumo llenaban de saliva mi boca hasta que tocó el turno de la tucumã, un fruto nativo de la selva que sorprendía por su sabor. Podía ser dulce, salado, cremoso y hasta crocante. Lo cortamos en pedacitos y lo comimos con pan de tapioca y una salsa de aceite extra virgen con albahaca que había cocinado Flavio esa mañana. Qué festín romano, qué bufé de comida internacional. Esto era lo mejor que había probado en todo Brasil.

— La última vez que me dio malaria me curé comiendo alimentos crudos una semana, no tomé ningún remedio esa vez — sostuvo.

En ocasiones anteriores los medicamentos para la malaria le habían provocado dolores de cabeza tan grandes que no sabía qué era peor, si sentir que el cerebro le iba a explotar o aguantarse por algunos días la fiebre, la tortura en el cuerpo, los escalofríos. La última vez optó por esto último.

En agosto de 2014 Porto Velho registraba 2.900 casos de malaria. Pese a que el número de infectados descendió un 70 por ciento desde 2011, conforme a los datos de la Secretaría Municipal de Salud (Semusa), la enfermedad seguía concentrándose en las zonas más periféricas de la región amazónica por la cantidad de humedales y zonas rurales que allí existen. Por lo mismo, según la Prefectura de Porto Velho a inicios del 2015 la Semusa ofreció formar a siete especialistas en el combate contra las epidemias para capacitarse en la prevención y el tratamiento de la malaria.

Cuando ya me había comido casi todo lo que Flavio compró en la feria, él decidió seguir camino porque era la hora de buscar el “verdadero” açaí, un fruto que parece un arandano, que crece únicamente en estado silvestre desde una palmera alta, con tronco delgado y comunmente caída hacia un lado u otro.

— Es un alimento esencial en la dieta de los indígenas en el Amazonas— me explicaba — Un kilo de açaí tiene los mismos antioxidantes que 33 kilos de uva — sentenció. Y yo creía que ya había comido açaí en Río de Janeiro, en Buzios. Como helado mezclado con plátano. Con leche condensada y salsa de caramelo y almendras y bolitas de chocolate y toppings de fruta y con todo lo que pudiera echarle sin que se desbordara la dulzura por los bordes. Pese a que lo tradicional no era así, por lo menos no en la Rondônia.

Llegamos a una calle angosta donde se veía ropa de colores colgada, niños jugando al fondo y un grupo de mujeres que habían dispuesto una peluquería en medio del espacio. Atendían a la segunda clienta y la otra se apostaba a su lado con una gorra de ducha sobre su cabeza.

— El açaí acaba de llegar hoy y recién estará listo mañana — le informó la peluquera a Flavio.

El açaí es necesario cocerlo durante dos horas a una temperatura que sea aguantable al tacto de la mano. Así dijo Flavio que lo cocinaba él.

Caminamos cuesta arriba rumbo al otro mercado con la bicicleta siempre a nuestro lado. Al llegar tampoco encontramos el mágico fruto que retarda el envejecimiento, da energía, ayuda a prevenir el cáncer y disminuye el colesterol. Sin embargo, Flavio encontró

biriba y eso compró. Un fruto parecido a la chirimoya chilena, casi con el mismo sabor, de un color amarillo intenso en vez de verde.

— Eso que vez ahí era la estación del ferrocarril Madeira Mamoré. Desde ahí salían trenes rumbo a Bolivia muchos años atrás — expreso mientras señalaba un tren abandonado a su suerte. Quedaba en pie un pequeño edificio y se veían tramos de vía surgir entre el verde.

En 1912 se dio por concluida la construcción de los 350 kilómetros de línea férrea que unían la frontera de Bolivia con Brasil y Porto Velho. Aunque cuando se inició el plan, a inicios de siglo, conseguir trabajadores no fue una tarea fácil. El gobierno brasileño creó la empresa Madeira-Mamore Railway Company y le vendió la concesión de ésta al mega empresario estadounidense Percival Farquar. Era tal la cantidad de obreros que se necesitaba, que fue imprescindible incluso buscar trabajadores por medio de avisos en los periódicos más importantes de la época de Estados Unidos.

Finalmente acudieron hombres de más de cincuenta países, incluyendo la entrada de la primera inmigración de mano de obra negra libre en pleno desarrollo de la política de blanqueamiento de la población brasileña. Se dice que alrededor de unos 6.000 hombres perdieron la vida en torno a los rieles durante los años de construcción. A pesar de todo el proyecto no duraría mucho tiempo. Los precios de la goma se desplomaron y el uso del ferrocarril se redujo a su mínima expresión. Era un fracaso económico para Farquar. En 1930 la línea férrea fue parcialmente desactivada y en los años 70 terminó de morir con la dictadura. Han pasado más de 40 años desde el último recorrido del tren.

Cuando regresamos al puerto, Porto Velho me seguía pareciendo un arco iris de colores. Nos sentamos a la salida del barco, colgué los pies sobre el Río Madero y entre naranja y naranja las historias no podían cesar. Flavio me contó de una vez que no sabe por qué empezó a tener llagas por todo el cuerpo, las que aumentaron más y más hasta que el dolor se hizo insoportable y decidió internarse en la selva del Amazonas a morir. Su ex mujer salió en su búsqueda y lo encontró moribundo tirado en el suelo. Lo tomó como pudo, lo metió en un taxi y se lo llevó de vuelta a su casa.

— Sólo acostado me sentía bien, como si estuviera en el paraíso — me detallaba Flavio mientras me contaba que cada vez que se levantaba experimentaba como si su cabeza se adentraba en un infierno. Sus amigos empezaron a visitarlo, los vecinos, la familia. Hasta su madre viajó desde São Paulo para despedirse de su hijo que comenzaba a morir. No podía comer, cualquier tipo de ruido provocaba que su ira saliera traducida en gritos y las únicas veces que se paraba era para defecar.

— La única forma de lograrlo era corriendo. Empezaba a correr como podía e iba defecando en el camino — se justificó. Era la única manera de no padecer tanto dolor.

En una oportunidad corrió tratando de llegar al baño y cuando casi lo lograba, apareció un hombre envuelto en una luz. Era un gran sabio hindú al que su ego había traicionado. Fue en ese instante que Flavio entendió que si moría así subiría como un demonio sin poder quemar su karma. Entonces decidió volver a su casa y llamar a un médico homeópata para tratar de curar y entender su enfermedad. Le dijeron que debía ir al hospital pero él se negó. Se concentró unos minutos y empezó a escuchar a su

cuerpo. Aceite. Era eso lo que necesitaba. A los días ya estaba mejor. En unos meses a punta de fideos, arroz y papa pasó de famélico a casi obeso. Lo único que hizo por mucho tiempo fue comer y sucumbir a la adicción brasilera: las teleseries. Eso lo había vuelto a hacer feliz.

La historia fue interrumpida de forma repentina por un hombre que lo saludó muy afectuosamente refiriéndose a él como ‘maestro’. Además de jipi, vegetariano y con dones de inmortalidad –tomando en cuenta que ya había sobrevivido a tener incontables veces malaria y a esa rara enfermedad que lo dejó en los huesos–, Flavio era profesor de música.

Eso sería lo último que conocería de él. De un segundo a otro se paró y me dijo que ya tenía que irse. Lo miré y vi un amigo, de esos fugaces que uno encuentra en la ruta, así que nos dimos un fuerte abrazo, de esos verdaderos donde se te pega la piel, donde los cuerpos se encajan, donde las respiraciones se complementan. Nos soltamos mientras nos prometíamos que algún día nos volveríamos a ver, quién sabe dónde.

PORTO VELHO A MANAUS

Cuando trataba de imaginarme cómo sería viajar casi una semana en barco, durmiendo en una hamaca, lo veía como una eternidad. Pero pese a que los días son casi todos iguales, con algunos terminamos formando un grupo pasajero con el que estábamos tan cómodos y compenetrados, que cuando arribamos al puerto de Manaus decidimos dormir todos juntos en el barco una noche más.

El día que el Río Madero empezó a quedar atrás para dar paso a la unión de los ríos Negro y Amazonas hubo un choque de color. Durante seis kilómetros cada agua se mantuvo en su lado sin mezclarse ni un poco, pero luego el negro comenzó a quedar atrás y el café nos volvía a abrir camino a nuestro destino, que estaba a punto de aparecer en la distancia. Las refinerías de petróleo de la capital del estado de Amazonas parecían dragones gigantes escupiendo fuego y expeliendo humo. En los pueblos de los costados ya se podía visualizar el tendido eléctrico, las luces de la metrópoli aparecían como luciérnagas y la efervescencia en el barco crecía cada vez más.

El primer piso del barco Vieria II era de carga. Llevaba desde plátanos y frijoles hasta un auto en dirección a Manaus. En el segundo piso estaba el fuerte: las suites, a los lados de la cabina del Capitán; el espacio donde terminaron colgando ciento nueve hamacas de todos los tipos y colores imaginables; el comedor, los baños y el agua filtrada que siempre estuvo fría. Pese a que había leído puras quejas e historias sufridas sobre la travesía, para mí fue

lo contrario. Salvo el percance y el consiguiente show que tuvimos el día que zarpamos, cuando debimos regresar al puerto luego de que olvidaran cargar la comida que nos darían durante el trayecto, el viaje fue una maravilla.

El primer día, cuando llegué a la nave con Flavio, me preocupé de que la instalación de mi hamaca se realizara cerca de una mochila. Pensaba que de seguro la persona que la había puesto ahí debía andar en la misma que yo. Y así fue. Sofi tenía el pelo corto, un aro en la parte inferior derecha de la boca, una sudadera gris y un short azul. Lucía un tatuaje de serpiente en el codo izquierdo y llevaba unos meses viajando con su amiga Meme. Sofi era argentina, como tantas y tantos otros que me había topado. Lo que me hacía concluir a esa altura que, en general, el argentino es bueno para viajar.

En Chile es distinto. Hace algunos años tenía la teoría de que estábamos como encapsulados. La Cordillera de los Andes por un lado, el inmenso océano Pacífico por el otro y nuestros 755.776,4 kilómetros cuadrados de superficie terrestre nos retenían en el medio como si fuésemos prisioneros de ese lugar. Como si Chile fuese una dimensión paralela. Todo se veía tan lejos, tan caro, que pensar en salir del país era casi un sueño. Y la verdad es que no sé si mi visión al respecto habrá cambiado cuando empecé a viajar, que es lo más probable, pero pese a que ahora los chilenos salimos mucho más, para mí sigue siendo algo excepcional encontrarse con compatriotas fuera de casa. No así quizás para los argentinos.

Nuestros días en la nave giraban alrededor de la comida. Era la única referencia para tener consciencia de que las horas aún existían, de que los minutos no se habían perdido en la selva, en las

aldeas que se veían a los lejos, donde parecía que el tiempo se había detenido muchos años atrás. Simone, pese a que era enfermera, trabajaba de cocinera en el Vieira II. De pelo largo y con una pequeña separación entre los dientes, cuando sonreía hacía el mundo brillar. Era ella quien todas las mañanas se paseaba por la cubierta gritando "buenos días" para luego empezar a tocar un pito que avisaba que el desayuno estaba listo. Café, leche, un pan y canjica, maíz y leche, la versión brasileña de nuestro clásico arroz con leche, conformaban nuestro desayuno continental de barco.

Desayuno a las 6. Almuerzo a la 12. Cena a las 5. Todos los días igual, todos los días lo mismo. Arroz, frijoles, fideos, mandioca, carne o pollo y ensalada. Probablemente lo ideal a la hora de la comida habría sido, primero que todo, viajar con un pote y cubiertos, para así servirse lo que uno quisiera y luego salir a comer. Segundo, tratar de variar lo más posible las combinaciones de alimentos. Quizás comer un día arroz con frijoles, otro pollo con ensalada, otro fideos con carne. Yo no pude aplicar ninguna de las dos, incluso casi todos los días puse todo lo anterior en mi plato. Lo que sí aprendí es que si éramos los últimos de la fila teníamos más tiempo para comer bajo la supervisión regaloneada de Simone. Pero eso quedaría de lección luego del problema de la primera mañana.

Viajar en un barco, relativamente encerrado, por tantos días seguidos y con un grupo de más de cien personas que ni siquiera conoces puede ser increíble, pero no está exento de conflictos. Yo había tenido la suerte de conocer durante mi primera tarde a los que serían mi pandilla, por lo que el día de los gritos no estuve sola. Sofi y Meme de Argentina; Guga de Brasil; la pareja conformada por Grossia y Yass, de Polonia y Marruecos respectivamente; y esa

mañana de la discordia se nos unió Mariona, de Catalunya. Era nuestro primer desayuno. Estábamos hablando y acostumbrándonos a los horarios, a la comida y a los estrictos horarios cuando él empezó a vociferar. Era un japonés de más de cincuenta años que viajaba solo y con quien habíamos cruzado algunas palabras en castellano la tarde anterior.

En un momento los pocos pelos que tenía en la cabeza se le erizaron como puerco espín, los lentes se le resbalaron hasta la nariz y su cara color papiro se tiñó de rojo con tanto escándalo. Hacía un rato Mariona se había percatado de que no era la única hispanoparlante en la embarcación y se acercó a conocernos. Desayunábamos todos felices conversando de andanzas, rutas y destinos en el momento del show. Ni me percaté que los gritos iban dirigidos hacia nosotros, hasta que inundaron el pequeño lugar.

— ¿Qué creen, que pueden estar desayunando el rato que quieran? ¡Acá no se conversa, acá se come, así que apúrense! ¡Desocupen sus puestos y salgan! — chillaba completamente fuera de sí.

Nosotros nos mirábamos unos a otros sorprendidos, ya no quedaba casi nadie en el salón y ni siquiera era necesario un lugar más para que otro se sentara. Pese a nuestras explicaciones era imposible calmarlo. Tuvo que llegar Simone a pedirle un poco de silencio mientras a nosotros se nos había acabado el apetito y no nos interesaba seguir ahí. Dejamos nuestros platos con los restos de comida y salimos a donde estaban nuestras hamacas, a dormir un rato más. Había sido su primer altercado pero no último. El señor de ojos rasgados se pelearía una vez por día con alguien del barco.

En la planta superior del barco, donde estaban las sillas y el bar, pasábamos gran parte del día. Nos deslumbrábamos con el paisaje, disfrutábamos de la lluvia, inventábamos historias de los otros pasajeros, veíamos a los niños jugar con volantines caseros que confeccionaban con bolsas plásticas y hacían volar por los aires. No era un navío turístico donde los tripulantes esperásemos ver lo exótico de la selva, atrapar caimanes o avistar anacondas. El barco era un medio de transporte como cualquier otro para los habitantes del Rondonia, uno de los veintisiete estados de Brasil que contaba con cincuenta y dos municipios y que tenía una extensión de 237.576 kilómetros. Casi un tercio de la superficie chilena.

Por lo mismo, para ellos la vida de barco no era tan pintoresca como para nosotros. No significaba una experiencia nueva de colores, olores y horizontes desconocidos, sino mas bien era el recorrido habitual para viajar de Porto Velho a Manaus. Para visitar familiares, comprar mercadería o ir al hospital. Y a diferencia de nosotros, las comidas para ellos no era lo que marcaban el tiempo de los días sino que esa labor la cumplía el televisor. Habilitada a un costado del bar, desde que despertábamos hasta que casi la mayoría de los pasajeros se iba a dormir la caja negra nunca se apagaba.

La mayoría podía pasar horas hipnotizada viéndola, sintonizando canales, jugando con la antena para agarrar mejor señal. No se perdían ni una teleserie, ni un programa de media tarde. El ruido era como un zumbido permanente que era acompañado por la música que tampoco dejaba de sonar, salvo el día en que los personajes Félix y Niko, de la teleserie del momento *Amor à Vida*, se besaron por primera vez. Era el primer beso de una

pareja homosexual en una teleserie brasileña y el silencio fue sepulcral.

Aunque cuando comenzaba el atardecer, luego de la cena, la rutina cambiaba. Arrimados en una esquina jugábamos cartas, fumábamos marihuana y nos contábamos nuestras vidas entre risas, mientras el cielo se iluminaba con luceros y estrellas fugaces. Aún así la noche a lo lejos cubría como un manto la selva. No se veían bueyes, ni pequeños puertos de madera, ni las lanchas de las familias que vendían fruta, ni los inmensos árboles verdes que adornaban el camino.

Ronan era uno de los chicos que se nos unía todas las noches a fumar. Proveniente de Río Branco y con 21 años, de signo escorpión, estaba escapando de su ciudad junto a su madre y sus dos hermanas pequeñas por un problema de drogas. La idea era llegar a Manaus y de ahí partir rumbo a Guyana en busca de trabajo y seguridad. Tenía que estar escondido un tiempo antes de pensar en quizás volver a la capital del estado indígena de Mato Grosso, donde alguna vez yacimientos de oro, cobre y zinc dieron vida y empleo a los habitantes de la localidad.

Moreno, flaco, con un aro en la ceja derecha, polera de camuflaje oscura, short cortos y sandalias, Ronan nunca se sacaba sus lentes de sol y menos su collar, una cadena que colgaba una herradura de catorce quilates de plata pura. Era su trofeo, sinónimo de poder y de respeto. Era lo que lo diferenciaba de cualquier otro adolescente del barco que tuviera su edad. Porque no cualquiera había estado preso, no cualquiera había sido atrapado por la policía cargando un kilo de cocaína. De seguro era de los pocos que había delatado para quienes trabajaba y aún estaba con vida.

Ni Ronan, ni sus hermanas pequeñas, ni su madre. Ni su amigo del barco Miguel, ni tampoco el amigo de Miguel habían conocido extranjeros alguna vez. En su vida habían escuchado hablar en otro idioma que no fuera portugués, por lo que nosotros nos habíamos convertido en una atracción. Guga traducía lo que no entendía y el resto del tiempo nosotros nos comunicábamos con él como podíamos, sobre todo Meme. Ella nos presentó a las hermanas pequeñas de Ronan que lo amaban inmensamente, a las que les brillaban los ojos cada vez que lo veían al igual que a su madre. Él no era un descarriado, ni un delincuente, ni un traficante más. Él sólo era un muchacho que había buscado una forma rápida y fácil de ayudar a su familia a subsistir.

Conversábamos hasta que las noches se veían interrumpidas por los hombres que no nos dejaban fumar más por sus hijos. Por aquellos que durante el día pasaban horas frente al televisor bebiendo cerveza. Los mismos que el último día antes de desembarcar en el puerto flotante de Manaus, mientras las mujeres del barco se pintaban y arreglaban para la ocasión en un salón de belleza instalado cerca del baño por Meme, ellos tomaron cerveza y bailaron funky chacalero hasta que quedaron postrados sobre las mesas.

Para nosotros la llegada a Manaus era distinta. Como si fuésemos un curso de paseo nos sacábamos fotos, intercambiamos correos, simulábamos despedirnos sabiendo que aún no lo queríamos hacer. Pese a los calambres que tenía todas las noches por dormir en la hamaca, a que en los últimos días con suerte me había dado un par de duchas porque consideraba que el agua café del río que caía por la regadera no iba a hacer mucha diferencia; y a que lo que sucedía en Venezuela me llamaba insistentemente y

sabía que tenía que seguir, decidimos entre todos dormir una noche más en el barco y durante la siguiente jornada partir.

No visitamos el Teatro Amazonas, ni el Mercado Municipal, ni el Palácio do Rio Negro. Estábamos en pleno barrio puerto, en la zona sur de la ciudad con casi 1 millón 800 mil habitantes, y sólo pensábamos en comer algo que no fuera frijoles, o arroz, o fideos, o carne. La Feira Moderna y sus puestos repartidos en los muelles, situada sobre el puerto de Manaus, ya estaba cerrada. A la mañana siguiente tendríamos el placer de regocijarnos con sus frutas típicas y embriagarnos con el olor a pescado de las cerca de 2.000 especies de peces que habitan en los ríos amazónicos, pero esa noche no era la opción. Deambulamos por los pasajes cercanos hasta que encontramos un local de pizzas y cenamos ahí.

Terminamos la velada tomando cervezas en el bar Amarelinho por la calle Boulevard Río Negro, frente al río del mismo nombre. Ahí en el barrio de Educandos, donde se juntaban los drogadictos a consumir entre los arbustos y la arena, donde al otro día con Guga nos emborracharíamos perdiendo la noción del tiempo, correríamos por un taxi, veríamos la ciudad pasar frente a nuestros ojos como diapositivas, fumaríamos lo único que nos quedaba de marihuana a un costado del terminal de buses y nos embarcaríamos juntos hacia Santa Elena de Uairén. Ahí nos despedimos. A Sofi, a Meme, a Yass, a Grossia, a Mariona después de la mañana siguiente no los volveríamos a ver. La travesía en barco había acabado y teníamos que seguir.

Atrás quedaba el japonés que terminó peleándose con la mitad de los pasajeros del barco y que desapareció apenas atracamos en el puerto de Manaus sin que nadie supiera a dónde se dirigía. Simone

visitaría a su familia y esperaría un par de días en tierra a que el Viera II volviera a zarpar con dirección a Porto Velho. Ronan con su madre y sus hermanas nunca llegarían a Guyana. En cambio, decidirían quedarse a vivir en la capital del estado de Amazonas donde no correrían peligro, donde Ronan a los meses después incluso se pondría a pololear⁵ con una chica del lugar.

⁵ En Chile significa: mantener relaciones amorosas de cierto nivel de formalidad

VENEZUELA



SANTA ELENA DE UAIRÉN Y LA CRISIS DEL GAS

Dicen que la cola en la plaza empezó ayer en la madrugada y que durante la noche se intensificó. A las siete de la mañana de hoy eran mínimo cien personas las que se agolpaban esperando la llegada del gas. En la radio del taxi, que me llevaba otra vez camino a la frontera con Brasil para finalmente hacer el trámite de migración, avisaron que el gas ya no llegaría.

Pese a que en Chile me dijeron que con mi carnet de identidad podía entrar a todos los países que me dirigía, por un minuto pensé que en Venezuela no iba a ser así.

— La ley cambió — me señaló la chica de Migración — y pese al Pacto Andino necesitas visa para entrar — sentenció.

Y yo, que ni siquiera llevaba mi pasaporte conmigo, le expliqué mi situación. Le lloré la carta que venía viajando desde Chile por tierra, que acababa de cruzar Brasil, que no tenía la menor idea de que necesitaba papeles, pero que por favor me disculpara e hiciera una excepción por esta vez que si no, no tenía dónde volver en el país anterior.

Cuando iba camino a Venezuela me indicaron que tenía que llevar papel confort, jabón y me aconsejaron olvidar por algún tiempo tomar leche. Me dijeron que aprendiera a tener paciencia y me advirtieron de las eternas filas con las que me toparía en todos lados. Y así fue, Venezuela era la capital mundial para combatir a los ansiosos. El mismo día que llegué al primer pueblo de frontera pude ver a las personas agolpándose en una hilera alrededor del perímetro de la plaza principal. Al principio pensé que estaban

esperando colectivos o algún bus, pero luego de preguntar lo supe: aguardaban por la llegada del gas.

Unos tras de otros se iban desordenando para atrás y el murmullo se iba transformando en un alboroto permanente entre bocinas y ruidos de autos. Tomaban agua en vasos de papel que luego tiraban al piso pintando de blanco el asfalto del lugar. Con las horas llegaron a ser unas 100 personas amontonadas a la espera de su bombona de gas mientras especulaban si llegaría o no, si habría gas para prender la cocina esa tarde o si se quedarían sin cenar.

Para los locales las cosas no pintaban tan color de rosa como para mí, que para ese entonces ya había logrado cambiar los míseros reales que me quedaban por fajos de verdes billetes venezolanos. Finalmente podría dormir y comer como necesitaba.

— El gas llegará mañana — empecé a oír que comunicaban en el dial 92.9. La explicación continuaba — Han evitado que sea posible entregarlo hoy, pero no olviden que desde que comenzó el 2014 el gas ha llegado tres semanas consecutivas a nuestra ciudad —, recalca el locutor de la radio Ruperá mientras los panelistas que lo acompañaban trataban de amenizar todo el problema bromeando con que el problema no era de los camiones, ni de las rutas, ni menos del Gobierno. El problema, decían, era de la vaca.

A lo lejos, como telón de fondo, podía oír las quejas de quienes esperaban en la plaza del pueblo la llegada del gas. Se les señalaba que la solución sería darles números para que quienes habían hecho la fila, quienes llevaban más de 24 horas esperando, volvieran al otro día a primera hora a buscar su bombona de gas. Entretanto yo

recordaba que cuando me dirigía camino al taxi vi pasar a un chico encapuchado buscando botellas en el suelo. Quizás ellos desde antes sabían que el gas no iba a llegar.

Santa Elena de Uairén, capital del municipio Gran Sabana, es la primera ciudad de Venezuela entrando por tierra desde Boa Vista, Brasil. Para llegar hay que tomar un especie de colectivo en el Rodoviario de Caimbé y pagar 30 reales por el servicio de transporte hasta la frontera. El viaje dura dos horas y media y la carretera es una pista, con un carril por lado, que pareciera estar hecha para los sucesores de Emerson Fittipaldi. Casi no hay auto que no corra por esa pista de fórmula 1 con pilotos amateurs. Pero el paisaje hace que no se repare tanto en la carrera, ya que durante el trayecto la paleta de colores va cambiando y obnubilada. Se mezcla el verde, lo seco y lo quemado. Se cruzan ríos, pueblos con trozos de carne colgando al sol y si se viaja de tarde, a un lado se puede ver el atardecer mientras al otro ya es de noche.

Para cruzar de Brasil a Venezuela uno debe bajarse un poco antes de la línea y caminar; el resto es sólo caminar. Salida de Brasil, cambio de dinero, entrada a Venezuela. Si uno quisiera pasar como Pedro por su casa no hay quién lo impida. La mayoría de los oficiales y militares están más preocupados por revisar los autos y ver qué mercancía entra y sale en vez de detenerse siquiera un segundo en las personas que transitan por el lugar.

De pasar de estar al límite de la pellejería en Brasil, en Venezuela cargaba fajos de billetes verdes en mi mochila –que eran menos de 100 mil pesos chilenos- los que me hacían sentir millonaria. Cuando llegué al ‘continente’ brasileño en diciembre un dólar equivalía a 2.40 reales. Acá un real eran 29 bolívares: con 20

compraba una cerveza, con 60 una cajetilla de cigarros *Lucky Strike* y 360 me costó una pieza en la Posada Michelle con dos camas, una de dos plazas y la otra de una. Allá me podía dar el lujo de que me sobrara una cama. Además, me pasaron toalla, papel confort y cumplía con la opulencia de la ducha caliente ¿Cómo no me iba a sentir millonaria si tanta grandiosidad era incluida en el precio?

Cuando volví casi dos horas después a la plaza Bolívar, donde se junta la calle Urdaneta con Santa Elena, el tumulto ya no existía. Los vasos tirados eran el rastro de quienes inclusive habían pasado la noche en el lugar. Y como la Alcaldía estaba cerca, decidí darme una vuelta para ver si encontraba a alguien que me pudiera contar un poco qué estaba pasando. Cuando llegué y pregunté con quién podía hablar, me dijeron que si esperaba un poco al Coordinador que estaba desayunando quizás podría atenderme. Así que fui al negocio de la esquina, me compré un jugo y un pan y me senté frente al inmueble dispuesta a esperar todo lo que fuese necesario.

La mañana pasaba lenta, como si fuese domingo en vez de sábado. Los vasos blancos del suelo se iban volando con el viento y los perros se acercaban a comer todo rastro de alimento que hubiese quedado en el lugar. Dos hombres conversaban de política, lo que se me había vuelto muy común escuchar en Venezuela. Platicaban sobre los rumores que denunciaban que Diosdado Cabello, presidente de la Asamblea Nacional de Venezuela desde 2012 y actual vocero de Gobierno, estaba manejando el país en vez de Nicolás Maduro.

En un momento apareció un hombre bajito, de polera verde, de unos 60 y tantos años, con pelo canoso y unos bigotes muy bien cuidados. Se trataba de Enrique Sánchez, el asesor del despacho y

encargado del gas de la Alcaldía de “Manolo”, como le decía de cariño al alcalde miembro del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), Manuel de Jesús Vallés. El edil se mantenía en su cargo pese a que, según rumores que corrían en el pueblo, fuese denunciado por fraude en las elecciones internas del PSUV realizadas en 2013.

— Desde 2002, con el sabotaje petrolero, tanto con la gasolina como con el gas se produjo un desabastecimiento que arrastró vicios como el contrabando y la reventa de gas — me explicaba Don Enrique.

De fondo es su oficina figuraba una foto del ex Presidente Hugo Chávez. Tenía una mirada profunda y portaba el listón tricolor de hombro derecho a cadera izquierda. Aún no se veía hinchado, ni amarillento, ni tampoco pelado. El cáncer aún no comenzaba a comérselo.

— ¿Hace mucha falta Hugo Chávez? — le cambié de tema abruptamente y su vista se comenzó a nublar a medida que me comentaba que para él Hugo Chávez había sido como un padre — pese a ser muchos años menor- porque encarnaba los sueños socialistas y de luchas más grandes que ellos hubiesen tenido, que nadie lo iba a poder reemplazar y que su falta se notaba día a día.

La vidriosidad de los ojos se convirtió en lágrimas. Me pidió disculpas mientras sacaba un pañuelo de tela del bolsillo de su pantalón y secaba sus ojos.

El contrabando no es algo que pase inadvertido en la ciudad fronteriza. Durante los casi cuatro días que estuve y las cinco veces que atravesé la frontera, pude ver decenas de autos cruzando desde Brasil sólo para llenar sus estanques de becina o comprar

mercadería que luego, probablemente, revenderían en su país. Al ser la capital de la Gran Sabana, Santa Elena había crecido progresivamente en los últimos años. Su población, que hoy sobrepasa los 30.000 habitantes, se estima que alcanzó los 55.000 en 2016. Lo peor es que la distancia del centro de acopio más cercano a la ciudad se ubica recién a 760 kilómetros.

Sonó el teléfono.

— Aló José, dime. ¿Mañana por la mañana llega el gas? Ya, ya — confirmaba Sánchez — Hemos entregado 200 números a los que estaban haciendo la fila para que no tengan necesidad de repetirla mañana. ¿Qué? ¿Aún no se sabe cuántas bombonas llegaran? Ya, ya.

La bombona de gas en Venezuela cuesta cinco bolívares y los comerciantes, tanto venezolanos como orientales y árabes, compran más de las que necesitan para retenerlas y luego venderlas con sobre precio. En el mercado negro una bombona de diez kilos puede llegar a costar hasta 250 ó 300 bolívares, entre 25 y 30 mil pesos chilenos. Por lo mismo, la Alcaldía asumió temporalmente el control y abastecimiento del gas. Para ordenarse en el consumo, realizaron un plan de censo sectorizado por área territorial que buscó establecer cuál era el consumo real por habitante.

En ese grupo de personas que prefiere comprar la reventa de la bombona se encuentran Daniela, quien trabajaba en la tienda ubicada al lado de la Posada Michelle. Ella y su familia llegaron a Santa Elena hace cinco años proveniente de Ikabarú, un pueblo minero de la región, donde los hombres trabajan toda la semana y con suerte cuentan con agua potable y luz. La población no alcanza ni los cuatro dígitos. Al contrario, en Santa Elena encontraron

mejores condiciones de vida: tenían trabajo, comida, agua, luz y, en medida de lo posible, gas.

— La cuestión del gas es un poco complicada. A veces dicen que va a venir el gas y no llega. Una vez en mi casa duramos casi dos meses sin gas. No había para ducharse, ni siquiera para cocinar — me contó Daniela. Pero aún así, ellos prefieren comprar más cara la bombona a un tercero en vez de hacer la fila y esperar a ver si aparece el camión o no.

Daniela tiene el pelo negro, liso y no debe ser mayor de 20 años. El letrero frente a la tienda que trabajaba decía *Mystic Tours y Artesanías*, pero adentro se podía encontrar granola y yogurt. ¿Si no hay leche, cómo puede haber yogurt?, pensé.

Me di unas vueltas en círculos dentro de la tienda mirando aros y Daniela se mantuvo en el pequeño escritorio ubicado frente a la entrada hasta que me interrumpió con su veredicto parándose de su silla.

— La respuesta que nos da el Gobierno es que no hay ningún problema, pero yo veo que es al revés — aseveró.

A pesar de esto, yo había escuchado que las colas en Venezuela existían hace años. La diferencia es que antes, en Santa Elena, sábados y domingos eran los días para comprar el gas. Ahora ya nadie sabía cuándo llegaba.

— No hemos podido convenir porque habían prometido duplicar el envío, duplicar las unidades, pero eso aún no ha pasado — se excusó Sánchez — Se está haciendo el esfuerzo pero no en la medida que es necesario — puntualizó. Según la versión oficial, el problema era que el envío de más bombonas de gas podía provocar

mayor desabastecimiento por el incremento del mercado negro y el contrabando hacia Brasil y otros países fronterizos.

Los brasileños cruzan y negocian de todo al por mayor. Por un lado, aportan a la economía del turismo venezolano llenando hoteles, restaurantes, panaderías. También comprando en supermercados chinos, acudiendo a la venta de lencería y electrodomésticos, adquiriendo la tecnología árabe e, incluso, visitando una que otra pequeña tienda venezolana. Hay días en que es posible ver enfilarse a más de cien autos en la línea esperando entrar. Pero por otro lado, acaparan todo lo que pueden y más de lo que necesitan.

Quizás por eso las largas y constantes colas ya se han convertido en una realidad indeleble. Todos quieren más, todo al menor precio. Hasta para cargar bencina, que supuestamente sobra en Venezuela, la fila se extiende en más de dos cuadras. Con el infaltable militar en la entrada fiscalizando y escribiendo en un papel los datos de la persona para evitar que compre de más. Sin embargo, desde que crucé la frontera aprendí que a los uniformados siempre se les puede pagar para arreglar la situación en beneficio propio.

— Pedimos la colaboración de las personas para que esto no se produzca —. Casi sonaba a eslogan publicitario lo que Sánchez me decía, pero yo lo miraba seriamente, sin moverme, asintiendo con mi cabeza de vez en cuando. Pensé lo fuerte que era que Hugo Chávez, para él, significara gran parte del cambio de su vida. Dónde estaba hoy, con quiénes trabajaba, qué hacía.

— Y ya no está. Me quedé huérfano como tantos otros cuando el 5 de marzo de 2013 el Comandante murió — se lamentaba Sánchez.

Hugo Chávez fue el segundo de 6 hijos. Tras completar a fines de 1971 los estudios secundarios, ingresó a la Academia Militar. Egresó a mediados de 1975 con el grado de subteniente del Ejército y el título de licenciado en ciencias y artes militares con especialidad en ingeniería. En 1982, año de su ascenso a capitán, fundó junto a otros oficiales subalternos el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR200).

Diez años después, un martes 4 de febrero de 1992, Chávez lideró un golpe de estado contra el presidente Carlos Andrés Pérez, electo democráticamente y militante del partido Acción Democrática. La operación no funcionó y Chávez estuvo preso junto a otros cabecillas de la sublevación hasta que el 27 de marzo de 1994 recuperaron su libertad.

El presidente Rafael Caldera los indultó como parte de los acuerdos que había pactado con distintos partidos de izquierda, los que le permitirían al dirigente acceder a su segundo mandato. Pero Chávez no dejó pasar el tiempo y fundó su partido Movimiento Quinta República (MVR) con el que se postuló a los comicios presidenciales de 1998, convirtiéndose así en presidente de Venezuela.

Al asumir el tercer mandato en 2007, Chávez comenzó a hablar del “socialismo del siglo XXI” y fundó una nueva fuerza oficialista: el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Pero en el 2011, a los 56 años de edad, Hugo Rafael Chávez Frías fue operado el 10 de junio en La Habana debido a un extraño absceso pélvico. Veinte días después volvió a someterse a otra operación

quirúrgica en la que se le descubrió un tumor cancerígeno en la misma zona. Varios ciclos de quimioterapia, cuatro operaciones. A quien fuese electo como presidente en tres oportunidades y estuviese en el poder desde 1999 los médicos no le daban más de dos años de vida. La sentencia se cumplió.

El martes 5 de marzo de 2013, en el Hospital Militar Dr. Carlos Arvelo ubicado en la ciudad de Caracas, murió Hugo Chávez debido a una infección respiratoria contraída durante la última intervención quirúrgica que se le practicó para combatir su cáncer. Su cuerpo fue trasladado a la Academia Militar del Ejército Bolivariano en Caracas y tres días después se dio inicio al funeral de Estado. La marcha funebre fue acompañada por millones de venezolanos durante siete horas. Recorrieron al lado de la carroza alrededor de trece kilómetros lanzando flores. Ahí a nadie le importó las colas, o el atochamiento, ni el calor de cemento.

Hugo Chávez fue el tercer ciudadano que durante más tiempo ejerció la presidencia de la República Bolivariana de Venezuela. Fueron 14 años, 1 mes y 3 días de mandato. En su lugar quedó el entonces vicepresidente ejecutivo del país, Nicolás Maduro, quien el 14 de abril de 2013 se convirtió en el nuevo presidente luego de obtener el 50,61 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales.

— Es como en los grandes negocios. En Venezuela se murió el jefe y todo se vino abajo — Aseguró un hombre en el terminal cuando me disponía a dejar Santa Elena de Uairén rumbo a Ciudad Bolívar.

HARIBOL⁶

Pese a que había visto un mapa de cómo llegar al templo krishna de Caracas desde la estación de metro Capitolio, donde me dejó el bus proveniente de Cumaná, nada salió como lo previsto. Días antes la mamá de un amigo venezolano me había hecho el contacto con los devotos y serían ellos quienes me recibirían durante mi estadía. Eran las 6 de la mañana y la capital de la República Bolivariana de Venezuela recién comenzaba a despertar.

Ingresé al supermercado Francys de Cumaná entre guardias y carteles que decían que estaba absolutamente prohibido el ingreso con armas al local, siendo que a dos metros un hombre en una caja se acomodaba una pistola entre el pantalón y la espalda.

Recorrí los pasillos de estantes vacíos buscando jabón, paseando por zonas con 60 paquetes de pan de molde donde sólo había Ideal lighth. Pensé en lo maravilloso que sería encontrar una leche con chocolate, pero desde que había entrado a Venezuela nunca más las volví a ver. No había leche pero sí yogur, que podía llegar a costar casi cinco veces más de lo que se paga por uno en Chile. A diferencia de unos chocolates M&M, que valían un quinto de lo anterior. Los precios no tenían sentido.

Me senté en la mitad del centro comercial a comer pan, a tomar jugo, a ver a las personas pasar y decidí estudiar un poco sobre los krishna para ir preparando mi llegada al templo de Caracas. En cuento corto y resumido, lo que pude entender era algo así: Sri

⁶ Canta al ladrón de corazones.

Caitanya Mahaprabhu había nacido el 18 de febrero de 1486. Fundador del krishnaísmo bengalí, se lo consideró un santo y se lo asoció con la venida de krishna a la tierra hace 500 años. Luego de su muerte hubo una serie de sucesiones hasta que un día su tarea fue continuada por Srila Prabhupada, quien fuese maestro espiritual de Guru Maharaj. Cuando Prabhupada falleció en su habitación en el templo de Vrindavan, al norte de India, los krishna se dividieron en los iskcon y los vrinda. Guru Maharaj, que era el sucesor en la cadena discipular de krishna, fue quien fundó y empezó de cero la misión de los vrinda. Esa era la rama a la que me aprontaba a conocer.

En la noche me fui a Caracas en un bus llamado Divino Niño. El colectivo tenía imágenes católicas pegadas a ambos lados, con estrellas y colores brillantes. El interior no era muy distinto. Había un televisor forrado de *plush* naranja, luces led de colores y los asientos antiguos eran apenas reclinables. Ni siquiera tenía un baño y para qué hablar de la esperanza de contar con aire acondicionado.

Cuando salí del metro en la Estación Capitolio me perdí. Di vueltas y vueltas preguntándole a cada persona que vi si por casualidad conocía un templo krishna por el sector, pero la mayoría me respondió que en general se paseaban hombres con túnicas pero que no tenían la menor idea desde dónde salían ni a dónde iban. Decidí volver al punto de partida y empezar una vez más leyendo los apuntes en mi cuaderno y viendo el precario mapa que había dibujado.

— Al salir del metro Capitolio ver el Metrocenter (que se extiende una cuadra completa). Ahí ubicar la Avenida Universal o la Oeste 6 porque perpendicular a esas hay una que se llama Avenida Sur 4 = Templo krishna — había garabateado en mi libreta.

Del metro Capitolio, esquina La Bolsa. Calle Sur 4 o Mercader, como se prefiera. Nada. No pasaba absolutamente nada. Iba y venía al mismo punto sin encontrar el lugar, hasta que en un instante le pedí prestado el celular al chico que vendía porich de avena y llamé.

— Aló, Thakur. Hola, te llamo de parte de Gayati. Soy la chilena que está viajando por Venezuela. Sí, sí, esa misma. Mira, lo que pasa es que estoy un poco perdida y no sé cómo llegar al templo. ¿Ah? ¿Hay una fuente al frente? Ya, sí, sí, entendí. Voy camino para allá. —

Los días siguientes contemplé todas las tardes a un grupo de mudos que se juntaban en la fuente a compartir. Fui testigo de la rapidez con que movían las manos, cómo le respondían a uno a la vez que le hablaban a otro. Aunque pueda sonar irónico, no dejaban nunca de conversar. Hasta tuve la suerte de ver cómo cantaban cumpleaños feliz con una torta en llamas y a punta de aplausos.

Dentro del templo se vivía un mundo paralelo y todos tenían sus tareas previas a la llegada de Guru Maharaj. La idea era ponerse en el lugar de cómo le gustaría al maestro espiritual que estuvieran las cosas y de ahí partir a hermohear el espacio con flores, frutas y guirnaldas. Convirtieron la sala principal en una explosión de colores. Las mujeres ordenaban y cocinaban gran parte del día y los devotos peregrinos se preocupaban de hacer las compras en el mercado, barrer los peldaños de los cinco pisos de escaleras que había desde la calle hasta el templo, limpiar la terraza con vista al edificio sobre el cual se veía un cartel gigante con los ojos y la mirada de Hugo Chávez.

En general nunca me ha gustado mucho toparme con chilenos cuando viajo. Encuentro que afuera la gran mayoría se transforma

en sectas pedorras y conforman guetos nacionalistas sumamente cerrados a los que les cuesta compartir con el resto. Es probable que con esto para muchos incurra en una falacia, en una posible generalización apresurada, pero siempre hay excepciones. Esa vez había vuelto un poco perturbada de mi primera marcha venezolana cuando me enviaron a abrile la puerta a dos hombres. A uno de ellos lo reconocí por el acento, era chileno.

Hay una historia que cuenta que una vez Indra, el dios de la lluvia, provocó un diluvio en la aldea de Gokula con la intención de matar al niño Shri Krishna, pero este último levantó la colina Govardhana sobre su dedo meñique y la utilizó como paraguas para proteger y salvar al pueblo. En esa enseñanza de Krishna se inspiró Guru Maharaj cuando lo bautizó como Girigovhadarban, el Giri. El primer amigo chileno que me hice viajando y quien fue mi protector durante toda mi estadía en el templo de Caracas.

Giri, al igual que los otros peregrinos, estaba ahí para celebrar la oportunidad de tener a Srila Paramadvaiti Swami en el lugar. Todas las actividades en las que participaba estaban destinadas al Guru. Desde la asistencia a una charla alimenticia dictada por Maharaj - en el Instituto Nacional de Nutrición de Caracas- hasta la intervención de las calles buscando llamar la atención de los transeúntes y despertar los corazones dormidos de las personas por medio del harinam. Instancia donde cantaban hare krishna y distribuían literatura de la religión vaisnava.

— Una vez en São Paulo el gordo puso un templo diecinueve veces. Diecinueve veces se lo cerraron, diecinueve veces ocurrieron cosas, diecinueve veces tuvo problemas. Pero aún así diecinueve veces lo volvió a abrir y nunca más lo han vuelto a cerrar — me

contó con su dulce voz Giri un día mientras comíamos en una fuente de soda de mala muerte donde colgaban guirnaldas de colores y arreglos de Navidad desde el techo. Yo lo miraba hablarme con sus lentes de sol en la cabeza, su polera naranja, su cara toda quemada por el sol. Con Giri nos habíamos convertido en yuntas⁷ inseparables gracias a la visita del Guru.

Guru Maharaj nació el 12 de octubre de 1953 en Alemania bajo el nombre de Ulrich Harlan. Perteneciente a una familia de profesores, a los catorce años entró en contacto con los textos krishnaístas y a los dieciocho conoció la institución Iskcon (Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna) en Düsseldorf. Pero no fue hasta su traslado en 1972 a Paris cuando Bhaktivedanta Swami Prabhupada, el fundador de Iskcon, lo inició espiritualmente con el nombre de Alanath Das Brahmachari.

Cuando lo conocí cantando en Caracas ya había sido reiniciado por Srídhara Majarash en India y renombrado como Bhakti Aloka Paramadwaiti Swami. Srila Paramadvaiti Swami, el mismito Guru Maharaj. Con su túnica de color azafrán, una pulsera típica brasileña amarrada en su mano derecha, el pelo y la barba canosa con el mechón *chūdā* colgando atrás -que los devotos se dejan crecer para que el Señor Krishna los pueda agarrar y llevar consigo a planos superiores-, se veía inmensamente puro y feliz. Pese a que yo no practique ningún tipo de religión, en su presencia sentía paz y alivio.

Sus ojos se achinaban atrás de sus lentes cuando sonreía y al respirar para cantar su panza se inflaba como un bombo gigante.

⁷ Amigo en chileno.

Era innegable, Guru Maharaj se encontraba bastante entradito en carnes. Y quién no lo estaría con el arsenal de comida que le ofrendaban. Antes de preparar los alimentos las Madres limpiaban con pulcritud la cocina y por lo que pude observar, nunca probaban ni un pizca de la olla.

— Mi querido Señor Krishna, por favor acepta este alimento — decían antes de empezar a cantar oraciones acompañadas del sonido de una campanita.

Los restos de bebestible y comida que eran dejados por Guru Maharaj se molían y se repartían entre los presentes, lo que encontré un poco insalubre y levemente asqueroso hasta que Giri me explicó que se hacía porque la comida tenía los remanentes del Guru. Había absorbido su energía y como él era un alma bondadosa, piadosa y autorealizada, al nosotros probar esa papilla absorberíamos parte de su sukriti, que era la fuerza de la energía espiritual que no se pierde nunca y se acumula en cada nueva reencarnación. Yo sólo asentía con la cabeza y comía esperando no sentir ganas de vomitar.

La vida durante mi estancia en el templo fue de celebración constante y pude notar que para los devotos tener la presencia de Guru Maharaj entre ellos era una bendición. Relacionarse tan de cerca con su maestro espiritual era la oportunidad de que sus almas compartieran con una que ya estaba a pasos de la divinidad.

— A nosotros nos mueve el amor — me dijo Giri durante la Ceremonia de Fuego que se realizó el último día que estuve ahí. En esa oportunidad la terraza del techo estaba adornada con varios colores, símbolos krishnas, frutas, verduras, flores y ghee, una mantequilla purificada a la que también le decían oro líquido. Durante el rito se cantaron mantras y en un momento se arrojó

arroz al fuego con la finalidad de desear prosperidad y bendición de lo que se estaba celebrando, la iniciación de los nuevos devotos.

— Se dice que cuando una pareja se casa por la Ceremonia de Fuego permanecerá unida siete vidas — me mencionó Giri mientras las cenizas se volaban con el viento.

ESQUIZOFRENIA – PARTE I

Cuando me enteré de la crisis y el sin número de protestas que se estaban llevando a cabo en la República Bolivariana de Venezuela decidí moverme un poco más rápido e ir a ver qué estaba pasando con mis propios ojos. Nunca sospeché que llegaría a Caracas en el momento más álgido de la situación, menos que en mi primera marcha tendría miedo de morir. Por suerte a mí no me pasó nada, pero Juan Montoya y Bassil Dacosta no contaron con la misma suerte.

Por una hora, o quizás más, estuvimos detenidos cerca de la intersección de Avenida Universidad con Avenida Sur 11. Había un piquete de policías con escudos plásticos a la altura del Edificio Iruca por la calle Universidad y de fondo era posible ver a los participantes de la marcha del gobierno. Permanecían ahí parados, fijos, como si estuvieran esperando algo mientras los encapuchados de mi lado se enfrentaban con los oficiales. Sin siquiera descubrirse la cara se paseaban amenazantes frente al muro humano creado. En Chile, pensé, ya los habrían reventado a palos y les habrían descubierto las caras. Pero en Caracas eso no pasaba.

Mi idea inicial fue partir marchando con los de la oposición para luego interceptar a los del oficialismo y continuar con ellos, pero a esa altura era imposible. No había forma de cruzar. Quienes estaban a mis lados decían que frente a la Fiscalía General de la República se había armado una batalla campal y que estaban destruyendo completamente la fachada de vidrios.

— ¡Tranquilos! ¡La violencia llama a la violencia! ¡No dejemos que nos provoquen, mantengámonos pacíficos ya que esta es una

marcha pacífica! — gritó detrás de un megáfono Leopoldo López, el nuevo líder emergente de la oposición.

Hasta ese día nunca había escuchado de Leopoldo López o tal vez sí, pero eran tan vagas las noticias sobre él que ni siquiera asociaba su nombre con una cara. Pero ese día me quedaron grabados en la retina sus rasgos faciales. Lo vi correr cual estrella de rock entre la gente mientras avanzaba la marcha. Se sacaba fotos con mujeres babeantes y ponía una sonrisa pepsodent frente a la cámara. De pelo corto castaño, con algunas canas detrás de las orejas, poseía una perfecta y blanca sonrisa y un cuerpo de gimnasio apolíneo. Más que un político era como el último galán de la teleserie de turno. López era el *sex symbol* del lugar. Ni siquiera Henrique Capriles, político y ex candidato a la presidencia por la oposición, causó tanto furor entre los presentes cuando pasó corriendo entre medio de la marcha custodiado por un grupo de gorilas vestidos de terno.

Cuando llegué esa mañana a la Ciudad Universitaria de Caracas, campus principal de la Universidad Central de Venezuela construida en un terreno de 202,53 hectáreas de puro saber, ni en mis peores pesadillas habría podido imaginar lo que pasaría ese día. El lugar estaba repleto de áreas verdes, un par de chicos jugaba tenis en una cancha ubicada cerca de la entrada al recinto y pequeñas ardillas corrían por el lugar. No era raro de entender por qué la Unesco había declarado ese lugar como Patrimonio de la Humanidad en el 2000. El moderno campus, que fue diseñado por el arquitecto Carlos Raúl Villanueva y se construyó entre 1940 y 1960, albergaba en su interior el Hospital Universitario de Caracas; alrededor de doce edificios de Facultades; un complejo de piscinas olímpicas y gimnasio cubierto; un jardín botánico; una sala de

conciertos y para qué decir más. La Ciudad Universitaria era tal cual decía su nombre, una ciudad.

Fui ahí porque quería entender qué cresta estaba pasando en Venezuela y nada mejor que los estudiantes para que me explicaran.

— Luchamos por la seguridad principalmente. Las marchas ya no son por simples petitorios universitarios sino que son por un tema país. Acá te asaltan en moto, te pueden matar a plena luz del día y los colectivos tupamaros salen a agredir a los manifestantes. Acá hay escasez de todo menos de balas — me aseguró Sairam Rivas, la presidenta de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

— Estamos en una situación en la que se están tomando una serie de medidas económicas que están afectando a la juventud, como la devaluación de la moneda y la consiguiente escasez de alimentos. Actualmente en Venezuela la juventud no tiene futuro. Estamos en un Gobierno que dice ser revolucionario pero que no lo es, sino que lo que hace es favorecer a la misma oligarquía, a los bancos, a los capitales y que tiene engañada a la población — me explicaba Rivas de tan sólo 20 años.

Tres meses después de esa mañana, un jueves 8 de mayo de 2014, Sairam Rivas Moreno fue tomada detenida cuando contingentes de la Guardia Nacional Bolivariana desalojaron los campamentos estudiantiles levantados en Los Palos Grandes y la Plaza Alfredo Sadel de Caracas en protesta contra el gobierno de Nicolás Maduro. Fue acusada de instigación para delinquir, agavillamiento y uso de menores para la comisión de delitos, por lo que permaneció presa 132 días en un cuarto del Servicio

Bolivariano de Inteligencia (Sebin), donde no contaba ni siquiera con luz solar.

La división en Venezuela entre opositores y chavistas se había extrapolado a todos los espacios de la vida diaria. Ya no eran meras diferencias ideológicas posibles de conversar, más bien se habían convertido en razones válidas para enfrentamientos justificables. El odio entre unos y otros se había intensificado a tal punto que parecía que sólo se querían linchar. Con cadenas, palos y puños chavistas nos persiguieron cuando tratamos de salir de la marcha con un grupo de estudiantes de oposición.

— ¡Sácate esa polera puta! — le gritó uno a la chica que iba a mi lado, al paso que otro la golpeaba por la espalda y otros tres más allá pateaban a un chico en el suelo. La policía estaba un poco más allá y no hacía nada. Tuvimos la suerte de que una mujer en moto paró, nos subió a la chica y a mí y nos sacó del lugar. Era el inicio de mi esquizofrenia ideológica.

Carlos Rivero, un motoquero de polera blanca apretada y chaqueta de jeans, era estudiante de la carrera de psicología y miembro de la Juventud del Polo Patriótico. Una estructura creada por el ex Comandante Chávez para unificar a todos los movimientos sociales y partidos políticos de la izquierda nacional.

— Este es un proceso revolucionario y hay quienes quieren evitar que eso suceda y derrocar al Gobierno. No se está luchando por reivindicaciones estudiantiles legítimas. Estos pequeños estudiantes están siendo usados como peones de un juego de ajedrez, de una agenda política que a veces traspasa las esferas nacionales y se rige bajo niveles imperialistas que debidamente son seguidos por los sectores de la derecha nacional, de la oligarquía del país que busca

tener sus intereses políticos garantizados aquí en la renta petrolera venezolana — expresó Rivero.

— Pienso que los estudiantes tienen que tomar consciencia, incluso hoy en el día de la Juventud. Día en que José Felix Ribas luchó en la Batalla de la Victoria contra el ejército español en 1814, junto a un grupo de jóvenes estudiantes y seminaristas, y ganó. Los estudiantes tienen que tomar consciencia de la juventud patriota que dio la vida por la independencia nacional — sostenía con sus opacos ojos pardos. Su mirada era dura, fría y si mantenía mi vista en la suya mis ojos comenzaban a picar.

Todo esto ocurría en el día de la juventud en Venezuela, un miércoles 12 de febrero de 2014. Era la misma fecha cuando en 1541 Pedro de Valdivia fundó Santiago del nuevo Extremo, hoy conocida como Santiago a secas y la capital de Chile. Misma fecha en que bajo la dirección de José de San Martín y Bernardo O'Higgins, las fuerzas patriotas derrotaron a las españolas en la Batalla de Chacabuco en 1817. Misma fecha en que se juró la Declaración de la Independencia de Chile en 1818.

— Hay que pensar en las reivindicaciones por las que estamos luchando nosotros en comparación a las que suceden en el resto de Latinoamérica, como en Chile. Acá hace un tiempo estaban luchando porque a los estudiantes se les diera un salario mínimo por ir a la Universidad, siendo que acá estudiar es gratis. Lo que demuestra que están saliendo a las calles para crear una desestabilización, para crear un descontento siguiendo intereses imperialistas — concluyó Carlos.

En la Plaza Venezuela, a pocas cuadras de la Ciudad Universitaria, el amarillo, azul y rojo de la bandera venezolana teñían el lugar. Dos adolescentes corrían al borde de la fuente, ubicada en al mitad de la plaza, con el emblema venezolano flameando por los aires.

— Gracias a los muchachos estamos ahora en la calle porque nosotros ya llevábamos muchos años dormido s— me decían unos señores mientras otros cientos de personas se agolpaban a escuchar el discurso de la actriz Belén Marrero, una rubia de senos comprados y ropa ajustada, quien vociferaba que Fidel Castro era el monstruo de América y que en Venezuela no querían la misma dictadura que en Cuba. Horror.

Entre narices, pechugas, potos, guatas, ojos y todo lo que se pudiera imaginar operable con cirugía plástica, la marcha empezó a avanzar por la Gran Avenida rumbo al Ministerio Público frente a la Plaza Parque Carabobo. Los aros de perla eran la joya predilecta, las mini carteras se balanceaban en los brazos de delgadas chicas con poleras estampadas con *I Love New York* o Capriles Presidente. En el recorrido no vi pacos⁸, ni zorillos⁹, ni guanacos¹³ -el armamento de guerra predilecto de las Fuerzas Especiales chilenas- y en vez de challas y limones vendían gatorade y mandarinas. Los cintillos con escarcha que llevaba la mayoría de las chicas me hacían pensar que estaba rumbo a un concierto o un evento social en vez de una movilización.

El ambiente estaba tenso frente al Ministerio y el insoportable calor no era de mucha ayuda. Los estudiantes hablaban por los

⁸ Forma de referirse a los Carabineros de Chile.

⁹ Carro lanza gases de la policía chilena. ¹³ Carro lanza agua de la policía chilena.

megáfonos a medida que un grupo escalaba el frontis del edificio para colgar un lienzo que no alcancé a leer. En vez de esperar y seguir escuchando lo mismo una y otra vez, decidí moverme a donde veía mambo, fuego, ruido. Los uniformados estaban apostados uno al lado del otro y formaban un muro en la Avenida Fuerzas Armadas. La Avenida Universidad estaba cortada y la Avenida Sur 9 tenía piquetes de traje azul y cascos negros. No había forma de salir de ahí salvo devolviéndose.

En un momento los policías del lado norte de la Avenida Sur 9 desaparecieron y en su reemplazo llegaron motos y una o dos camionetas, ya ni siquiera puedo recordar. En ese trance de intercambio empezaron los disparos y la estampida de gente. Todos corrían desesperados sin saber de dónde venían las balas y hacía dónde iban a parar. Los gritos entorpecían la mente, por lo que corrí casi hasta llegar a Avenida Universidad y me escondí en un edificio a esperar.

— ¡Lo mataron! ¡Lo mataron! ¡Le dispararon en la cabeza!
¡Estaba muerto en el suelo a mi lado! ¡Lo mataron! ¡Lo mataron!
— llegó gritando desesperada una chica con un gorro de Capriles y una polera que se debería haber visto como un presagio. “Mamá, salí a marchar por Venezuela. Si no vuelvo me fui con ella”.

Ese día, un 12 de febrero de 2014, José Ramón Perdomo Camacho de 42 años, funcionario del Sebin, mató con una pistola Beretta calibre nueve milímetros a Bassil Alejandro Dacosta y a Juan Montoya, entre las esquinas de Tracabordo y Monroy, en la parroquia Candelaria. Según la versión oficial.

Bassil Alejandro Dacosta Frías tenía 24 años y estaba en el primer semestre de la carrera de Mercadeo en la Universidad de

Humboldt. Fue asesinado con un tiro en su cabeza y a las 3.25 de la tarde ingresó muerto al Hospital Vargas de Caracas. Por su parte Juan Crisóstomo Montoya tenía 51 años y era coordinador del Secretariado Revolucionario de Venezuela que agrupa a colectivos de la parroquia caraqueña 23 de enero y dirigía 92 movimientos. Ingresó a las 3.10 de la tarde a la clínica La Arboleda de San Bernardino donde falleció.

José Ramón Perdomo Camacho fue condenado por dispararle a Dacosta e imputado por homicidio intencional calificado con alevosía y motivos innobles. Permanece recluido en la sede de El Helicoide en el Sebin. Por la muerte de Juan Montoya el Ministerio Público acusó a Hermenegildo Barrera Niño, de 49 años y conocido como Hermes, por los delitos de homicidio calificado con alevosía y porte ilícito de armas. Hermes, quien era mano derecha de Montoya, fue quien inicialmente asumió el liderazgo de la organización que presidía el hombre asesinado por su propia gente.

ESQUIZOFRENIA – PARTE II

Mientras que en la ciudad de Mérida me instruyeron lógica e ideológicamente sobre en qué consistía, por qué luchaban y cómo había nacido la oposición al gobierno; en Maracaibo los detractores de Nicolás Maduro me parecieron una élite mal criada que, pese a que sufría el mismo desabastecimiento que el resto del país, parecía incapaz de salir de su burbuja y ver qué pasaba un poco más allá.

— ¡Que arda! ¡Que arda en llamas! ¡Que quemem toda esta ciudad! ¡Que arda y se consuma todo! — escuchaba vociferar a una mujer que iba sentada en el asiento del copiloto en una camioneta 4x4.

Entre tanto, calles y calles ardían en la capital del estado Zulia en Venezuela. A punta de neumáticos, basura, troncos y todo lo propicio para la combustión, la oposición había prendido barricadas en casi cada intersección cercana a la Plaza de la República ubicada en la Avenida 5 de Julio de la zona norte de Maracaibo.

A la mañana siguiente ellos partirían a comprar neumáticos para quemar. Mientras en Santa Elena de Uairén, una ciudad fronteriza ubicada al sureste de Venezuela, no tenían ni siquiera para repuestos.

Nosotros tratábamos de salir del Sector Paraíso, algo así como la comuna de Providencia o de Las Condes en Santiago, porque me estaban llevando de paseo a probar mi primer patacón maracucho. Un especie de sándwich elaborado con dos tapas delgadas y anchas de plátano frito rellenas con queso de mano, lechuga, tomate en

rodajas, salsa verde, ketchup y mostaza. No apto para personas con problemas de colesterol. El mío incluso lo pediría con un mix de carne. Pero en ese momento, volada en el asiento trasero como para pegarme un viaje interestelar hasta Saturno y volver, consideraba que en Venezuela la oposición –pese a todo– se estaba volviendo loca.

Después de mi paso por Caracas había decidido cruzar la sierra venezolana para ir acercándome a las zonas más álgidas del conflicto. Si bien mi idea original era ir directamente al Estado de Táchira al suroeste del país, donde unos días antes apresaron a otros ocho estudiantes durante las marchas, la situación era complicada. Había control militar por toda la zona y corrían rumores de un posible golpe de estado o hasta de una inminente guerra civil. Por lo mismo, viajé a Santiago de los Caballeros de Mérida, capital del municipio Libertador y del estado de Mérida.

Mérida estaba rodeada de imponentes montañas y era poseedora de una belleza sin igual conformada por plazas verdes, construcciones coloniales y personas sumamente amables. De seguro debía ser un maravilloso lugar para turistar y aunque intenté hacerlo un poco, yendo al teleférico que estaba cerrado y comiendo helado de carota, queso y avena en la mítica Heladería Coromoto -que decía tener 863 sabores diferentes y estar incluida en el libro de los Récords Guinness por su gran variedad- yo tenía claro mi cometido: entrevistar a Daniel Enríquez, camarada de Sairam Rivas a quien conocí durante la primera marcha en Caracas.

En la Posada Alemania donde me alojé, ubicada en la Avenida 2 Lora entre las Calles 17 y 18, trabajaba Marco Castillo. De cuerpo

atlético, pelo y barba canosas, más una sonrisa sincera, el venezolano de 43 años vivía hace cinco en Mérida.

— La situación que estamos viviendo es de violencia y confusión. Aquí no sabemos qué lado está llevando las riendas de la violencia porque surge espontáneamente de un lado y del otro. Hay grupos armados afectos al Gobierno, hay grupos armados afectos a la oposición que cuando las cosas están comenzando a calmarse empiezan a atizar el fuego de nuevo y no sabes desde dónde pueden salir — me contaba Marco sentado en una esquina del patio interior de la Posada.

Según él había conjuntos de vecinos organizados para defender sus bienes frente a los ataques de diversos grupos como, por ejemplo, los tupamaros. Lo que no dejaba de extrañarme. Era la segunda vez que en Venezuela escuchaba hablar de los tupamaros como un colectivo afín al gobierno que además se enfrentaba a la oposición. Pero hasta donde tenía entendido, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLNT) había surgido en Uruguay como una guerrilla urbana de izquierda en los años 60 e incluso el presidente José Mujica perteneció a sus filas.

El día 12 de febrero los habitantes de la urbanización el Rodeo, donde Marco vivía, recibieron la noticia de que a sus vecinos del frente los amenazaron los tupamaros porque un grupo de señoras tocaban las cacerolas en la Avenida Las Américas en señal de descontento. Literalmente les habían dicho que si no se metían a sus casas les iban a quemar los autos y todo lo que estuviera a su paso. Así que entre todos decidieron salir a la calle a formar barricadas quemando caucho y basura. Colocaron cintas metálicas y cuerdas para evitar el paso de los motorizados y se apostaron a

esperar. Pero en vez de los tupamaros los que llegaron a atacarlos fueron los policías.

— Abrieron fuego con perdigones de plástico contra nosotros a lo que respondimos con piedras y bombas molotov en un enfrentamiento que duró alrededor de cuarenta minutos — relató Castillo.

La idea del peligro de los tupamaros y la paranoia frente a la violencia de los motorizados se pegó como abejas a la miel en mi cabeza durante todo el tiempo que estuve en Venezuela. Cada vez que escuchaba acercarse el ruido del motor de las motos me pegaba contra las murallas o me escondía donde no me pudieran ver. Me temblaban las piernas cuando veía pasar caravanas con personas tapadas con pasamontañas, con balaclavas estampadas con calaveras y a veces con el escudo de la bandera nacional sujeto al brazo como el distintivo de los capitanes de los equipos de fútbol. El miedo se había vuelto contagioso en la República Bolivariana de Venezuela y yo no me había podido salvar de padecerlo.

En esa oportunidad Castillo también me contó que él había sido testigo de cómo dentro de esos mismos conjuntos organizados de vecinos que protegían las urbanizaciones, en ocasiones se colaban entes violentos quienes en vez de mantener la calma y la situación defensiva optaban por crear problemas en la vía pública instigando a las fuerzas del orden al enfrentamiento. Daba igual si era la policía o la guardia nacional, el fin era el combate.

Pese a lo anterior, Mérida parecía una taza de leche si se comparaba con la locura disociada que se vivía en la zona norte de Maracaibo. Por un lado, todo el mundo hablaba de la escasez de

productos en el país pero durante los días de movilizaciones nunca faltaron los sándwiches, los platos de fideos, las botellas de agua y de *Gatorade* que eran repartidas gratis en las carpas situadas en plena Plaza de la República. Los jóvenes venezolanos tipo Barbie y Ken pasaban a buscar su colación o se dirigían a los únicos locales abiertos alrededor - *Burger King*, *McDonald's* y *Subway*- antes de seguir comprando caucho y desvalijando casas abandonadas para buscar más implementos que les permitieran incendiar las calles. El cielo en Maracaibo casi siempre lo veía gris.

Pero por otro lado, esto ocurría en una pequeña parte de la ciudad donde el sector terciario seguía en sus puestos de trabajo día a día ingeniándose para llegar a cumplir con sus obligaciones. Nosotros nos movíamos en autos automáticos de cierre centralizado, vidrios polarizados, aire acondicionado y asientos de cuero. Recorriamos calles dentro de un sahumero de marihuana, regalando gasolina en las esquinas y en sectores donde no se veía a ningún policía rondar. Lo que veía me parecían más actos de rebeldía adolescente que articulaciones de una verdadera manifestación.

Santiago de los Caballeros de Mérida tenía una población de un poco más de 231 mil habitantes, con gran mayoría de estudiantes y Daniel Enríquez era de uno de ellos. Con 32 años y matriculado en la carrera de química en la Universidad de los Andes (ULA), Enríquez ocupaba el cargo de secretario general nacional de la Unión de Jóvenes Revolucionarios, Juventud Bandera Roja. Accedió a juntarse conmigo en un pequeño local cerca de la Plaza Bolívar, en el centro de la ciudad, y llegó acompañado a nuestra cita de un chaperón. Parecía el típico militante que estudiaba muchos años y se iba cambiando de una carrera a otra reclutando

personas para el partido, pero a esa altura yo ya no podía discernir quiénes eran los buenos o los malos de la película. Ni siquiera si existían los unos y los otros de una forma demarcada.

El Partido Bandera Roja apoyó a Hugo Chávez en el fallido intento de golpe de estado el 4 de febrero de 1992, pero en 1996 decidió dejar de apoyarlo por actitudes no revolucionarias en su proceder y desde ese entonces se lo considera como el primer partido opositor al gobierno. —Nosotros creemos que hoy las movilizaciones se deben a un arrastre de la situación social y económica que está viviendo Venezuela. Primero porque tenemos un gobierno que nos ha hipotecado y ahora el país es mucho más dependiente de las empresas gringas, chinas y rusas. Somos un país que depende de las producciones extranjeras para subsistir— sentenció el joven revolucionario.

— Si a Estados Unidos no le conviniera las políticas que está llevando a cabo Nicolás Maduro como presidente ya lo habrían derrocado — declaró Enríquez empujando su vaso de guarapo para tomarse las últimas gotas.

Su lógica calzaba. Estados Unidos siempre ha buscado intervenir en los países de la región. Es cosa de recordar cómo Richard Nixon ayudó a orquestar el golpe de estado en Chile en 1973. O cómo olvidar que Venezuela en los años 70' era el mayor exportador de petróleo y que de dicho país provenía casi la mitad de las ganancias que los capitales norteamericanos sustraían en toda América Latina. Por esos años la República Bolivariana de Venezuela producía tres millones y medio de barriles de petróleo cada día para poner en marcha la industria gringa.

Pese a lo que dijeran los medios de prensa oficiales o lo que visualmente se podía ver, la oposición venezolana había dejado de estar conformada por meros simpatizantes de derecha sino que cada vez crecía más el número de personas con ideas ligadas a la izquierda. Marco Castillo siguió enviándome noticias y contándome cómo a los meses siguientes la policía en Mérida efectuó controles de identidad en la calle con listas en la mano para cotejar números de cedula de identidad y datos de dichas listas proporcionadas por soplones para hacer arrestos.

— ¡Viva el socialismo del siglo XXI! — ironizaba en su correo.

Asimismo los dichos del presidente Nicolás Maduro, que cada tanto se transmitían por cadena nacional, fueron incapaces de calmar los ánimos o mejorar la situación que se estaba viviendo sino que todo lo contrario.

— El país está atravesando por un rebrote fascista y lo vamos a vencer — declaró la máxima figura política venezolana luego de la muerte de los dos hombres en Caracas durante el día de la Juventud — Ordeno a los cuerpos militares y de seguridad apresar a quien marche sin permiso —. Fin de la transmisión.

O por lo menos hasta ahí recuerdo yo.

ESQUIZOFRENIA – PARTE III

Disfruté. Paseé por el casco histórico, almorcé al otro lado del lago en Los Puertos de Altagracia, jugué como niña en el Centro de Arte de Maracaibo y pasé toda una tarde echada en el sillón de una hasta entonces desconocida. Pero las marchas continuaban día a día y no daba más con la oposición. Por lo que una mañana tomé un bus a la zona sur de la ciudad y fui parte de la primera y única marcha del oficialismo a la cual asistiría en Venezuela.

Cuando llegamos con Pedro a la casa de su amiga Marlene Nava en el Barrio Santa Lucía, ubicada casi justo al frente de la iglesia con el mismo nombre, ni a ella, ni a su hija, ni a sus dos nietos les importó no tener la menor idea de quién era yo y enterarse de que Pedro me acababa de conocer dos horas antes en la movilización del oficialismo. Al contrario, Marlene, periodista venezolana que alguna vez entrevistó a figuras como Jacques Cousteau y el mimo Marcel Marceau, me abrió las puertas de su casa, me ofreció un lugar en su sillón y me contó lo mucho que había amado a Günther Castillo Stamberg, su pintor esposo que había fallecido hace tan sólo dos meses atrás.

Las marchas de la oposición no tenían ningún sentido para mí. Me sentía ajena cuando se organizaban para armar barricadas, para ir a buscar escombros a casas abandonadas y luego retornar a la Plaza de la República a ver si el almuerzo estaba listo. Aunque daba lo mismo, porque si a los fideos les faltaba cocción entretanto podíamos comer mandarinas, sandías, melones o uvas al tiempo que llegaba un grupo de marchar y salía otro. Me parecía irrisorio

que hubiese una carpa desde la cual colgara una cartel que decía Capilla y que cerca de unos baños químicos, pulcramente limpios, un grupo de jóvenes conversara sobre cómo el gobierno le iba a pagar ahora a los cubanitos para que los vinieran a matar.

— Estoy mamao, estoy arrecho y así igualito yo defendiendo mi derecho — cantaban riendo.

Desde cuándo la asistencia a una concentración social o a una marcha incluía colaciones en el parque, pitos de marihuana de media tarde en autos último modelo y *selfies* sacadas con *iPhones* al lado del fuego de los neumáticos. Me parecía absurdo que los que trancaban las calles dijeran que de seguro en unos años más iban a salir en los libros de historia del país debido a sus proezas mientras en una mano jugaban con las llaves del Hummer y en la otra sostenían una botella de Coca Cola. Me causaba risa que, vestidos deportivamente con marcas como Puma y Adidas, se limpiaran el sudor de la frente con toallas húmedas desechables al lado del humo negro que echaban los neumáticos. Sentía que estaba jugando con el enemigo.

Así que una tarde decidí alejarme del grupo, caminé por Avenida Bella Vista y me fui a sentar con un guardia frente a *Diverzone* -el clásico local gringo de comida rápida y videojuegos para la familia estilo *Chuck E. Cheese's*-, y empecé a escuchar sus descargos.

— Ellos están dándole y dándole para tratar de formular un golpe de estado y tumbar al presidente electo. Los dirigentes quieren agarrar el poder por la fuerza — exponía Iván, un hombre de 39 años con pinta de 60. — Nosotros, la clase trabajadora somos los que sufrimos con esto que están haciendo por la falta de transporte para dirigirnos a nuestros trabajos, para volver a nuestros hogares.

Y si no trabajamos no producimos, no comemos. Ellos son hijos de papi y mami y no tienen problemas ni dificultades para su sustento — sentenció molesto.

Leopoldo López, el ícono pop de la oposición, pasó unos días en la clandestinidad debido a que el presidente Nicolás Maduro lo acusaba de ser responsable de las muertes y los hechos de violencia que se estaban desarrollando en el país. Cuando salió a la luz lo hizo para entregarse a las autoridades envuelto en la bandera venezolana y acompañado por estudiantes opositores. La escena era digna de una teleserie caribeña donde no se sabía si recién comenzaba el drama o ya iba por la recta final. No obstante, en otras zonas de Maracaibo existía una realidad distinta a la que había visto en Caracas, a la que se vivía en la parte norte de la ciudad donde se rezaba por el mártir caído.

Cuando me bajé del bus donde sonaba a todo chanco el reggaetón, ahí justito en la Avenida El Milagro, casi donde empezaba la extensa feria de frutas que se extendía por gran parte de la Avenida Libertad, no tenía la menor idea de dónde era la marcha. Cuando le pregunté al hermano de mi amigo si sabía dónde se juntaban los del oficialismo, me respondió que no sabía y que había internet para averiguar. Según él sólo funcionaba *Facebook* y *Whatsapp* en los dispositivos móviles y de esa forma se habían coordinado para movilizarse durante esos días. Era distinto el contexto de la oposición.

No imaginaba que ese día conocería a Pedro Luis Ramírez durante la marcha vestido de blanco y con un pañuelo rojo al cuello. Menos que oficiaría como mi guía turístico por la ciudad, que hablaríamos de Armand Mattelart en un café, que visitaríamos

la exposición del Centro de Arte de Maracaibo Lía Bermúdez, que tomaríamos un refresco en la casa de su amiga Marlene Navas y que recorreríamos las estrechas y coloridas calles del Barrio Santa Lucía. Menos que comeríamos tumbarranchos, una arepa rebozada rellena con queso de mano, repollo, tiritas de tomate y salsas.

No tenía cómo saber que posteriormente Pedro me invitaría a quedarme en su casa en la Villa Marina y que al otro día yo le diría a la familia de mi amigo que estaba lista para irme a Colombia y en vez de seguir ruta, me quedaría en Venezuela. Y cruzaríamos en barco a almorzar a Los Puertos de Altagracia, visitaríamos las librerías más baratas que había visto en mi vida, donde por dos mil pesos chilenos me habría podido comprar el libro *Van Gogh: A Life In Letters & Art* siendo que en Chile su valor era casi siete veces más. Como si eso no fuera suficiente, vería aflorar la locura de Pedro durante la noche. Pero no. En ese momento yo sólo sabía que el Partido Socialista Unido de Venezuela (Psuv), junto a diferentes movimientos sociales, había llamado a una marcha que comenzaría a las tres de la tarde y en mi reloj ya era casi la hora indicada.

— ¡Que toquen, que toquen, que toquen cacerolas que para sacar al pueblo de Chávez hay que echarle bolas!— escuchaba a medida que me acercaba al parque Vereda del Lago. Las calles estaban teñidas de rojo, decenas de buses se habían estacionado pegados unos a otros y sí, era cierto que les regalaban las poleras, los gorros, los iban a dejar a las marchas y les pasaban lista para certificar quiénes estaban presentes y quiénes no. Pero aún así, la gran mayoría de los concurrentes se veían felices y yo por fin me sentía como en casa con los autos que avanzaban con parlantes con música, con el sonido de los pitos, de los bombos, de la batucada, con la alegría del carnaval. Los miraba y sus ojos estaban igual de

sonrientes que los míos. Podrían haber hablado otro idioma, manifestarse por otras razones y, sin embargo, habría estado cómoda igual. Cuestión de piel le dicen.

Maritza González tenía 42 años y había salido a la calle por la unidad de la patria y porque encontraba que la oligarquía quería derrumbar el legado del ex presidente Hugo Rafael Chávez, me explicó con gotas de sudor corriendo por su frente. Ahí no había bebidas isotónicas sino que nos teníamos que conformar y sobrevivir el calor con las bolsas plásticas rellenas de agua que se repartían en camionetas. Pero eso a nadie le importaba.

— ¡Que viva la revolución! ¡Que viva el Comandante Chávez! — proclamaba González después de haberse tomado dos bolsas de agua al seco.

Al lado de Maritza iba Fernando García. Mucho más enfático y claro en su discurso, se quejaba de las maneras de manifestarse por parte de la oposición.

— La Constitución de Venezuela dice que uno tiene el derecho al libre tránsito y ellos al trancar las calles están vulnerando los derechos de los otros ciudadanos. Si encuentran que Nicolás Maduro lo está haciendo mal como presidente, que consigan las firmas del uno por ciento del padrón electoral para realizar un referéndum a la mitad del mandato y revocarlo. Las trancas son violencia y delincuencia — sentenció, molesto, García.

Pero los cortes de vías y los piquetes no durarían mucho más. La noche siguiente, luego de dos días del encarcelamiento de Leopoldo López, la policía de Maracaibo actuaría con la ya clásica brutalidad de uniformado desalojando la Plaza de la República a punta de lacrimógena y balas plásticas.

Decían que hubo pistolas, escopetas, pero la única información que pudimos recopilar nos las dio el chofer del colectivo que nos acercó al lugar. — La policía se fue a plomazos contra los incendiarios a eso de las doce de la noche. La gente corría por la Avenida 5 de julio y se escuchaban disparos de lado a lado. Yo acá no vi pistolas pero vaya a saber usted qué tenían los de allá — sostuvo refiriéndose a los miembros de la oposición.

Ya no quedaba casi nadie en el sector norte de la ciudad salvo policías y motorizados. Sonaban los golpes en las cacerolas, los autos pasaban tocando las bocinas y de tanto en vez se podían ver pequeños grupos de personas gritando “No nos moverán”. Tarde: ya los habían movido a todos.

CONTRABANDO

A eso de las 9 de la mañana una camioneta azul, que estuvo estacionada por más de media hora conmigo arriba en la Gasolinera Bomba Caribe, prendió su motor para ponerse en marcha e iniciar el recorrido rumbo a Cúcuta en Colombia. Yo había llegado hasta ahí luego de averiguar cuál era la forma más barata de cruzar los 2.219 kilómetros de frontera continua que separaba el territorio venezolano del colombiano y que unía el puente San Cristóbal. Pero lo que no sabía era que su económico precio se debía a una razón: contrabando.

A medida que iban llegando más personas a la gasolinera con la intención de viajar a Maicao, paquetes, bolsas, contenedores de basura, bebidas, mercadería, comida para perro, *bowls* plásticos y demases se iban apilando en el suelo de la caja trasera de nuestro transporte esperando que alguien, en algún momento, comenzará a ordenarlas. Esa era la acción que yo estaba esperando para darme por entendida de que nos aprontábamos a partir.

Cuando la camioneta salió de la Bomba Caribe ubicada en la curva de la Avenida 16 y empezamos a dejar a nuestras espaldas el Sector de Las Cabrias éramos cinco mujeres, una niña y cuatro hombres que viajábamos en la camioneta azul. Tres iban en la cabina delantera y los otros siete nos acomodamos como podíamos en la batea techada. Yo había tratado de mantener mi mochila junto a mí, debido a múltiples experiencias de pérdidas y robos, pero finalmente tuve que desistir y aceptar que la pusieran sobre nuestras cabezas. Entre tanto nosotros abajo nos contorsionábamos

entre los bolsos, nos sentábamos sobre las cajas, colgábamos los brazos por los lados y utilizábamos el espacio de la mejor forma posible. Era como jugar al *Twister* meternos a todos ahí sobre nuestros bultos.

Unos cuantos miles de kilómetros más abajo y al otro lado de la Cordillera de Los Andes, unos días antes en Santiago de Chile se habían reunido las delegaciones técnicas chilenas y peruanas en la sede del Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada de Chile (Shoa) para determinar las coordenadas marítimas de ambos países, las que luego darían forma a una nueva frontera marítima tras la sentencia que dictaría la Corte Internacional de Justicia con sede en La Haya. A su vez, existía preocupación por un sismo 5.1 que había afectado a la zona central y que tuvo su epicentro a 35 kilómetros al noroeste de Curicó. Ya habían pasado casi cuatro años del 27F pero las secuelas y el miedo parecían seguir intactos en la población. Realidades paralelas en un mismo momento.

La carretera tenía atascos, los autos no avanzaban ni un ápice y todos estaban desesperados por el calor, menos ella. De ojos ingenuos, piel trigueña y una maravillosa sonrisa que dejaba al frente sus dos paletas blancas, no debe haber tenido más de cinco años y viajaba junto a su abuela a Colombia. Íbamos sentadas lado a lado, codo a codo y parecía que el hecho de ser yo la única extranjera en la camioneta me había sumado puntos para ganarme su atención. En un momento el chofer se salió de la vía, adelantó algunos vehículos y tomó una senda de tierra que apareció a mano izquierda de la ruta principal.

— Estará buscando un atajo para que no nos demoremos tanto — pensé. Pero no.

Atrás se había desordenado el gallinero y las mujeres se gritaban de un lado a otro culpándose y reprochándose por los artículos con los que estaban tratando de cruzar.

— Las personas que ganan mucha plata no llevan nada en sus carros ¿Y nosotros qué? Si yo tuviera dinero no andaría haciendo esto — decía una señora mientras otra más allá le gritaba que por esa misma razón había que seguir quemando caucho. — Pero estamos haciendo daño, ¿No te das cuenta? — le respondía la primera al punto que la abuela de mi vecina de asiento entraba al baile y las sermoneaba.

— Si fuera un familiar tuyo en un bus, un hijo, una madre, un hermano, ni Dios lo quiera. Y pararan y quemaran el bus, ¿Qué pasaría? Yo no apoyo eso, no apoyo que anden quemando todo por ahí — las trataba de aleccionar con sus años de experiencia a cuestas.

Cuando vi un poco más adelante la parada improvisada de militares no les di mucha importancia, pero dentro de la camioneta se sentía la tensión, se podía oler el miedo y se veía en las caras de los hombres que acompañaban en su labor al conductor. Era justamente eso lo que habían querido evitar cuando decidieron tomar ese camino. Ya habían detenido a otra camioneta antes que a nosotros y cuando estuvimos a su altura, ordenaron apagar el motor y nos hicieron bajar sin nada.

— ¿Y ahí? ¿Qué es lo que lleva ahí? — decía uno de los pelados vestido de comando mientras su jefe, con un corta viento sin mangas de color naranja reflectante, se acercaba a inspeccionar la mercancía.

Durante la revisión aproveché para perderme entre los árboles e ir al baño con otra chica que viajaba en la misma camioneta. — ¿Qué es lo que pasa? — le pregunté — ¿Por qué nos detienen?

— Porque casi todas las cosas que llevamos se supone que no las podemos cruzar— me respondió riéndose nerviosamente.

La solución era simple y todos la conocían: había que pagar. Después de una negociación por aquí y otra por allá entre el chofer de la camioneta azul y algunos de los que viajábamos en ella; y el militar de naranjo y quién sabe quién otro comando, vi cómo se organizaban para hacer una vaca ¹⁰ y le pasaban unos cuantos billetes al uniformado que rápidamente guardó en sus bolsillos. Todos nos acomodamos en nuestros puestos originales y el motor volvió a rugir.

Venezuela era tan barato que en la frontera de Cúcuta con San Antonio pasaba lo mismo que yo había podido apreciar tiempo atrás en el límite de Boa Vista con Santa Elena de Uairén. El contrabando era una de las formas más fáciles y rápidas de aumentar el dinero. Tanto venezolanos como colombianos compraban distintos artículos en la capital del Zulia para luego revenderlos a un precio mayor en la vecina República de Colombia. La diferencia para mí era que en ese momento la coima se convirtió en algo real y evidente.

La ruta principal aún no se había descongestionado y en el horizonte era posible ver nuevas y más paradas de control custodiadas por policías o militares. Entretanto en la camioneta se peleaban por quién llevaba más o menos productos prohibidos.

¹⁰ Chilenismo para referirse a una colecta de dinero.

— Sabemos lo que hacemos, sabemos en qué vaina nos estamos metiendo cuando nos subimos acá — sostuvo nuevamente la abuela — Yo fui a buscar trabajo para dejar esto pero no encontré — aseguró.

Las mujeres no dejaban de gritarse unas a las otras y los hombres no paraban de reír.

En eso el chofer hizo una maniobra rápida, se esfumó de la carretera y aparecimos en una blanca y extensa planicie descampada. Nos habíamos metido nada más ni nada menos que a cruzar a Colombia por el salar. — Es una sirvengüenzura lo que está pasando en Venezuela. Si en Colombia puedo llegar a ganar hasta diez veces más — continuaba la conversación arriba, como si estuviesen muy acostumbrados a lo que sucedía o no hubiesen registrado por donde nos estábamos movilizándolo.

Simultáneamente la pequeña me miraba con sus ojos almendrados y me regalaba una reluciente sonrisa de vez en cuando. Éramos las únicas que no participábamos en la discusión.

No sólo el desabastecimiento y la inflación eran los responsables del contrabando en Venezuela. También era posible por los altos niveles de corrupción que existía en los uniformados que fiscalizaban el camino y la línea fronteriza. Si la segunda vez que nos pararon la coima consistió en tres de los *bowls* plásticos, la tercera no fue más que unos cuantos billetes. Se repetía la misma historia de Santa Elena de Uairén y la crisis del gas. El socialismo se había convertido en una teoría difícil de aplicar en la práctica cuando los intereses económicos estaban involucrados. Si a costa de dejar a su país sin recursos ellos podían ganar un poco más de dinero, no cabía duda de que lo iban a hacer igual.

Las pérdidas económicas para la República Bolivariana debido al contrabando se estimaban en unos 3.650 millones de dólares anuales. En agosto de 2014 el presidente Nicolás Maduro impuso el cierre fronterizo entre las diez de la noche y las cinco de la madrugada y, además, desplegó más de 17.000 militares a lo largo de los 2.219 kilómetros que separaban a un país del otro. Con estas medidas intentaba luchar contra el mercado negro de combustible y alimentos que cada día crecía más.

— La culpa es de la burguesía en su afán de una guerra económica — decía Maduro. Pero no eran los que tenían plata los que contrabandeaban, sino quienes más la necesitaban.

Cuando yo crucé no había toque de queda, ni 17.000 efectivos en la ruta, ni guardias que nos persiguieran por el salario. Era un territorio sin ley. Por lo que al retornar a la vía principal y ver que los controles no cesaban, el conductor optó por la última opción: las trochas. Pequeñas y angostas carreteras ilegales que pasaban por los terrenos de personas a las cuales uno les tenía que tirar unos cuantos billetes para que levantaran una cuerda y la camioneta pudiera pasar. Estábamos en eso cuando a toda velocidad nos adelantó un camión que llevaba a dos hombres atrás sujetando decenas de tambores de plástico rellenos con gasolina. Iban tan llenos y rápido que yo no podía entender cómo no se desestabilizaban y volcaban con cada maniobra del piloto.

Según un reportaje del diario La Nación de Argentina publicado en octubre de 2014, la diferencia cambiaria entre Venezuela y Colombia era descomunal. “Los venezolanos conviven con hasta cinco tipos de cambio distintos: el oficial, el negro (que afecta directamente a sus bolsillos), el cambio viajero (en torno de los 12 bolívares por billete verde), el Sicad 1 (una subasta alternativa de

divisas, que cotiza como el viajero) y el Sicad 2 (el mismo sistema que el anterior, pero a 49,98 bolívares en las últimas horas y con el mismo nivel de ineficiencia).” Y con esa diferencia de precios era muy difícil frenar el matute de un lado a otro.

Íbamos en plena trocha cuando en un momento llegamos como si nada a territorio colombiano. No tuvimos que pasar un control, no fue necesario cruzar el puente San Cristóbal que separaba a San Antonio de Cúcuta. Simplemente nos topamos a los últimos dos uniformados de la travesía que pedían algo a cambio de pasar y se dieron por satisfechos con una Coca Cola tibia de dos litros.

Sin embargo, yo tenía que hacer mis trámites en migración, por lo que me organicé para bajarme de la camioneta lo más rápido posible con todas mis cosas a medida que mis compañeros de viaje me deseaban buena suerte. De hecho, antes de ir por mi estampa decidí pasar al baño y mi impresión fue gigante cuando noté que había jabón. Me echaba y me echaba mientras me lavaba las manos y pensaba que lo que escaseaba en Venezuela en Colombia parecía sobrar por montón. Encontrar desodorante, papel confort, shampoo, leche, pan, ya no volvería a ser un problema. Atrás quedaban los días de dosificar suministros y de no ocupar más de dos cuadrados de papel confort a la hora de ir al baño.

COLOMBIA



ALMIRANTE PADILLA

Jhonny De la Cruz Hoz P, Conductor. Es el nombre que figura en la tarjeta que tengo entre mis manos. La verdad es que no puedo recordar cómo se llamaba, pese a que estoy segura de que no era Jhonny. Pienso que debo haberlo anotado en una de mis libretas pero por más que he buscado no lo logro encontrar. Aún así, todavía lo recuerdo con su camisa abierta echado en la cama de un motel barato, con el suelo lleno de botellas de cerveza, tirando la ceniza de sus cigarrillos al suelo de la habitación al tiempo que se limpiaba su chorreante nariz.

El primer motel al que llegamos estaba lleno de camioneros y no quedaba ni una sola pieza desocupada. Era el fin de semana previo al carnaval de Barranquilla y la playa, las calles, las botillerías, los negocios, los hoteles e incluso los dos hostales donde yo había hecho reservaciones estaban repletos de personas. No había nadie más en la ciudad que vio nacer a la cantante Shakira. Pero por entonces, en ningún rincón de Barranquilla sonaba *¿Dónde estás corazón?* Todos gozaban al ritmo del reggaetón y del mapalé.

El Distrito Especial, Industrial y Portuario de Barranquilla – como se denomina oficialmente a la ciudad– es la capital del departamento colombiano del Atlántico, la cuarta metrópoli más importante del país y el principal centro económico de la Región Caribe colombiana. Según el último Censo del DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística), en 2005 Barranquilla tenía una población de 1.146.359 habitantes en una

superficie de 166 kilómetros cuadrados. Hoy se estiman unos dos millones y medio de residentes incluyendo su área metropolitana.

Yo no pensaba pasar a Barranquilla. El plan era claro. Llegaría a Maicao en Colombia y tomaría un bus con destino al Parque Nacional Natural Tayrona, en Santa Marta. Armaría mi carpa, colgaría mi hamaca entre dos palmeras, recorrería sus playas de arenas blancas, me bañaría en las cristalinas aguas del mar Caribe y descansaría un poco de todo lo que significó mi paso por la República Bolivariana. Mas no. Cuando el carro de contrabando con el que había cruzado desde Venezuela a Colombia me dejó en pleno territorio de Maicao tuve que cotejar otras alternativas.

El Expreso Almirante Padilla ofrecía el servicio de puerta a puerta en las localidades de Maicao, Riohacha y Barranquilla. Por lo mismo, era más fácil esperar que un carro de ellos se llenara e iniciara viaje en vez de tomar un taxi que me llevara al terminal de buses de Maicao y de ahí hacer otro transbordo más hasta Tayrona. Sin embargo, en la ruta me arrepentí. Entre acantilados, carreteras de una vía por lado y el mar turquesa reventando contra las rocas, se hizo de noche y recorrer la entrada al Parque Tayrona después de todo un día de viaje y en plena oscuridad no era la escena que había formado en mi cabeza antes de llegar, así que por primera vez en casi dos meses decidí acomodarme en el asiento del copiloto y dormir.

Me dormí tan profundamente que cuando desperté, Barranquilla ya estaba a nuestras espaldas. El chofer manejaba en la mitad del campo por la carretera Juan Mina Tubará hasta Candelaria.

— No te quise despertar porque te veías muy cansada — me explicó cuando se percató del asombro de mi cara — Yo esta noche también duermo en Barranquilla, así que apenas se bajen estas señoras te paso a dejar donde tu vayas.

Saqué la mano por la ventana. Sentía la humedad del viento y la calidez de la noche tratando de hacer mis dedos volar. Mi pelo formaba un remolino en mi cabeza y el aire olía a tierra húmeda y a corteza de árbol.

Con la lectura del Bando, una especie de decreto de carnaval en el que la reina escogida para tal ocasión ordena y dispone que se establezca el imperio de la alegría en la ciudad, había comenzado oficialmente el precarnaval de Barranquilla unos días atrás.

La revista oficial del Carnaval 2014 hacía referencia a que se estaban celebrando diez años de la diversidad y las expresiones culturales del carnaval. Que dicha fiesta popular se había convertido en el símbolo de Colombia gracias a la proclamación de la misma como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, realizada por la Unesco en 2003 y la consiguiente inscripción en 2008. Incluso decía que se desarrollarían alrededor de cuarenta actividades en precarnaval, aunque yo no asistí a ninguna de ellas.

No alcancé a ver carros alegóricos ni trajes y sombreros adornados, menos máscaras de animales. Desde la ventanilla abierta de la van sólo divisaba el vuelo de la espuma de poliuretano por los aires y la pintura chorreando entre las caras desfiguradas por el cansancio y el alcohol de los participantes. Nosotros pasábamos de largo mientras el chofer trataba de cruzar Calles y Carreras con números e inventar caminos para llegar a los hostales.

— Tengo personas durmiendo hasta en sillones — me dijo justificándose la señora del segundo y último lugar al que pasamos.

— ¿Tienes hambre? ¿Quieres pollo asado con papas fritas? — me preguntó el chofer. Yo sentía mis tripas haciendo un concierto en mi guata, recordé que no había comido nada desde el desayuno y acepté la invitación.

Chorreé con grasa mis manos y usé de servilleta mi pantalón, tragando todo con una cerveza Poker tras otra. Meditaba en mis posibilidades. — ¿Me puedo ir contigo al motel para ver si hay alguna habitación libre? No tengo dónde dormir hoy — le comenté con cara de perro mojado y él accedió.

La primera parada fue la sede del Ejercito Nacional de Colombia, donde pasamos a dejarle pollo con papas fritas a uno de sus cinco hijos que había entrado a la milicia un año atrás. Yo a esa altura ya comenzaba a escuchar toda su vida familiar, a enterarme de cómo era la relación con la esposa y a volverme cómplice de las historias de líos con sus amantes. Y como un acto de generosidad mutua decidí compartir un poco de la mía. Le dije que quería saber más de la guerrilla, del tema de la droga, de las rutas del café. Que estaba cansada de escuchar sólo de Pablo Escobar y enterarme de lo que pasaba en un país, del mismo continente que Chile, sólo por la televisión, las películas y las series de ficción.

El chofer pasó por la segunda botillería de la noche y compró cerveza Poker en cantidad. Las acomodó cerca de la caja de cambios y cuando estuvo conduciendo nuevamente sacó un paquete ziploc pequeño de su camisa repleto de polvo blanco.

— Quieres probar — me invitó mientras hundía su uña en el paquete y la acercaba a su nariz. No dejaría de repetir la misma acción en toda la noche.

El primer motel al que pasamos estaba lleno de camiones y autos, no quedaba ni una sola habitación disponible. Así que emprendimos rumbo y arribamos a uno que se llamaba Pegaso. Residencia Pegaso para ser más exacta.

— ¿Tiene una habitación disponible? — le preguntó el chofer a la recepcionista mientras yo lo corregía severamente y le preguntaba si acaso mejor tendría dos. Nos dieron una al lado de la otra.

El suelo estaba cubierto por cerámica blanca, la pintura de las paredes era verde limón, sobre la cama colgaba un ventilador que se prendía y apagaba con un interruptor incrustado en la muralla y la luz amarilla del techo tintineaba sin parar. No alcancé ni a dejar mi mochila en la cama de dos plazas con dudoso cobertor cuando llegó el chofer con más cervezas y me invitó a ir a tomar al lado en su habitación.

Se acomodó en el lado derecho de la cama y yo me senté en la esquina opuesta. Se empezó a desabotonar la camisa, botón tras botón, dejando entrever los pelos de su pecho, la cicatriz en la mitad de su estomago, su guata desparramándose alrededor. Acomodó su cerveza en el velador al lado del paquete de polvo blanco y sacó un cigarro para mí y otro para él, para dar inicio a interminables y grotescas anécdotas sexuales pensando que quizás con eso me convencería de que durmiera a su lado.

Luego de la tercera vez que me mandó a comprar más cervezas a la recepción, volví y le dije que bebía una más y me iba a dormir. Sus ojos se transformaron y me rogó que por favor no me fuera, que durmiera con él, que no me haría nada. Si no, que me quedara un rato más ahí, que nos tomáramos unas cervezas más y que después me iba. Que si quería una línea, que si me apetecía fumar más. Sorbí el concho que quedaba en mi botella, le dije buenas noches y me fui.

Me desperté con los fuertes golpes en la puerta y exaltada me levanté de un salto. Cuando abrí él seguía con la camisa abierta, los ojos desorbitados y pasado a alcohol. Me dijo que me había quedado dormida, que me apurara si quería irme con él, que hasta qué hora pensaba quedarme ahí. Rápidamente corrí a la ducha, ordené mi bolso y me dirigí a su habitación. El piso se había transformado en un cenicero, en una colección de botellas de vidrios esparcidas como por un ciclón. Del polvo blanco no quedaba más que su bolsa.

— ¿Vamos a desayunar? — trató de articular mientras me alcanzaba una botella de cerveza recién abierta.

En esa ocasión los ojos desorbitados los puse yo. Lo miré seria, fría y taxativamente le dije que se metiera a la ducha, que se bañara con agua helada y que dejara de beber, que había prometido dejarme en la carretera para tomar un bus a Cartagena de Indias y que con borrachos yo no andaba. Que si no lo iba a hacer me avisara en ese mismo instante, porque yo pescaba mis cosas y me iba de ahí. Me pidió disculpas y se arregló.

Una hora después yo volvía a apoyar mi cabeza en el vidrio de otra van dejando atrás la ciudad del carnaval.

HITOS DE MEDELLÍN

Medellín era como una ciudad hundida entre cerros a la que cruzaba un río con el mismo nombre, casi igualito al río Mapocho santiaguino. Tenía el clima perfecto, como de primavera abochornada con nubes que se atrapaban entre el verde de los cerros. Una ciudad que por años cargó con el estigma de la droga y la violencia. A pesar de ello, en 2013 obtuvo la distinción de “Ciudad Innovadora” y hoy es reconocida por su milagrosa transformación.

Para los paisas hubo tres hitos clave en la transformación de Medellín. Primero, la capital del departamento colombiano de Antioquía solía ser la más peligrosa de toda Colombia. En la década del 90, debido principalmente al narcotráfico, la tasa de homicidio llegó a ser de 400 muertos por cada 100 mil habitantes. En 2014, según un informe de la ONU, Colombia ocupaba el quinto lugar en la tabla de los países con más homicidios en el mundo y en el primer puesto se encontraba Honduras con una tasa de 90, 4 por cada 100 mil habitantes. Casi 310 muertos menos que los que había en Medellín a finales del siglo XX. No obstante, en los últimos años la reducción de homicidios ha sido ligada a la respuesta de las autoridades y al cese de los enfrentamientos entre grupos opuestos.

Además, a inicios de 2000 Sergio Fajardo –político, matemático, ex alcalde de Medellín y actual Gobernador de Antioquia por el Partido Verde– decidió entrar al mundo de la política colombiana liderando el Movimiento Compromiso Ciudadano repleto de “indignados”. Se juntaban a discutir, a

criticar y a buscar soluciones para una sociedad mejor. Para lograr cambios reales era necesario implicarse en la política y así fue. Hoy Fajardo es reconocido como el profesor que ayudó en las transformaciones urbanas y políticas que necesitaba la ciudad.

— Muchos lo asocian a él con la disminución de la pobreza y la inequidad — me comentó el chico que guiaba el *walking tour*.

Pese a que continúan los mitos de inseguridad en Colombia, de "ten cuidado con la guerrilla", de "ojo con el contrabando", de que "te pueden raptar y sustraer un órgano", nunca nada me pasó y ni una gota de miedo sentí. Recuerdo a Juan Pérez, un pastor evangélico que conocí cuando cruzaba en lancha desde Maracaibo a pasar la tarde en Altagracia. Con su discurso de mundo apocalíptico me advirtió de las atrocidades que podía llegar a ver en Colombia, sobre todo en Medellín. Como si lo hubiese aprendido de memoria, recitó lo peligroso que podía ser salir sola de noche, el cuidado que debía tener a la hora de comer fruta en un mercado porque podría encontrarse envenenada, de lo terrible que era incluso los robos de las bicicletas.

— ¡Porque hasta balas vuelan en ese momento! — señaló exaltado — Y peor aún, si encuentras un bolso o una maleta sin su dueño, ¡De seguro es una bomba! — sentenció.

No me morí por comer un mango envenenado y tampoco me tuve que esconder de las balas durante un mega asalto para sustraerle a alguien una bicicleta. Y no es porque me haya quedado encerrada en el hostel o me haya movido sólo en metro por los lugares turísticos y nada más. Es porque Medellín posee calma de campo y hasta grillos podía escuchar cuando volvía de noche al barrio El Poblado donde se encontraba mi casa itinerante, The Black Sheep. Aún así, cuando Juan Pérez se percató de que era

imposible seguir intentando convencerme de no viajar a esa ciudad, me aconsejó que cualquier cosa que me pasara acudiera a un templo evangélico.

— Ahí de seguro te van a ayudar ¡Hasta alojamiento te pueden ofrecer! — exclamó entre emocionado e ingenuo, como si estuviese compartiendo conmigo el secreto mejor guardado. Después de todo cuando vi el brillo en sus ojos no pude decirle que sería al último lugar al que acudiría, que la simple ida de imaginármelo me provocaba un poco de aversión, pero en vez de eso sonreí y mentí.

— Muchas gracias — le respondí — si algo me pasa acudiré a uno de esos lugares y les diré que usted me mandó.

Su pecho se infló un instante y respiró como parecía que hace rato no hacía.

Por suerte nunca tuve que acudir a un templo evangélico, ni temer por mis órganos, ni escapar en la carretera de la guerrilla o practicar un discurso mental a la hora de toparme con mis posibles captores. Caminaba por las calles con tranquilidad de día domingo, comiendo pupuña brasileña, chontaduro colombiano espolvoreado con sal y chorreado con miel. En Colombia la amabilidad parecía ser una característica país. Ni siquiera cuando caminé por la calle Bolívar entre yonkis consumiendo droga bajo el puente que formaba el metro, fumando pasta, palpándose las venas, aspirando quién sabe qué mezcla de cosas que acarreaban en sus bolsas. Hasta ellos me sonrieron al pasar.

Quizás se deba, o quizás no, al segundo hito clave. Dicen que en Medellín se logró disminuir la desigualdad a través de la educación, el urbanismo y el concepto de arquitectura democrática

que busca resignificar los espacios en algo positivo. Sin que eso se traduzca en echar a los adictos de la calle, ni alejarlos del perímetro de la Catedral Metropolitana donde se drogan en las bancas entre medio de los que fermentan tirados en el pasto y los caballeros que juegan ajedrez. No buscan tapar la realidad sino que aprenden a vivir con ella y a mejorarla dentro de lo posible.

Uno de los proyectos más significativos en pro de dichas mejoras se realizó en 2011 con la inauguración de las primeras escaleras mecánicas, gratuitas y al aire libre, instaladas en la Comuna 13 de Medellín por el Ayuntamiento de la ciudad. Entre los cerros con aire porteño pero sin tanto color, se vieron beneficiados alrededor de 130.000 habitantes. Fue durante ese tiempo que se inició el proceso de revitalizar zonas de la ciudad antes empobrecidas y dominadas por la violencia.

Cuando vi las escaleras mientras colgaba del Metrocable rumbo al Parque Arví evoqué mis años en el Cerro Mariposa, cuando recién llegué a vivir a Valparaíso. Lo romántica que se me hacía la idea de subir y bajar el cerro, de caminar por las escaleras, de ratonear entre curvas evitando tomar el ascensor. Hasta que dejé de ser turista y me volví local. Hasta que tuve que cargar bolsas y verme obligada a subir peldaño por peldaño porque la noche había caído y el ascensor ya estaba cerrado. Volvía a casa evitando borrachos, caminando en zigzag para que la subida no se hiciera tan pesada. Otra cosa hubiese sido con escaleras mecánicas. En Medellín eran la solución para la movilidad en barrios de difícil acceso.

Desde las alturas no sólo veía escaleras que movían a entes inmóviles sobre ellas. Además era posible observar paseos

peatonales, pequeños parques entre grises y verdes, movimiento, color. Incluso, en un minuto frente a mis ojos apareció imponente, entre pequeñas casas de ladrillos, lo que había visto desde el plan pero que no había podido apreciar: la Biblioteca España. Construida en un área de 5.500 metros cuadrados, diseñada por el arquitecto Giancarlo Mazzanti y relacionada con el tercer hito clave según los países: la educación.

— Si te bajas en la próxima estación que se llama Santo Domingo Savio puedes ir — me dijo una mujer en el metrocable — la biblioteca y el parque están conectados a los miradores aledaños por si quieres observar la ciudad — detalló.

Pero no me bajé. Me quedé atónita desde mi puesto mirando la construcción que se erigió como un símbolo de la nueva Medellín, de los cambios que ahí estaban aconteciendo. Se buscaba que los habitantes se identificaran con su sector y desarrollaran un sentido de pertenencia, de identificación y orgullo. Se logró. En un sector donde años atrás no había más que ranchos descampados, en un lugar donde las violaciones y asaltos estaban a la orden del día, donde los asesinos iban a tirar los cuerpos de sus víctimas, hoy está el Parque Biblioteca España abierto a toda la comunidad.

En la capital del departamento de Antioquia buscaron la manera de acercar la educación y el saber a toda la población, sin importar lo lejos que quedara su casa en el cerro o lo alejada que estuviera la escuela de su hogar. Querían dotar de dignidad a las personas, de vida los espacios, de seguridad los callejones. Para esto no sólo crearon la Biblioteca España, sino que en estos años han edificado otras ocho Parque Biblioteca que proveyeron a la comunidad de libre acceso a internet, cursos y talleres gratuitos, clases tanto para niños y jóvenes, como para adultos y tercera edad. Se crearon

espacios que finalmente se transformaron en lugares de confluencia social.

Y las calles Carrera tenían movimiento, puestos de verduras, vecinos saludándose. Cerca de la plaza donde se encontraba el mirador de Santo Domingo los vendedores con cotonas blancas se ordenaban bajo quitasoles de colores. Veía los locales de comida y desde las alturas podía oler el aceite de los buñuelos; de los trozos de plátano verde aplanados; la bandeja paisa con los frijoles, el arroz, el huevo frito, el plátano, la carne, el chorizo. Las personas abajo hacían uso de los espacios públicos, parecían orgullosos de ellos. No se veían obsesionados con Pablo Escobar ni en los enfrentamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). La vida era otra cosa. Ellos disfrutaban del ritmo de la música que salía del carro donde un caballero vendía sabrosos y dulces mangos, nada más.

PIES DE UNA NIÑA

Caminé todas las calles Carrera. La 53, la 55, la 57. Pasé por puestos en los que vendían arepas, chontadur, guarapos. Vi el cambio del cemento al ladrillo, del verde bandejón central al gris de las autopistas, de las tiendas de ropa al supermercado de maderas. No recuerdo cuántas horas habré deambulado por la capital antioqueña en mi ruta desde el Jardín Botánico hasta el Parque de los Pies Descalzos, pero las ampollas y el dolor de pies valieron la pena. A primera vista una no se podría llegar a imaginar el mundo de sensaciones que era posible experimentar en ese lugar.

Ese día lo había iniciado con olor a tierra, a humedad, a plantas. Con un firmamento donde se mezclaba el verde de las hojas con el celeste azul del cielo. Porque cuando viajo sola siempre llega un momento en que me canso de las playas, de la arena, del sol, de la ciudad, del cemento, de correr como si estuviera buscando algo que ver. En esa oportunidad no quería visitar un museo tras otro, ni hacer tour tras tour, ni sacarme una foto al lado de un gordo de Botero para ir a tomarme otra sentada frente a otra gorda de Botero. De manera que esa mañana salí temprano del hostel y me fui directo al Jardín Botánico de Medellín.

El Jardín era un “museo vivo en el corazón de la ciudad” de casi 2,2 millones de habitantes, decía en el folleto que me entregaron cuando llegué por la entrada de la calle Carrera 52, una de las arterias principales que cortaba el centro de la metrópoli desde el río Medellín hacia el norte. Estaba justo frente al Parque Explora

donde se encontraba el acuario, el planetario y el vivario que recreaba la vida de anfibios, reptiles y artrópodos. Aunque por esa atracción turística había que pagar.

Con 13,2 hectáreas de preservación, más de mil especies vivas y con la imponente construcción del Orquideorama y su hermoso techo de madera, donde es posible ver una hermosa colección de orquídeas, el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe era perfecto para salir de la rutina, relajarse y gozar. Paseando por el bosque tropical, observando las flores de loto que flotaban en la laguna, adentrándose en la Casa de las Mariposas y viéndolas a todas volar alrededor. No se escuchaban los ruidos de los autos, ni de las bocinas, ni del metro pasar. Sólo se sentía paz. Tenía que buscar algo igual.

Los parques son como mi santuario. Me cuidan, me protegen, me envuelven. Cuando camino por sus pastos puedo imaginar que estoy donde yo quiero, que todo es posible, que floto y bailo al comprás de algunas hojas que se dejan caer. Las personas los cruzan en bicicleta, pasean a sus perros, juegan con sus hijos agazapándose en las esquinas. En esos rincones que esconden risas, llantos, diversión, compromisos, quiebres. Los parques guardan los cambios de una ciudad. Los parques esconden los secretos de todos sin importar qué.

— Los ejercicios se realizan en orden y buscan generar confianza y alivianar el estrés. Además, el parque lo que ofrece es relajar el cuerpo, la vista, los oídos y la mente. Todo a la misma vez — decía Sebastián, el guía del Parque de los Pies Descalzos. — En el camino experimentaremos con tres texturas distintas: la piedra, el pasto y la arena para luego terminar nuestra visita en la fuente que vez ahí. En la primera etapa estimularemos, en la segunda descansaremos, en la tercera exfoliaremos y en la cuarta será para contrición — concluyó la introducción.

Cerca de la estación de metro Alpujarra, en un sitio donde el ruido de la ciudad desaparece, se encuentra el Parque de los Pies Descalzos. Las Empresas Públicas de Medellín fundaron el parque en 1999 como un espacio de pausa exclusivo para los funcionarios del Edificio Inteligente. Las bancas entre el bambú, las fuentes con chorros de agua y los árboles que se abrazan no estaban al alcance de cualquier persona. Mas su popularidad fue tal que hoy el lugar esta abierto a todo público como un espacio de descanso y relajación donde se puede jugar, distenderse, relacionarse con otras personas y contactarse con la naturaleza.

Cuando llegué al parque, después de horas de caminar, lo primero que hice fue sacarme los zapatos —que era obligación en la zona del maicillo- y ponerme a jugar al lado de los árboles con tronco como de corcho. Para mí ésa es la gracia de los parques, podía divertirme como niña sin que me importara lo que el resto pensara, sin limitarme por encontrarme muy adulta para cierta actividad, sin medir respuestas ni calcular pasos a seguir. En los parques es donde más me puedo liberar. Si viajar es cuando me siento yo misma, los parques son el epicentro de mi libertad.

Me senté bajo la sombra de las hojas en el bosque de bambú, que era el lugar más fresco, y contemplé las esferas que parecían flores, las que luego cuando se encendían sus luces led eran como estrellas en la tierra brillando unas al lado de las otras. Fue en ese trance cuando se acercó Sebastián y me contó que estaba a punto de empezar el tour y que yo era la única que se veía interesada en participar. Por suerte al rato después de que empezó a hablar llegó compañía, sino habría sido imposible realizar las actividades del parque con nosotros dos.

— Con la piedra que se están frotando están estimulando las venas de sus pies y cuando terminen de utilizarla tendrá que descansar un día para soltar la energía que les absorbió — explicaba mientras cual piedra pómez yo frotaba y movía en círculos la pequeña y lisa roca que había tomado del suelo, como si sirviera de algo para las posibles durezas que de seguro tenía en la planta de tanto caminar. — Suelten la energía, dejen que actúe la vasodilatación — continuaba Sebastián.

Después vino un juego, de los permitidos, de los guiados, de los inclusivos. Uno en el que participó desde el caballero con 60 años hasta su hija que no debía tener más de 16. Era de contacto físico, de sonidos, de creer en el otro. Había que cerrar los ojos y seguirnos, tomarnos, guiarnos. Teníamos que soltar el cuerpo, relajar la mente y sentir al otro, su respiración, sus movimientos. Había que aceptar que un desconocido enfilara la procesión. Era la ocasión para creer antes de pasar al Jardín Zen.

— Serán cuatro fases que superaremos en este lugar antes de pasar a la última parte del recorrido — escuchaba al guía decir a lo lejos, porque yo ya estaba ansiosa por seguir, emocionada por lo

que estaba sintiendo, feliz de haber caminado tanto para llegar hasta ahí. — Las rocas son islas de pensamientos y la idea es que ustedes puedan subirse sobre ellas e ir cruzando sus ideas. Luego las recorrerán con los ojos cerrados como si fueran un laberinto — nos instruía en lo que para mí, en ese punto, parecía un juego de niños — Pero primero tendrán que sin ver cruzarlas de la mano de uno de sus compañeros.

Me ofrecí de voluntaria a subir primera mientras me temblaban las piernas del miedo y que nadie me fuese a sujetar. Miré al hombre de polera blanca y gorro que me estaba extendiendo su mano y dudé. No de él, sino que titubeé de mi capacidad de confiar. Era distinto irme a un motel con el chofer de la camioneta que había tomado en la frontera de Colombia para que en un inicio me fuera a dejar a mi hostel. Como si fuera el mundo al revés, ese tipo de situaciones eran relativamente controlables para mí. En cambio ese instante era distinto: si pasaba algo no iba a poder evitar sentir dolor.

Tomé su mano, cerré mis ojos y fui matando mis malas ideas, los malos recuerdos y los tristes también, a medida que ponía mi pie en una isla para dar paso a la otra. Lo logré. Luego cruzar el laberinto de frente, de espalda dando sólo los pasos con los pies no era nada. Pude sobrellevar el miedo, espantar a los fantasmas y asumir el confiar. Asimismo, cuando el paso siguiente fue ir a abrazar el calistemo blanco, sentir su textura de papel, sobar sus hojas en mis manos para ver qué olor provocaba mi ph -si de limón, manzanilla o canela- y enterarme que sobrevivía sólo en la arena, me convencí de que a esa altura yo ya podría subsistir a cualquier cosa y en cualquier lugar.

En el segundo que me senté en la escalera del pozo de los espejos y vi mi reflejo en el agua sabía que todo estaba por acabar. Aún así me relajé con los sonidos, escuchando el agua mientras hundía mis piernas hasta las rodillas. Me sentí emocionada cuando vi la magnificencia de la puerta urbana y esa cascada que parecía sacada de película con sesenta y ocho chorros a presión. Y retorné al origen cuando finalizó el recorrido en los mismos chorros que había visto en el inicio, los que eran perfectos para ir a mojarse como niña y recordar que esa parte de mí y su magia seguían tan vivas como siempre.

EL LADO P DE MELLEDÍN

DONDE LOS CHICOS TAMBIÉN HACEN DE PUTAS

En Colombia la cultura oscila entre la legalidad y la ilegalidad. Entre casinos de juegos de azar y comercio ambulante que vende dvds porno y relojes robados al lado de iglesias donde luego las personas acuden a pedir perdón. Ahí mismo donde se concentra el comercio sexual. Las prostitutas mayores se instalan frente a la Iglesia de la Vera Cruz, mientras las fufurufas, los prepago y la belleza escondida de las sardinas se reparten por el resto de la ciudad. No todos pueden estar tan cerca de la salvación.

La primera vez que los vi estaban a la salida del metro Parque de Berrío. Cerca de la Plaza de Botero y sus veintitrés esculturas a escala gigante; a sólo cuerdas del Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, de fachada parecida a un tablero de ajedrez; y quizás a un poco más de diez minutos de la Repostería Astor, donde vendían la clásica torta negra colombiana que parecía más bien un pan de pascua con más pasas al licor y humedad, con una cubierta especie glasé pero conocida como fondant. Ahí en la plataforma de la estación con vista a los negocios de la calle Carrera 51 los vi fumando esa primera vez.

Hace un tiempo mi papá me contó que la calle San Antonio, a dos cuerdas de mi departamento en el barrio Bellas Artes, justo la arteria entre Monjitas y Merced, se estaba haciendo conocida como la nueva zona chocolate de Santiago. Repleta de prostitutas extranjeras de todas las edades y gustos, yo las veía desde que salía el sol hasta que volvía a aparecer por el mismo lugar al otro día. No sé cómo lo hacían, pero siempre estaban ahí. Bajo el umbral de un

edificio, conversando al lado de un kiosco, apoyadas en la reja que daba a la calle. Nunca ofreciéndose directamente, pero aún así era evidente en qué trabajaban.

Ellos, en cambio, esa tarde fumaban cigarrillos y se apoyaban en el muro sin propiciar ninguna sospecha. Eran como dos amigos que miraban a los lados, conversaban y cada tanto reían. Si tenían más de 18 años era un milagro, o tal vez el milagro era que se vieran así de jóvenes teniendo más de esa edad, pero el caso es que para mí no era nada fuera de lo normal que ellos estuvieran ahí. Hasta que en un momento un anciano de esos rancios, con cara de pervertido, se les acercó y llamó a unos de ellos. Tras cruzar unas cuantas palabras el flaco de jeans y camisa se despidió con la mano de su amigo y se perdió con el viejo entre la gente.

El día que hice el *walking tour* por la capital antioqueña me llamó la atención la cantidad de prostitutas paradas que había enfrente de la Iglesia de Vera Cruz en la plazuela del mismo nombre. Descaradamente les saqué fotos con la Iglesia detrás. A la mulata de culo perfecto, con un vestido que apenas se lo tapaba, y el pelo lleno de trenzas teñidas de rojo. También aparecía la chica con pinta de modelo, pantalones rosados ajustados y un peto del mismo color, que conversaba con dos mujeres a las que parecía que la parte de arriba de su tenida en cualquier momento iba a explotarle.

A nadie le sorprendía, muy pocos las miraban. Ya eran parte del paisaje, de la plazuela, de la Iglesia. Pero yo no podía dejar de observar-las. Sus rostros cansados, sus espaldas curvas, sus pantorrillas hinchadas de usar tanto taco al caminar. Me perdía en su exceso de maquillaje, en los fuertes colores de sus ropas, en las

líneas marcadas de su cara que hacían entrever que en una de esas ya no querían mucho más. O que hacía mucho calor y que tenían sed, o que se morían de ganas por ir al baño, o que estaban esperando el primer o el último cliente de la jornada laboral.

— Los chicos que se ponen en la estación del Parque de Berrío, tanto en las escalas como en la plataforma, tienen entre catorce y diecisiete años en general. Los conocen como los gatos y hacen lo que sea por dinero — me contó un paisa¹¹ que conocí y me instruyó en el mundo de la prostitución.

No eran sólo los chicos u hombres, como en algún momento había llegado a pensar, sino que la mayoría de las mujeres que vendían tinto —como le decían al café— desempeñaban la misma ancestral labor.

Pero no solamente en el Parque de Berrío se concentraba la prostitución de Medellín. En la Calle Junín se instalaban las sardinas, chicas jóvenes conocidas por su exótica belleza; en las noches por los alrededores del Centro Comercial, cerca del cerro La Asomadera y no tan lejos de la estación de metro Exposiciones, se asomaban las fufurufas y los prepago, como les dicen a las prostitutas y prostitutos en Colombia.

— El problema es que la alcaldía de turno de Aníbal Gaviria ha querido esconder lo que sucede para no manchar su imagen — continuó mi informante.

¹¹ En Colombia se les dice a los pertenecientes a la región Paisa que es el área cultural y geográfica que comprende los departamentos de Antioquia, Caldas, Risaralda y Quindío, el norte del Valle del Cauca y el norte del Tolima.

Aníbal Gaviria era un político colombiano que había sido electo alcalde de Medellín por el período de 2012 a 2015, luego de que se desempeñara como gobernador de Antioquia al ganar las elecciones en 2004 y 2007. Perteneciente al Partido Liberal Colombiano, fue como si le hubieran metido un ají en el hoyo cuando en 2014 el periodista peruano Guillermo Galdos realizó un reportaje —que fue publicado en el sitio web de *Channel 4*, canal de televisión del Reino Unido— donde relataba que “los barrios de Medellín estaban llenos de prostitutas”.

Nosotros seguíamos animados hablando sin parar. Primero del Parque Bolívar, ubicado también en pleno centro de la ciudad, y luego de la calle Barbacoas, una zona que durante un tiempo se había vuelto impenetrable en Medellín. Con prostitutas conviviendo al lado de basurales y drogadictos en plena calle, ahí la ley que mandaba no estaba escrita en un código. Y no sé por qué recordé cuando durante los primeros años del siglo XXI Joaquín Lavín —un político chileno, conservador, militante de la Unión Demócrata Independiente (UDI) y opus dei— propuso la creación de un Barrio Rojo en la comuna.

Algo así como para controlar y fiscalizar el comercio sexual. Que de seguro no habría llegado a ser ni una milésima parte de lo que es el *Red Distric* de Amsterdam con sus prostitutas que parecen modelos de *Victoria's Secret* desfilando en sus vitrinas. Con las luces rojas que tiñen hasta los canales y con ventanales unos sobre otros en edificaciones de ladrillos, o en callejones que se van haciendo cada vez más estrechos con mujeres más bellas y a un mayor precio.

— La prostitución es como una cicatriz que va ayudando a construir imaginarios de la ciudad — escuché que me mencionaba

el muchacho de ojos marrones que había conocido hacía dos horas arrebatándome así de mi recuerdo, pero no tuve la menor idea de qué quería decir.

— ¡No se nos vaya platicar sobre La Raya! — me anunció acelerado como si se nos estuviese olvidando lo más importante.

La Raya era una calle donde se podía encontrar todo tipo de prostitución. Con bares unos al lado de los otros, cercana a la Central Mayorista y a la Plaza Mayorista, el sector siempre contaba con prostitución.

— Por el constante tránsito de los camioneros fue que se dio — concluyó mi amigo.

ECUADOR



TREN DE ALAUSÍ, LA NARIZ DEL DIABLO

Cuando nos bajamos en la pequeña estación de buses llovía torrencialmente y parecía más un pueblo fantasma que la ciudad que había renacido gracias a la reapertura de su tren. Recorrimos las calles aledañas buscando posadas y hostales entre charcos de barro. Finalmente nos dirigimos al Hotel Europa, ubicado en la arteria principal, en busca de una habitación. Pero si no era que tenían goteras que mojaban incluso las camas, en las piezas individuales reinaba la humedad. Aún así dejamos las mochilas y salimos a buscar un lugar donde almorzar. Para lo único que habíamos ido era para tomar el ferrocarril desde Alausí a Sibambe y recorrer la ruta Nariz del Diablo, la meta que queríamos alcanzar sí o sí.

Al sur de la provincia de Chimborazo, en Ecuador, es posible encontrar un pequeño pueblo llamado Alausí. Viajando desde Riobamba y luego de casi dos horas en bus, se desciende en una especie de valle protegido por montañas y la Cordillera de los Andes. Era muy parecido a Santiago salvo que en una escala proporcional mucho menor. No obstante, desde lejos era posible apreciar los colores chillones de sus pintorescas casas de adobe color sandía, mandarina, kiwi, limón y una vez más Valparaíso se hacía presente en mi retina con los tonos arcoíris del puerto, con sus calles estrechas de adoquines y piedras, incluso con las nubes de la mañana y el sol de mediodía. Alausí era como un lugar familiar para mí.

El día que llegamos con Anto, la amiga de Costa Rica que había conocido unos días atrás en un bus, almorzamos en un pequeño boliche de manteles de tela, enmarcaciones de fotos en color sepia y sabrosos platos de comida casera. Mientras disfrutábamos el arroz con pollo arvejado y papas fritas, yo escuchaba lo que hablaban otras dos mujeres en una mesa de más allá. Agudicé mi oído y pude entender que comentaban cómo el tren había rehabilitado Alausí y les había devuelto la vida al pueblo. Sin pensarlo, y con un poco de descaro, las interrumpí.

— Perdona la intromisión, pero no pude evitar escucharlas. ¿Usted me podría contar por qué les cambió tanto la vida con la reapertura del tren? — les pregunté con una sonrisa.

El primer tramo del sistema ferroviario de Ecuador que se recuperó fue el de Alausí a Sibambe. Los míticos doce kilómetros de la Nariz del Diablo estuvieron cerrados durante 25 años hasta que fueron reinaugurados de manera oficial en 2011. Fue necesario que el Gobierno Nacional invirtiera 6 millones para su rehabilitación y eso Narcisa Sauzé lo sabía bien. De rasgos indígenas, pelo negro casi sin canas y piel canela, Sauzé era del campo y antes no tenía otra opción que dedicarse a la agricultura. Ahora se sentía orgullosa de estar ocupada con un trabajo, de desempeñarse en servicio al cliente y de tener la oportunidad de conocer a personas de todas partes del mundo.

Narcisa, al igual que su acompañante, trabajaba en el café mirador Cóndor Puñuna. Ubicado en la estación del Tren de Sibambe, justo donde terminaba la ruta, donde al día siguiente nos recibirían con una danza típica indígena, con la clásica llama altiplánica explotada para el comercio turista. Trabajaban donde sacaríamos fotos con caras de visitantes, tomaríamos un jugo de

guayaba y comeríamos quimbolito, unos pasteles propios de Ecuador y de la zona sur de Colombia parecidos a las humitas chilenas, pero que en vez de ser rellenos con choclo, cebollas y especias, estaban confeccionados con harina de maíz, mantequilla, huevo, queso y pasas. Mezcla que luego envolvían en hojas de achira provenientes de una planta que nunca antes había oído nombrar: canna indica.

En nuestra visita a la estación de Sibambe, en el Museo Cóndor Puñuña justo al lado del café, leía los mitos que giraban en torno al lugar. Por un lado, el primero señalaba que, según los trabajadores del tren, la montaña había sido maldita por Satanás quién no quería que se construyera allí la vía. Así que las acciones en contra de la voluntad del diablo debían ser pagadas con vidas humanas, por lo que alrededor de 2.500 obreros perdieron la vida en el proyecto al igual que John Harman, ingeniero jefe de la obra, y su ayudante Georges Davis.

La segunda era una leyenda que narraba que las epidemias y las muertes en la construcción no se debieron solamente a la adversidad del clima o a la dificultad geográfica de la región. La montaña era sagrada para los indígenas porque en ese lugar habitaban los cóndores. Ahora bien, en los afanes expansionistas de la línea férrea el ave sagrada huyó del sitio debido a tanta explosión de dinamita y el castigo por la profanación de la montaña fue la muerte de quienes trabajaban ahí.

Apenas limpiamos con Anto nuestros platos, nos fuimos directamente a la estación de trenes para comprar boletos para el otro día, pero ya no quedaban más. Estaba todo reservado.

— Por favor — le rogábamos al guardia que se negaba una y otra vez a permitirnos la entrada a la boletería — ¿No puede llamar al encargado, a su superior, a alguien que pueda hacer algo por nosotras? Quizás alguna persona ya no quiere ir y usted no lo sabe — persistíamos argumentando en la lucha. — Ya les dije que se acabaron todos los boletos señoritas — nos decía — les pido por favor a ustedes que dejen de insistir — nos ordenó ya un poco molesto, cuando de repente apareció el supervisor.

— Mire, hola. Nosotras estamos viajando desde Riobamba y venimos a Alausí especialmente a hacer el recorrido de La Nariz del Diablo. Ya tenemos pasajes para partir por la tarde a Cuenca y realizar el viaje en la mañana, esta es nuestra única oportunidad. Por favor se lo pedimos, son sólo dos boletos más — le decía yo — No sea malito — reforzaba Anto — Si no fuera mañana tendría que ser al otro día y ustedes no abren los lunes.

Lo observábamos nerviosas, mantuvimos nuestros ojos fijos en los suyos esperando una gota de empatía. Hasta que se acomodó los lentes, se ordenó el pelo y nos dijo. — Quedan justo dos cupos para mañana, pueden ir.

Al otro día yo figuraba alucinaba mirando por la ventana el paisaje mientras trataba de seguir las historias que la guía nos iba contando a lo lejos. No podía creer que lo hubiésemos logrado, pero de alguna forma u otra siempre supe que sería así.

— La construcción del Ferrocarril del Sur se inició en 1872 durante la segunda presidencia de Gabriel García Moreno. Después, por un capricho de Eloy Alfaro durante su presidencia, se firmó el 17 de junio de 1897 un acuerdo con contratistas norteamericanos para construir el ferrocarril más difícil del mundo. Motivo por el cual los católicos lo acusarían de haber hecho un pacto con el Diablo. El

tren, que tenía por objetivo unir la sierra con la costa, no llegó a Alausí hasta 1902 — narraba ella como de memoria, mientras el convoy de madera se metía entre las nubes en una curva.

Como clásica región montañosa, la actividad sísmica no los dejó exentos de acción y tragedias. Además, los derrumbes y los alud no dejaban de ser comunes en la zona debido a su geografía irregular. Con valles subtropicales, páramos y depresiones por las que descendían torrentosos ríos, se construyó la línea férrea como un zig-zag cavado en la roca, como serpientes que permitían que el tren avanzara y retrocediera sucesivamente, alcanzando así los 1900 metros de altura necesarios para llegar a Alausí. Sin ir más lejos, durante nuestro paseo estuvimos más de media hora varados entre las montañas, esperando que los maquinistas pudieran despejar las vías de piedras y barro para que pudiéramos pasar.

Al volver nos despedimos de Alausí cachureando en la feria de día domingo, fotografiando cual turistas las vestimentas coloridas de las mujeres y niñas indígenas - descendientes de mitimaes Coyas- que circulaban por el sector con sus sacos colgando en sus espaldas. Transitamos frente a la hilera de niños de no más de siete años que lustraban zapatos y comimos ceviche en bolsa con tomate, cebolla y chifle salado antes de volver al Hotel Europa para pescar nuestros bolsos y volver a partir. Ya habíamos logrado nuestro cometido, habíamos recorrido la Nariz de Diablo y resultamos ilesas de nuestra expedición. Dejábamos triunfantes el pequeño pueblo de Alausí.

PERÚ



SEÑOR DE SIPÁN

Después de unos días de playa en Mancora, con tardes de guata en la arena, caminatas bajo atardeceres tornasoles y noches plateadas de cervezas frente al mar, era justo y necesario hacer una parada de rigor antes de dirigirme a Lima y visitar las nuevas ruinas de Perú. No a Machu Picchu, ni a Tiwanaku, ni siquiera al no tan popular Parque Arqueológico de Choquequirao. Yo me había encaminado a Chiclayo para visitar el santuario Mochica y las Huacas del Sol y de la Luna, la Huaca Rajada donde habían encontrado los restos del Señor de Sipán.

Lo primero que pensé cuando me bajé en Chiclayo era que había cometido un terrible error. La ciudad de centro turístico parecía no tener nada más que el museo y las ruinas del Señor de Sipán. Con suerte habían árboles, los automovilistas tocaban de manera incesante sus bocinas y encima el calor era de cemento a más no dar. Pero lo que Chiclayo no tenía en playas lo compensaba con historia y cultura.

La Mochica fue una civilización que habitó la desértica costa norte de Perú entre 1.700 Y 1.800 años atrás. Es considerada como una de las civilizaciones más complejas y desarrolladas que existió en la antigüedad del país, creadora de la primera organización política un poco más progresista en la zona andina. La nación moche tenía un estado militarista-teocrático donde no existía un gobierno central, sino que había un grupo de señoríos independientes encabezado por un curaca, jefe político y administrativo del ayllu. El soberano, que recibía el título de *cie-quich*, pertenecía a la nobleza militar y desempeñaba un importante

papel en los rituales que se celebraban en las huacas, núcleo principal de los Estados.

Contaban con ejércitos profesionales para el control, la dominación política y la seguridad territorial. No desaparecieron a causa de las guerras sino por las fluctuaciones climáticas que afectaron su modo de vida. Debido a la aridez de donde habitaban los mochicas, aprendieron el arte de la irrigación artificial. Desviaron el agua de los ríos de Los Andes y crearon sistemas de acueductos para desarrollar su agricultura. Pero no pudieron con el fenómeno climático del niño y los aguaceros destruyeron sus construcciones de barro, luego vinieron los ciclos de sequía que duraron tres décadas y así se fueron por algunos años, de la lluvia a la aridez, hasta que tanto cambio los hizo desaparecer. El golpe final había sido la extinción de su último recurso alimenticio: los peces.

En el momento que por fin salió el sol en todo su esplendor sobre Chiclayo y abrieron las agencias de buses en el terminal terrestre en Lambayeque, compré de inmediato un pasaje hasta Lima para esa misma noche. Como no me gustaban las van turísticas, me apronté a la salida para averiguar cómo podía llegar a las ruinas del Señor de Sipán en el valle de Moche que estaba a 35 kilómetros al este de donde me encontraba. Pese a las amenazas de los taxistas de que si caminaba sola me iban a asaltar, emprendí rumbo por la Avenida Bolognesi hasta el Terminal Terrestre Línea Chiclayo, donde tomé un mini bus hasta las ruinas de Sipán a través de campos verdes con plantaciones de cañas de azúcar-

Fui la única que se bajó en la Huaca Sagrada. Salvo rápidos grupos visitantes que daban una vuelta corta escuchando mil datos

por minutos y se iban, pocas personas transitaban a un ritmo pausado por los pasillos. Yo me había atrapado en el Museo de Sitio de Huaca Rajada de Sipán. Lo lúgubre de las salas mezclado con el brillo del oro de las piezas encontradas en la tumba del sacerdote guerrero que eran exhibidas, dilataban y contraían mis pupilas decenas de veces por minuto mientras me paseaba entre los ornamentos de rango y de mando que alguna vez le pertenecieron a la divinidad.

Recién en 2007, en las temporadas de excavación arqueológica, habían sido recuperados los adornos y joyas de la máxima entidad de la civilización moche que ahora eran albergadas en un museo - inaugurado el 29 de enero de 2009-, que contaba con un área de 100 metros cuadrados. El Museo de Sitio de Huaca Rajada de Sipán era bonito, pero no se diferenciaba mayormente con el Museo de Tumbas Reales construido en la ciudad de Lambayeque, a diez minutos hacia el norte de Chiclayo en transporte motorizado, y a donde me dirigiría después. Lo que sí aprendería ahí sería que los huaqueros – profanadores de tumbas- eran lo peor visto en todo Perú.

Lo distinto, y que no se podía ver en otro lado, eran las ruinas de lo que alguna vez había sido una gran civilización, donde las más notables de sus construcciones eran las Huacas del Sol y de la Luna cimentadas. En ese lugar los moches erigieron palacios y templos como complejos religioso-administrativos de carácter monumental, donde ahora sólo quedaban las tumbas con arena que parecía derretida y árboles desmayados a su alrededor. Todo se había venido abajo. Su agricultura, sus templos, su civilización.

Según los hallazgos encontrados, el Señor de Sipán tenía alrededor de 40 años cuando murió. De estructura ósea no corpulenta y con un metro 66 centímetros de altura -estatura envidiable para la época-, no había indicios de que hubiese muerto de manera violenta. Se presumía que probablemente había perecido debido a una epidemia o enfermedad. Y desde las alturas la verdad es que su cuerpo se veía más diminuto aún. Sus pequeños huesos ordenados con la forma de su cuerpo en el suelo y con sus ornamentos sobre él era un elemento más de todo lo que significaba su tumba. Su cámara funeraria estaba compuesta por un total de ocho personas que lo acompañaban: tres mujeres jóvenes, dos hombres hacía ambos lados, un niño, un soldado guardián y un vigía, además de dos llamas y un perro.

Lo mismo que vería con el deslumbrante brillo del dorado un par de horas más tarde en el Museo Tumbas Reales del Señor de Sipán construido en 2007, con un diseño arquitectónico que buscaba recrear una antigua pirámide trunca de la época preincaica de la cultura mochica, donde se mostraba la tumba del Señor de Sipán hallada en 1987 por los arqueólogos peruanos Walter Alva Alva y Luis Chero Zurita. Recorrería sus pisos aprendiendo de las fases de la cultura mochica, de la composición de su sociedad, de la destreza de su civilización a la hora de crear sistemas de regadíos con los que pudieron transformar terrenos desérticos en fértiles zonas para la agricultura. Donde existirían más de treinta variedades de cultivos, entre ellos el tabaco y la coca.

Pero el museo no sólo consistía en mostrar la grandeza de la cultura mochica, sino que además presentaba materiales arqueológicos pertenecientes a todos los períodos y culturales que

se desarrollaron en la costa norte del Perú. La moche, la chimú, la Recuay y la Chavín, entre las que la memoria me permite recordar.

— Los símbolos de mando, rango y poder encontrados en su ajuar funerario, evidencian que fue la más alta investidura de la elite Mochica: quien resumía el poder político, militar y religioso de la época en los años 600 d.C. Su estatus y autoridad fueron heredados, sustentando su poder como descendientes de las divinidades. Estamos hablando del Señor étnico del valle de Chancay — fue lo último que leí sobre el Señor de Sipán antes de irme de Chiclayo.

ILEGAL

Cuando crucé desde Ecuador a Perú por Huaquillas, en bus de la empresa Ormeño a la mitad de la noche, los funcionarios de migración me notificaron que según el sistema llevaba casi cinco años de ilegal en dicho país. Por consiguiente, iban a hacer una excepción permitiéndome la entrada pero de no regular mi situación, no podría volver a Chile sin antes tener que pagar un dólar por día, algo así como 1.825 dólares, 1.013.000 de pesos chilenos, que equivalía a meses de arriendo, a meses de universidad, a meses y meses de garzoneo.

Salí de la oficina de Migraciones preocupada a fumar un tabaco para explicarle a Anto lo que acababa de suceder y lo que había ocurrido cinco años atrás.

— La última vez que vine a Perú fue en 2009. Recuerdo que llegué en un bus a Tacna donde conocí a un chileno que me apadrinó y juntos tomamos un minibus que nos cruzó hasta Arica. Tenía tanta fiebre ese día que la verdad no sé si me timbraron o no el papel, pero de lo que sí estoy segura es de que el conductor paró en el control migratorio, que se metieron a revisar el mini bus, que sacaron contrabando entre los asientos e incluso a más de una persona no la dejaron cruzar — señalé.

Aún así me tomé mis días en llegar a la capital de Perú a solucionar el problema, ya que consideraba que mi supuesta estadía ilegal era un mal entendido que no tardaría en resolver de una manera fácil, rápida y efectiva. Por eso no me preocupé en la playa de Máncora y ni siquiera lo pensé el día que visité las ruinas del

Señor de Sipán. Pensaba que todo iba a ser sencillo y rápido en migraciones peruanas, que era obvio que entenderían mi situación, que esto no era más que un simple error. Sin embargo, en el consulado chileno me enteraría que esto sucedía más seguido de lo que yo habría podido llegar a imaginar.

Fui a la oficina de la Superintendencia Nacional de Migraciones. Después de más de una hora de espera y de que casi me dejaran sin entrar, los funcionarios de migraciones me dijeron que tenía que llevarles una carta del Cónsul de Chile en Perú, Juan Pablo Crisóstomo Merino, dirigida al Superintendente de Inmigración y Naturalización de Perú solicitando que ingresaran mi entrada a Perú debido a que no me habían sellado el pasaporte por encontrarme presuntamente ilegal en el país. Era un día viernes y recién podría volver el lunes a hacer mis trámites, el mismo día que a las 9 de la mañana salía mi bus con destino a Santiago de Chile.

Durante el fin de semana no me quedó otra que hacer vida turística en la ciudad. En consecuencia, tomar sol sobre las piedras de la playa la Pampilla, frente al Malecón Cisneros; recorrer el distrito de Barranco, situado en la parte sur de la ciudad, y el paseo Chabuca Granda hasta llegar al Puente de los Suspiros; contemplar el atardecer en el Parque del Amor cerca de la escultura El Beso, creada por el artista peruano Víctor Delfín e inaugurada el 14 de febrero de 1993; y visitar los malecones me pareció lo necesario para hacer del fin de semana un tiempo ideal.

Ya había ido hasta la Avenida Javier Prado Oeste 790, en el sector de San Isidro, donde la funcionaria del Consulado de Chile en Lima me había escrito la carta solicitada por la Superintendencia Nacional de Migraciones de Perú. Yo era la segunda chica que

llegaba con el mismo problema en un mes y la situación se debía a que muchas veces los funcionarios en las fronteras peruanas se olvidaban de ingresar los papeles al sistema, lo que luego provocaba este tipo de complicaciones engorrosas de solucionar.

La mañana del día D estaba a las 8 en punto afuera de la Superintendencia Nacional de Migraciones cuando abrieron las puertas. Ingresé al recinto con mi carta y una copia de ella, la fotocopia de mi carnet de identidad, del pasaje en bus de Cruz del Sur que señalaba que ese mismo día partía de vuelta a Chile en casi una hora más. Había llevado todo ordenado, tal como me habían dicho, sin cambiar ni una coma, ni una tilde, pero aún así lo querían hacer difícil. Y cuando vi que los minutos pasaban, que el bus pronto se iría y que nadie me decía nada sobre si podría irme o no, me dirigí a la ventanilla y les rogué que por favor se apuraran porque si no iba a perder el bus. Ni siquiera habían revisado mis papeles.

Cuando finalmente logré salir del edificio de la calle España corrí a la Avenida Alfonso Ugarte en busca de un taxi. Era necesario que cuanto antes llegáramos al Terminal de la línea de bus Cruz del Sur en la Avenida Javier Prado Este, por lo que el chofer tuvo que volar. Y me bajé rápido y entregué los boletos y pesé la mochila e hice la fila y me subí al bus y busqué mi asiento y apoyé mi cabeza en la ventana y finalmente dormí sabiendo que en tan sólo dos días más ya estaría de vuelta en Chile sin la necesidad de haber tenido que pagar 1.825 dólares, 1.013.000 pesos chilenos, que equivalía a meses de arriendo, a meses de universidad, a meses y meses de garzonear.

OTOÑO



URUGUAY



TRANSBORDO

Camino a convertirse en el Picadilly Circus de Londres o en el Time Square de Nueva York, la plaza del Obelisco de Buenos Aires estaba llena de pantallas centelleantes, indicadores de la bolsa y publicidad de bebida negra. Y a metros una organización social conocida como La Poderosa había levantado una Carpa Villera. Era la dualidad Argentina en su máximo esplendor.

Parado bajo el ícono de la ciudad, un especie de falo gigante construido en 1936 con motivo del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires, me esperaba un amigo iluminado por pantallas y sus cambios de publicidad. A quien conocí en mi primer mochileo en 2009, quien había seguido siendo mi amigo gracias a la tecnología y la modernidad, con quien compartía mi vida pese a encontrarnos a 1.407 kilómetros de mí. Marcelo Rodríguez es su nombre, no lo vaya a olvidar.

La última vez que estuve en Buenos Aires había sido hace más de diez años atrás. Esa vez nos quedamos en el Hotel República en la calle Cerrito, casi en plena Avenida 9 de Julio, junto a mi familia. En ese tiempo ya me asombraba la loca rapidez de la metrópoli trasandina, el ruido de sus calles, el tumulto en el metro a ciertas horas, lo desagradables que eran muchos de sus habitantes a la hora de gritar lo que ellos consideraban piropos en la calle. De seguro en esos años en Buenos Aires ya existía lo que hoy se conoce como tráfico peatonal. Eran los primeros años del siglo XXI.

Volver una década después era como regresar a un nuevo pero pseudo conocido lugar. En el camino a la urbe desde el aeropuerto, uno se quedaba atascado en tacos eternos, con la banda sonora de las bocinas de fondo, o veía pasar a los automóviles como si fueran estrellas fugaces por los lados. Luego, para cruzar la 9 de Julio con dirección al Río de la Plata parecía necesario realizar una especie de danza de un lado hacía el otro para evitar ir chocando de frente con los que venían en dirección opuesta por Avenida Corrientes. No recordaba las calles, los atajos, las picadas. Aunque estando con Marcelo eso eso daba un poco igual. Nos volvíamos a encontrar una fría tarde de junio cinco años después de habernos conocido.

El Marce me esperaba con una sonrisa gigante, con un abrazo apretado y con muchas cosas nuevas para contar en las casi tres horas que tendríamos juntos. Así que rápidamente nos pusimos en marcha rumbo a un bar hasta que algo llamó mi atención. Carpa Villera, decía un cartel al lado de lo que parecía una tienda verde musgo de camping tamaño familiar, o de circo, o de puesto para donar sangre itinerante, la cual estaba dividida en dos.

La Poderosa, un colectivo nacional que lucha por reivindicaciones sociales, exigía mejoras en los barrios marginados que beneficiarían y aportarían a la dignidad de quienes vivían en ellos. Luchaban por la urbanización como derecho de vida, razón por la cual aguantaron 54 días acampando hasta que la Corriente Villera Independiente (CVI) y La Poderosa alcanzaron un principio de acuerdo con el Gobierno de la ciudad luego de intensas negociaciones. Lo que lograron eran exigencias mínimas: tendido de luz, agua potable y ambulancias para las zonas de Bajo Flores y Retiro.

Retiro no es un lugar cualquiera. Es el barrio donde se encuentra la terminal de micros más grande de Argentina, ladeado por los extremos sociales: de un lado, la villa más habitada del país; del otro, la opulencia del Hotel Sheraton, todo un símbolo cinco estrellas de la clase alta.

Desde hace algunos años las reivindicaciones sociales en Argentina han florecido. Sólo en junio de 2014 los vecinos de la Villa 31, ubicada en Retiro, realizaron piquetes en la autopista Illia por cortes de luz; el grupo Quebracho había cortado la autopista de Buenos Aires reclamando por falta de recursos desde el gobierno a las organizaciones sociales que les impedía tener insumos para abastecer los comedores sociales; y un grupo de empleados de la autopista Gestamp cortaban las avenidas Corrientes y Callao luego de una semana en la que habían tomado la fábrica en Escobar en reclamo de la reincorporación de 69 compañeros despedidos.

Entre tanto en Chile se anunciaba que habían rechazado el proyecto de HidroAysén, que consistía en la construcción y operación de cinco centrales hidroeléctricas –dos en el río Baker y tres en el río Pascua– luego de acoger los recursos de reclamación interpuestos por la ciudadanía. Wilfredo Alfaro, de la Corporación Nacional Forestal (Conaf), declaraba al diario La Tercera que “Chile es uno de los países que más se ha visto afectado por el cambio climático en el mundo. Desde 2007 hemos estado en un proceso largo de sequía que ha mantenido una reducción de 30% a 50% de las precipitaciones dependiendo de la región”; y pese al frío de pleno invierno aún no empezaba a llover.

Pero mientras en San Telmo, Marce y yo nos acomodábamos en una mesa del bar Seddon en la esquina de las calles Defensa y

Chile. El inmueble compartía un poco de terreno de cada una de ellas. Si en mi país esas dos palabras estuvieran así de cerca la realidad hace muchos años sería otra. Frente, nos observaba Mafalda de reojo sentada cómodamente en una banca blanca, como parte del paseo urbano de la historieta. Y el bar de techo alto, piso de cerámica blanca y negra que se asimilaba a un tablero de ajedrez, muebles de madera, decorado con esculturas, lámparas gigantes y un gran reloj en su pared. Entre Quilmes y Quilmes, el Seddon se fue convirtiendo en el tercer confidente de nuestras vidas.

Cuando salimos ya un poco borrachos camino al terminal de Buquebus que me cruzaría hasta Colonia del Sacramento en Uruguay, era otro el Buenos Aires que ahora llevaba en mente. En las calles de San Telmo no estaba la feria de antigüedades, con lámparas de lágrimas y un viejo parrillero que pintaba cuadros y que le coqueteaba a mi abuela. Corría el viento por las arterias vacías, volaban las hojas, calaba el frío y empezaba a llover otra vez. Había albergado la dicha del reencuentro, del reconocimiento en la mirada, del gracias a otro recordar una vez más quién era yo.

OTOÑO EN LA REPÚBLICA ORIENTAL

“Yo tengo pintada en la piel la lágrima de esta ciudad, la misma que da de beber, la misma te hará naufragar”

Montevideo – Jorge Drexler

Bajamos las escaleras del edificio y en la entrada, justo frente al negocio, me dio un beso en la mejilla y me dijo simplemente que estuviera bien.

— ¿Dónde me puedo ir?— le pregunté.

—Está el Pocitos y cerca hay un hostel que se llama Unplugged— me respondió.

Pasé a la tienda de la esquina, compré cigarros y continué sin rumbo. Caminé porque no sabía dónde estaba, a dónde iba, no conocía a nadie más en Uruguay y en ese deambular mental se acabó mi actitud estoica. Pasé por una esquina y ahí estaba él, en silencio, viéndome como si yo no existiera. Seguí.

Cinco minutos antes de entrar al baño había puesto *Florence and The Machine* a sonar en el celular. Me saqué la ropa, me metí a la ducha y dejé que el agua escurriera por mi cabeza mientras sentía cómo de a poco iba mojando mi pelo con *Dog days are over* sonando de fondo. Instalé mi cara bajo el chorro para quitarme la sal. Cuando volví a la pieza sequé mi pelo con una tranquilidad marcial, comencé a armar mi mochila una vez más y cuando terminé de ordenarla le avisé que estaba lista.

Al rato de caminar me detuve en un paradero teniendo alguna idea de qué micro podía tomar, pero no entendía nada. Por primera

vez para mí las calles de Uruguay estaban incómodamente llenas de gente. Me senté sobre mi mochila y me largué a llorar como una niña, sin que respirar profundo pudiese contener el llanto, sin que la vergüenza de estar rodeada de personas me hiciese parar. Quería estar en casa echada en mi alfombra roja, mirando el huerto en la ventana, sintiendo el sol en mi cara.

La primera vez que viajé a la República Oriental quería conocer a Pepe Mujica y escribir de los Pepe de Uruguay. Contar cómo José Artigas se convirtió en el máximo prócer de la patria gracias a sus triunfos en las luchas independentistas. Relatar que Uruguay fue pionero en la creación de un sistema educativo, laico, gratuito, obligatorio, iniciado en 1877, gracias a la iniciativa de José Pedro Varela. Hablar de las leyes que aprobó en la década de 1910 el periodista y presidente José Batlle y Ordóñez: jornadas laborales de ocho horas, seguridad social, protección del trabajo femenino y abolición del trabajo infantil.

Decir incluso que durante el gobierno de Batlle, en 1907, se aprobó la primera Ley de Divorcio que planteaba un régimen de divorcio por mutuo consentimiento o por sola voluntad de la mujer. ¡Ya en 1927 era reconocido el derecho de las mujeres al voto!, convirtiéndose así en el quinto país en el mundo y el primero en América Latina que aprobaba esta ley. Eso sí, en 1938 fue la primera vez que las mujeres pudieron participar en la elección del Gobierno Nacional y de los miembros del Poder Legislativo. Lo que se logró gracias a la labor de mujeres como Paulina Luisi, la primera mujer en Uruguay en obtener el título de bachiller y la primera en graduarse de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República.

Pero no sólo buscaba escribir de su historia, de datos y fechas. También quería hablar de sus vacas y del problema que podrían causar si éstas se alzaran algún día. O señalar que el nombre definitivo de la República Oriental del Uruguay, proveniente de la lengua guaraní, se adquirió luego de la reforma constitucional de 1918 y que según la versión más aceptada significa Río de los pájaros pintados. Hasta estaba interesada en investigar más sobre su proyecto de ley marihuanesca y entender cómo era posible que el precio del gramo se fijara en sólo un dólar, cuando en Chile por lo bajo se pagan veinte por la misma cantidad.

— Queremos arrebatarle al narcotráfico su mercado — dijo José Mujica durante su discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas en el 2013.

La decisión no era arbitraria, insensata, ni menos populista. Según las cifras de la Junta Nacional de Drogas de Uruguay, publicadas en el diario *El País*, alrededor de “120.000 personas consumen marihuana al menos una vez por año. De estos, 75.000 lo hacen al menos una vez por mes y 20.000 todos los días.”

Sin embargo, mis planes indagativos se vieron truncados por un problema: me había enganchado de un uruguayo. Por lo que mis visitas dejaron de ser de turista o de viajera; había entrado a jugar de local. Aún así, de a poco se empezaba a apagar la idea que había nublado mi juicio por tanto tiempo y comenzaba a ver las cosas como eran.

Cuando crucé en el ferry de Buenos Aires a Colonia la emoción se traducía en un carnaval en mi pecho. Pasé la tarde en San Telmo tomando cervezas con mi viejo amigo Marcelo, en Chile había

dejado mis tareas cubiertas para poder desaparecerme una semana de mi vida sin ningún problema y a esa altura, después de casi un mes y medio, sólo lo quería ver. Cuando salí del terminal y lo encontré esperándome al lado del auto vi la apariencia de la felicidad: tenía pantalones con bolsillos a los lados, el chaleco que había comprado en Chile antes de volver y, como no podía ser de otra manera, llevaba puesta una sonrisa.

Transitamos por las calles de la ciudad colonial, divisamos las luces del país en el que hacía menos de dos horas había estado, paramos en el mirador de las bancas caídas y aplanamos los adoquines buscando un local para cenar, pero a esa hora casi ni sombras se veían. Por lo que nos subimos al auto, pasamos por una bomba de bencina a comprar suministros y emprendimos viaje a Montevideo entre estrellas y oscuridad. Entre risas y cantos radiales. Mi disneylandia rioplatense.

Poco antes de viajar me había preguntado con qué quería que me esperara y sin tener que pensarlo mucho había respondido que lo que más deseaba era ese helado de macadamia que tanto amaba y que en Chile no vendían. Al otro día de llegar le pregunté si lo tenía, pero no. No recuerdo si me habrá dicho que se le había ido, que no tuvo tiempo, o que algo pasó, pero no olvidé la sensación de no sentirme completamente esperada. Los detalles pueden resultar decisivos. Y ese, ese “no” suyo, había empezado a derretir nuestra historia.

Las discusiones tecnológicas siempre son posibles de detener. Se corta la llamada, se apaga el internet, se cierra la pantalla. En vivo y en directo es otra cosa. Nos enrostrábamos que a ti te interesa lo material, que siempre olvido los regalos, que no me

gustan y no me molesto cuando tú me los haces, que me había invitado a ir a Uruguay. El momento no mejoraba y yo sólo pensaba en la molestia sin ser capaz de ver ninguna solución.

Ahí quedó el almuerzo, la inauguración del Mundial de 2010, aprovechar nuestra primera tarde juntos en mucho tiempo. La pelea no discriminaba escenarios: en calles silenciosas, en piezas separadas, en un día de lluvia torrencial.

Al otro día ni la brisa del Río de La Plata -ahí donde se unen los ríos Uruguay y Paraná-, ni las vueltas en auto por la rambla, ni el sol que había aparecido después del día de tormenta pudieron despejar nuestras cabezas. Y vino la vuelta en U, la severidad de que me llevaba a la casa para hacer mi bolso e ir a dejarme al terminal, todo eso mezclado con mi parquedad y sus golpes en el manubrio manejando a lo Michael Schumacher. La vida en Uruguay también podía ser adrenalínica. Y en un momento todo giró en 180 grados: yo ya no me iba, desarmaba mi mochila, me subía en el auto y partíamos a recorrer la costa del departamento de Maldonado.

Llegamos a Piriápolis y era como estar en la película *Whisky* de Pablo Stoll y Juan Pablo Rebella. Él, sin lugar a dudas, representaba a Jacobo: tosco, serio, perdido. Yo, por mi parte, trataba de hacer de Marta: sonreía muy de vez en cuando, observaba, callaba. Mientras pasábamos frente al Hotel Argentino yo recordaba la escena del auto rojo, el sónico del viento, la playa desierta. Ese día la ciudad estaba casi igual: hacía frío, casi no se veían personas por las calles y el viento no paraba de soplar. Esa sensación aumentó cuando subimos al Cerro San Antonio a contemplar el balneario.

No caminamos por la playa, ni sentí el agua del mar en mis pies, menos pude cerciorarme si aún existían las máquinas para agarrar peluches que aparecían en la cinta uruguaya. Me quedé con las ganas de utilizar las aerosillas suben hasta la cima del cerro. Me perdí divisar a la Virgen de los Pescadores camino a la cumbre del Cerro Inglés, o el Cerro San Antonio, o el nombre que tuviese. Sólo escuchaba datos turísticos y notas históricas que ya habían empezado a confundir mi precaria capacidad de retención en una situación como esa.

Seguimos rumbo a Punta del Este, estacionamos en Punta Ballena y vimos lo poco que quedaba del atardecer. Atrás se veía Casa Pueblo, esa clásica edificación blanca que le tomó al artista uruguayo Carlos Páez 36 años construirla.

— Escultura habitable — la denominaba él.

Y para mí, hasta ese entonces, no era nada más que eso: la atracción turística de Uruguay. ¿Y él? Él era el artista, el constructor, el arquitecto. Pero no sabía que su hijo había estado en el avión que transportaba al equipo de Rugby *Old Christians* y que se estrelló en la Cordillera de los Andes el 13 de octubre de 1972. Menos podía imaginar que Páez padre se había convertido en uno de los líderes en la búsqueda de los sobrevivientes y menos que luego de esa experiencia había escrito un libro que tituló *Entre mi hijo y yo, la luna*. Sólo sabía que Carlos Páez hijo había sido uno de los 16 que se salvó. Pero insistían en darme información mientras yo sentía que me congelaba del frío que hacía. Lo único que seguía escuchando eran anécdotas de lugares, de personas, de turismo. Cáscara. Ruidos.

Nos volvimos de noche después de ver el primer partido de Chile en el Mundial, contra Australia. Dimos la vuelta de rutina por la ciudad y comenzamos el regreso con más habladurías de los muchos edificios que había en Punta del Este, de que casi el 70 por ciento de los inmuebles era propiedad de argentinos, que la playa se llenaba en verano y que fuera de temporada casi no había personas en la ciudad. Yo simplemente miraba por la ventana todas esas luces apagadas, las habitaciones vacías, sacaba mi mano y sentía el viento en mis dedos.

Al otro día salimos rumbo al distrito de Flores, el último departamento que se creó en el país en 1885 mediante un acuerdo político que autorizó quitarles la mitad del territorio a sus vecinos de San José. Antiguamente era llamada Santísima Trinidad de los Porongos, o simplemente Porongos, pero con el tiempo pasó a ser conocida como la Santísima Trinidad. Una ciudad pequeña, donde subsistía el almacén de barrio, donde los edificios no tapaban la ciudad, donde la población total, según el último Censo oficial realizado en 2011, era de tan solo 21.429 habitantes.

La Santísima Trinidad era como una mezcla de Olmué y Casa Blanca. Al llegar había mucho verde, los campos eran extensos, el horizonte eran árboles y en la entrada había vacas de las blancas, las rojas y las negras e imaginé su posible revolución donde se negaban a dar más carne, a producir más leche. Tenía la típica plaza con las construcciones importantes alrededor: la Iglesia, el cine, el club social. Más allá, casi por la periferia, se encontraba el Parque Centenario que se supone es el espacio abierto más popular, que cuenta con un lago artificial y un puente colgante que nunca visité. La ciudad era un cuadrado perfecto.

Cuando retornamos a la capital, al departamento más pequeño - y el más poblado- de los 19 territorios del país. Volvimos a sus 62 barrios, a rodearnos de esas casi dos millones de personas. Nos encontrábamos en el VI monte de Este a Oeste, en el Pináculo de la Tentación, en el Monte de la Detención, en Nuestra Señora de la Candelaria, en el Monte de San Pedro, en Santo Vidio, en Monte Oviedo, en Monte Seredo. Habíamos regresado a todas esas versiones que describen el cerro de 148 metros de altura, protector de la bahía y símbolo de Montevideo.

Pero no paso mucho y la bomba explotó. Se hicieron evidentes los contras de viajar sola: cuando sucede un hecho de significancia o real magnitud no hay dónde ir, a quién acudir, ningún lugar para esconderse. Una tiene que hacer frente a los miedos, sobrellevar las penas y seguir. Es imposible creerse una avestruz y esconder la cabeza, obligadamente se aprende a afrontar. Aún así fui a un hostel y me encerré en mi cuarto. Lloré hasta quedarme seca y dormí. Había que aguantar una noche más y ya estaría de vuelta en casa, pensé.

Me fui al otro día esperando encontrarlo en el terminal, revisando mi celular cada cinco minutos, pero volví igual de sola como la primera vez que llegué un año atrás. A veces, lo que florece en primavera no aguanta después con el otoño. Hasta ahí no más me llegaba el *Amándote* de Jaime Ross. Ahí se quedaba Bernardo. En Santiago el mate ya se había acabado y su termo que dejó abandonado se llenaba de sarro de agua chilena en un rincón de la cocina.



INVIERNO



CIUDAD VIEJA

Cuando canjeé todas mis millas por un nuevo pasaje a Uruguay no estaba pensando claramente. Era un arrebato desesperado, los últimos manotazos de un ahogado que quiere vivir. Pero en el momento que comprendí que me estaba aferrando a una ilusión de reparar algo que era irreparable, decidí tomar el viaje como unas merecidas vacaciones y acepté gustosa la compañía de alguien más.

De techo alto y piso de madera, la decoración y el diseño de nuestra habitación en el Spléndido Hotel se había quedado detenida en los años 30 o 40. Las murallas estaban pintadas de celeste y todo el resto era blanco. El tocador con su espejo redondo, el sillón de cuerina frente a la cama, la colcha de dos plazas, el armario de cuatro puertas ubicado al lado izquierdo de la entrada. Incluso el marco del espejo que colgaba en la cabecera de donde dormíamos era blanco.

Blanco. Al igual que las toallas que colgaban al lado del pequeño lavamanos incluido en la habitación y que el marco de la ventana que daba a nuestro balcón sobre los pubs y restaurantes de la calle Bartolomé Mitre. Desde ahí se sentía la brisa fresca de finales de invierno y podíamos ver el despertar de la capital. Estábamos en pleno barrio viejo de Montevideo, a metros de la transitada Peatonal Bacacay y cerca de la Ópera de la ciudad.

Las ciudades se ven distintas cuando se recorren y se observan de a dos. Por lo mismo, esa vez en Uruguay lo más importante no fue visitar el Museo del Carnaval, ni caminar parte de los 22

kilómetros de extensión de la rambla, ni ver el sol hundirse en el Río de la Plata echados en el pasto del Parque Rodó a metros del monumento de Confucio. Tampoco pasar una tarde en una balneario con el mismo nombre de la mítica isla perdida en las profundidades del mar, Atlántida, y que no contaba con más de cinco mil seiscientos habitantes.

Lo trascendental no fue ver un partido de fútbol en el Estadio Centenario entre Peñarol y Sud América, ni tomar cervezas artesanales en la chopería Mastra de Pocitos. Menos iba a ser una meta visitar el Teatro Solís, o sacarse fotos en la Plaza de la Independencia, o caminar hasta la Avenida de las Leyes para apreciar el Palacio Legislativo en todo su esplendor. No íbamos con la misión de ir tachando cosas por hacer en una lista. Ni siquiera habíamos planeado viajar juntos para allá, sino que simplemente todo se dio. Entonces, lo distinto finalmente fue lo que ocurría alrededor de las cosas que hacíamos. Era como una prueba para mí y la aprobé.

Todas las mañanas desayunábamos en un pequeño café de la esquina, el Demetrio-Boutique Gourmet. Té, café, jugo de naranja. Tostadas, mermelada, medias lunas, queque. Siempre era lo mismo pero nunca era igual. Había vuelto a Montevideo luego de que me arrepintiera de mi precipitada e infantil decisión. De seguro habría sido todo muy distinto viajando sola pero tuve la suerte de volver a vagar por sus rincones junto a alguien más. Y me reconocía día a día en los mismos ojos del niño que había conocido cuando tan sólo tenía trece años, que dejé de ver un poco antes de cumplir quince. El mismo que me topé en un cumpleaños casi diez años después.

El plan inicial había sido ir a visitar a B. Pero luego de tener el pasaje en mi mano no pasaron muchos días para que cayera en la cuenta del error de mi precipitación. Ya no era posible cambiar la fecha o el destino, menos pensar en la opción de que me devolvieran las millas. No, no, no. Pero lo que parecía un castigo terminó convirtiéndose en una oportunidad. Una oportunidad perfecta para reconocer la ciudad, para visitar nuevos lugares, para hablar con otras personas, para despertarme con otra vista y para darme cuenta de que de lo que verdaderamente me había enamorado era del ritmo, de la tranquilidad. Me había enamorado de mi estando en Uruguay.

Fue distinto averiguar y tomar un bus desde el aeropuerto, que se encuentra en el Departamento de Canelos a dieciocho kilómetros del núcleo urbano, a Ciudad Vieja y no al Barrio Pocitos. Perderme otra vez por las calles hasta poder dar finalmente con el hotel. Se sentía bien, me sentía viva. Era la sensación que extrañaba, la de verdaderamente viajar. Y cuando entré a la pieza y dejé mi mochila, decidí caminar hasta el supermercado de Pocitos donde sabía que vendían el helado de la discordia. Lo compré y me fui a ver el reflejo de la luna llena en el río de la Plata mientras cuchareaba hasta la última gota de vainilla con nueces de macadamia caramelizadas. Volví al hotel con calma de uruguaya y me tiré en el sillón a leer sin ningún apremio esperando la llegada de mi acompañante.

En vez de andar lamentándome por las esquinas por alguien que ya ni siquiera vivía en el país, como quizás pudo ocurrir de haber viajado sola, por los días sonreía aplanando aceras, disfrutaba el almuerzo de pastas en fuentes de soda, me divertía cuando mirábamos vitrinas de tiendas de música en la Avenida 18 de Julio

que exhibían discos desde Jardín Interior, de Carlos “Pájaro” Canzani, hasta Acostumbrados, con pura murga de Momolandia. De día tomábamos sol en la playa, de tarde veíamos fútbol y por las noches tomábamos Jamenson.

La Ronda Café, decía en su fachada, de noches era un bar que se encontraba frente a la Plaza España a tan sólo unas cuerdas del Spléndido Hotel. Sus murallas eran pizarras gigantes que especificaban todo lo que había, salvo la del lado izquierdo. Nick Cave, Good Morning Vietnam The Beatles, Music from Big Pink, Bob Dylan, Alejandro Escovedo, Lou Reed, The Zombies, Robert Pollard, Fernando Cabrera, eran algunos de los vinilos que decoraban esa pared. Con pequeñas mesas de madera redondas, una especie de barra en el centro y baños rayados por doquier, La Ronda no debe haber tenido más espacio que veinte metros cuadrados pero tampoco necesitaba más.

Mientras adentro sonaba el toca discos, afuera se iba llenando la mesa larga estilo camping. Era el mismo lugar donde en mayo de 2002 nació Ronda de Mujeres (RDM), definido por ellas como un “acontecimiento cultural que despliega sensibilidad femenina como valor creativo y generativo, más allá de cualquier estereotipo de género”. El mismo lugar donde Felipe Reyes, el impulsor del bar, creó los famosos masticables: una masa estilo wraps; con una salsa que mezcla queso, crema de leche y jugo de limón; y que puede ser rellena con carne, pollo o vegetales. Era el mismo lugar donde en una noche conocimos al fotógrafo Oscar Bonilla y compartimos todos en una mesa sentados junto a sus amigos, entretanto lo escuchaba hablar de sus años en Suecia y su vuelta a Uruguay.

La Ronda englobaba lo que me había gustado de esa ciudad. Su hospitalidad, simpatía, progresismo, cultura. El ritmo pausado de su gente, las tertulias de cualquier tema, con cualquier persona, de cualquier edad. El gusto por tomar, por comer, por reír, por darse un tiempo, por vivir. Era la magia de Montevideo.



LOS BUENOS AIRES

¿Qué olores te gustan? A pasto recién cortado, a mar chileno, a tierra mojada, a aire antes de que llueva, a madera, a hojas de libro nuevo, a bencina, a melisa, a lavanda, a albahaca, a café (más que su sabor), a cuando hornean facturas, a cabeza de bebé.

— Una vez conocí a una persona que olía a anís, otra que olía a madera, pero creo que nunca lo entendieron — le conté. — Quizás no se los explicaste bien — me dijo.

Sonaban las sirenas frente al Palacio del Congreso de Buenos Aires, ahí en la Avenida Entre Ríos. Pocas horas antes, cuando recién pasaba por el lugar, había divisado una fila de carros de bomberos y concluí que quizás eran ellos los que estaban haciendo tanto ruido.

— Algo estarán celebrando — deduje.

Quizás era como cuando en Santiago suena el cañonazo de medio día —algo típico del lugar que hasta ahora no me había percatado-, o tal vez era el día del bombero y yo ni siquiera estaba enterada. Pero no. Empecé a escuchar el ruido de los bombos y atrás de ellos apareció una procesión. *Unión Ferroviaria*, decía el lienzo que los precedía.

Imaginé la Alameda en Chile con la calle llena de gente, vi la formación de la batucada e inventé en mi cabeza las pancartas de lucha. Esperaba ver cuadras y cuadras de personas manifestándose, bailando, cantando al estilo de marcha chilena, pero cuando los vi aparecer no podía creer que un grupo tan pequeño de sujetos

podiese hacer tanto alarde. No eran más de 30 los que recorrían la Avenida de Mayo rumbo a la Casa Rosada.

Caminé unos metros hasta la calle Montevideo, la crucé y volví a sentarme en el mismo lugar que el día anterior. Era una esquina de pasto seco desde donde se veía el Congreso de fondo y la fuente en primer plano. Podía escuchar los pajaritos revoloteando entre los árboles con el ruido de la ciudad de la furia detrás. Llegaba sol pero corría viento y me volé con él.

Regresé a Chile y a las millones de banderas que veía por todas partes antes de partir. Me traté de hacer una idea de cómo se debía estar desarrollando ese ansiado 18 de septiembre y las fiestas patrias. Pero la verdad era que no extrañaba nada. No deseaba estar tomando ni chica ni terremoto, ni bailando cueca o cumbia, ni comiendo anticucho o choripán. Me daba completamente lo mismo perderme la festividad nacional. Lo único que anhelaba era sentir la brisa del viento con el cielo lleno de volantines, nada más.

El corte de luz matutino había cambiado todo el pronóstico mañanero. No hubo mensajes de celular dando señales de vida, ni revisión de nombres de libros por internet, ni noticias televisivas. En vez de eso agarramos el termo, el matero, la hierba y nos fuimos a la plaza a conversar. Unos chicos fumaban porro del hediondo en una mesa cercana, otros pichangueaban a pocos metros de ahí y la urbe dejaba de existir en ese preciso momento.

Se perdían las bocinas de los autos, las chantadas de neumáticos y cuando nos paramos a bailar “Fruta y Té” de Gepe, un viejo comenzó a mirarnos mientras hablaba por celular. Sus

conversaciones diarias, su momento de conexión, su tradición de plaza.

— Como lo hacía mi abuela — pensé.

La necesidad de conectarse con otros cuando la casa se vuelve muy grande para uno solo.

Cuando me bajé del subte sentía la taquicardia a flor de piel. Una vez más puse mis dedos sobre la vena de mi cuello como si pudiera controlar algo, como si en verdad supiera cuántas pulsaciones tenía que tener mi corazón normalmente. Salí a la superficie y caminé con prisa, compré entradas al cine para el día y entré a la sala donde sería mi primera función. Me senté lo más atrás posible en una de las butacas rojas del Gaumont y respiré.

Ni los negocios de libros, ni el alfajor Havanna de chocolate blanco con trozos de nueces que se había derretido suavizando con dulce mi boca, ni el escrito de Villoro que contaba la historia del hombre que después de años de separación llamaba a su mujer desde la esquina de su ex casa tenían algo que ver. Ni el barrio Caballito, ni la banca donde tomamos sol mientras conversábamos en una pequeña plaza del barrio La Paternal, ahí en la esquina de San Martín con Coronel Apolinario Figueroa, eran responsables de mi angustia.

A veces cuando estoy en Chile y pienso en viajar, en vivir en otros lados, en conocer más ciudades, en escuchar más canciones, en leer más libros, en probar más sabores, el deseo se ve interrumpido al percatarme de todo lo que dejaría atrás si me fuera. Los almuerzos familiares, las onces con los amigos, las tardes en el

Parque Forestal, las hojas crujientes del otoño, el mar con olor a yodo. Es ahí cuando dudo en irme.

Pero cuando ya estoy afuera no siempre me gusta tener que volver. Por lo mismo, es habitual que baraje la opción de ‘esta vez perder el pasaje’, de quedarme con lo puesto y no volver. Es ahí cuando empieza el cosquilleo en mis dedos que va subiendo por mi brazo y agarra de a poco mi pecho. Lo siento como se debe experimentar la heroína recorriendo por las venas hasta que llega a todas partes. La sensación me consume. Es el aviso de que la taquicardia está en camino, que la angustia empezará a arrasarse y que probablemente no sea el mejor momento para tomar una decisión. Sólo hay que disfrutar.

Cuando apagaron las luces en la sala de cine recordé que hay ciertos lugares o circunstancias que me hacen sentir en todas y en ninguna parte a la vez. Como, por ejemplo, un cine en penumbra, o leer un libro, o caminar con audífonos escuchando mi música, o sentarme en el pasto a escribir, o recostarme y mirar las nubes pasar por el cielo. Viajar es el motor, el detonante para contar historias, para narrar cuentos y conocer vidas. —Es la plata mejor gastada— dijo un hombre que conocí mientras aguardaba para entrar a la función.

El mismo caballero que con quien luego de mirarnos y sonreírnos habíamos comenzado a conversar.

— Los viajes — me había dicho —, invertir en viajes es la plata mejor gastada. Y me contó de las veces que había estado en Chile y lo mucho que le gustaba el romanticismo de Valdivia, o lo fría

que era el agua en Niebla, o las muchas ganas que tenía de ir a los glaciares e ir a Punta Arenas.

— Yo cuando chica una vez estuve allá — le dije al despedirnos — Corría tanto viento que aún tengo la imagen de mi paraguas dando vuelta mientras por un lado me sujetaba de unas cuerdas y por el otro de mi mamá.

Cuando terminó la tercera y última película del día no quería salir del cine. Pero en esa oportunidad no se debió a lo mucho que me gusta leer los créditos, o por el estado de shock en el que me había dejado la cinta que acababa de ver, o por miedo a tropezarme por las escaleras debido a la falta de luz. Esa vez no quería salir porque no deseaba recordar dónde estaba. Era como si esperase a que empezara otra función, inmediatamente. Era como si esas paredes me estuviesen resguardando de lo que estaba por venir.

Ese movimiento permanente, la búsqueda eterna del lugar donde confluyen todos los olores que me gustan, el deseo de no encontrarlo muy pronto por el afán de querer más. Más ciudades, más canciones, más libros, más sabores, más películas. El deseo de querer escuchar más historias para contar.

Di vueltas por los alrededores escuchando radio Mega y su puro rock nacional. Buscaba un hotel donde me pudiesen regalar un mapa para volver a sentirme como turista pese a que ya comenzaba a jugar como local. Quería gitanear un rato más, distender el tiempo, alargar la tarde, perderme para encontrarme un rato después. Porque viajar se transforma en una droga adictiva que el síndrome de abstinencia no permite dejar tan fácilmente.

Llega el momento en que los pies se cansan, los soliloquios no son suficientes y las cosas más lindas dejan de tener el éxtasis de la hermosura cuando no tienes con quien compartirlo, con quien disfrutarlo, con quien hablar. Pero la tormenta pasó y el sentido retornó a mí cuando me topé con un vivero.

— ¿Tiene melisa? — le pregunté.

Y caminé feliz, con un mapa en una mano y con la planta que ya empezaba a oler un poco a limón.

AMOR HASTA EN LAS MÁS FEAS

Los bombos ya no suenan en el Estadio Nacional, ni en el Monumental, ni en ningún estadio chileno. Las hinchadas han sido silenciadas y no queda más opción que resignarse a cantar el clásico porompom pom, poro po-po a capela imitando un tambor. Cántico que no hace alusión a la música flamenca –como el primer video que aparece en youtube- ni menos se relaciona con Amara la Negra, sino que era la base que retumbaba en nuestra hinchada cuando aún era posible. No hay comparación con La 12 de Boca, ni siquiera con la Barra Amsterdam de Peñarol. Nosotros al estadio ni con agua podemos entrar.

Con J habíamos pasado la tarde en la costa de Atlántida comiendo sánquches y tomando cerveza, como clásico día de playa. Éramos nosotros dos y una que otra persona caminando por la arena. Era un cálido día de inicios de septiembre y yo me contentaba con tomar sol cerca de esas clásicas casetas de madera que parecen prototipos de casas de árbol pero que en verdad son la oficina del salvavidas durante los veranos. No quería volver mojada ni menos llegar con frío a ver el partido de Peñarol contra Sud América. Era mi primera vez en un estadio internacional.

Cuando ya estuvimos sentados en el Centenario me pareció insólito que me hubiese sorprendido el hecho de que la policía ni siquiera nos obligara a botar lo que nos quedaba de comida para entrar al estadio. A mi alrededor todos cargaban un matero, tenían su termo en los pies y ya comenzaban a sintonizar las radios y a poner los audífonos en sus oídos.

— Disculpe caballero, ¿Le molesta si prendo un tabaquito? — le pregunté a un hombre vestido con franjas amarillas y negras. Hace un tiempo había caído en la cuenta de lo desagradable que era el olor a cigarro para el resto, sobre todo cuando no era fumador.

Y en un castellano uruguayo, que me es imposible replicar incluso escribiendo, me dio a entender que porque ellos eran de Peñarol les importaba un carajo si yo fumaba o no y me ofreció fuego.

En Chile está prohibido entrar con encendedores al estadio. Como está prohibido también entrar con bombos, vengalas, comida y cualquier tipo de bebestible, incluyendo el agua. Ni siquiera a los uruguayos les permitieron ingresar con sus mates durante la Copa América 2015. Quitarles el mate a los uruguayos era como si a los chilenos nos prohibieran comer pan. Una fatalidad contra natura. Y pese que ahora se le dé tanta importancia a la Ley de Estadio Seguro, porque cada vez limita más al hincha, la historia se remonta a muchos años atrás.

Era 1994 cuando en nuestro país se promulgó la ley 19.327 que regía en materia de Violencia en Recintos Deportivos. Se requería de la autorización otorgada por el Intendente de la Región para la realización del partido, había consecuencias penales para la persona que incurriera en algún y quedaba estrictamente prohibido vender bebidas alcohólicas. Tanto en el recinto como en un perímetro de cinco cuadras alrededor.

Pero no fue hasta 2012 cuando la mano empezó a ponerse dura y hoy, más de veinte años después, las modificaciones a la ley incorporó poder realizar control de identidad a todos los asistentes, aumentar la especialización de los guardias —que cuando quieren pueden ser unos carniceros- y dotar de la capacidad de sancionar a

alguien incluso lejos del recinto deportivo. Como si siguiésemos en dictadura.

Ese día en el Centenario la Barra Amsterdam, como le dicen a la hinchada de Peñarol, coreaba a todo pulmón *Y dale alegría, alegría a mi corazón / la Copa Libertadores es mi obsesión / tenés que dejar el alma y el corazón / tenés que dejarlo todo por Peñarol. / Y ya verás, la Copa Libertadores vamo' a ganar, / y ya verás, no somos como los putos de Nacional*. Aunque el partido fuese contra Sud América y no estuviésemos en período de clasificatorias para la Copa Libertadores, era evidente que los de Peñarol nunca perdían la oportunidad de ofender a-su histórico rival.

Mientras, el relator promocionaba un local de pizzas y las personas que estaban a nuestro alrededor no hacían más que gritarle burro al árbitro como si fuese la peor ofensa. Yo sólo pensaba en insultos chilenos al paso que me percataba una vez más de lo pobre que es nuestro vocabulario. Pero esa tarde en el Centenario ni se comparaba con el día de lluvia, el olor a humedad, el frío en los pies y el calor en el pecho que sentí una semana después en la Bombonera.

El fútbol llega a la vida de formas misteriosas. Algunos desde chicos nacen con la camiseta puesta. Inclusive, una vez escuché una historia en la que un padre le dijo a su hijo que él podía ser lo que quisiera en la vida, estudiar la profesión que más le atrajera. Podía ser católico, judío, protestante o árabe, le daba lo mismo. Pero lo único que era incuestionable es que él, durante toda su vida, sería hincha de Atlanta. Esa era la verdadera religión.

Pero esa tarde en Buenos Aires no íbamos a ver a Atlanta, el cuadro de los amores de mi amigo Marcelo, sino que con credenciales colgando en el pecho, después de pasearnos por los vestidores y acomodarnos en la zona de prensa del estadio, estábamos a una hora de que empezara la función en la que consistía mi regalo: vería en la cancha a Boca Junior enfrentarse contra Racing Club.

Cuando La 12 hizo su ingreso a los asientos aún vacíos de la gradería norte, por el costado izquierdo de donde estábamos ubicados nosotros, todo el estadio vibró. Iban uno a uno bajando, con la villera del bombo y las trompetas a sus espaldas, tiñendo el gris de amarillo y azul, convirtiendo el evento deportivo en una fiesta, en todo un carnaval al ritmo de *Boca, mi buen amigo, esta campaña volveremos a estar contigo / Te alentaremos de corazón, esta es tu hinchada que te quiere ver campeón / No me importa lo que digan, lo que digan los demás / Yo te sigo a todas partes, cada vez te quiero más.*

Y cuando el delantero Jonathan Calleri metió el primer gol por Boca, a los veinticuatro minutos del primer tiempo, La 12 enloqueció y pude apreciar en vivo y en directo lo que significaba una verdadera avalancha. Cómo saltaba esa hinchada en el tablón, como se sujetaban de las banderas montados sobre los fierros mientras todo el resto se venía abajo. Cómo se abalanzaron contra las rejas y la escalaron en segundos con una técnica impresionante no tenía comparación, era un espectáculo impresionante que nunca antes había visto.

Mientras yo sentía como el corazón se aceleraba en mi pecho de la pura emoción.

Sin embargo, fue imposible continuar la fiesta. Al minuto once del segundo tiempo, cuando Boca le ganaba 1 a 0 a Racing, y tras consultar con los técnicos y los jugadores, el árbitro Federico Beligoy decidió parar el juego debido a la constante lluvia y a las malas condiciones del campo de juego. A La 12 parecía no importarle: seguían alentando a su equipo como si ese fuese el último partido, como si del triunfo dependiera todo, como si supieran que ese día era su oportunidad para ganarle a Racing en vez de perder una semana después por dos a uno.

Pero uno al equipo lo quiere y pareciera ser que en el fútbol da lo mismo lo que pase, la hinchada siempre sigue atrás perdonando, olvidando y apoyando. Es como en el amor de pareja. Uno perdona hasta que renuncia a dar más revanchas. Como cuando Johnny Herrera, actual portero de Universidad de Chile en la Primera División, atropelló y mató a una estudiante en diciembre de 2009 por conducir en estado de ebriedad. En esa oportunidad el Tercer Juzgado Civil de Santiago sólo lo condenó a indemnizar a la familia de la fallecida con 15 millones de pesos. O como probablemente en unos meses todos olvidarán que Arturo Vidal chochó su Ferrari por conducir borracho en plena Copa América. Pero lo peor es que probablemente todos alguna vez lo hicimos, sólo que tuvimos suerte.

Quizás es verdad que el “el hincha de La Roja es una especie de simio amaestrado, irracional, que vocifera, canta, grita, se pinta la cara y, sobre todo, compra, compra y compra. Desde la carne para el asado, la camiseta, la entrada, la cerveza. Es un hincha que no es capaz de construir una opinión”, como dijo hace poco en una entrevista el académico de la Universidad de Chile Eduardo Santa Cruz, quien por más de 30 años se ha dedicado al estudio de la

cultura popular y las industrias culturales en Chile. Pero aún así la camiseta se quiere. Se valora a Gary Medel y su capacidad de resiliencia; a Alexis Sanchez y sus triunfos en el Arsenal.

El año pasado un chico me contó su historia de hincha en la micro. Era raro, porque de un momento a otro yo había pasado de ver partidos de fútbol sólo en los mundiales a soñar con ellos mientras dormía. Y en ese momento, además, se había transformado en mi tema de conexión con desconocidos. Él, Aquiles, venía borracho porque había estado celebrando la victoria del Barcelona en la Champions League. Por lo que le pregunté sorprendida si era de ese club, pues su tenida deportiva decía todo lo contrario. Y secamente me dijo que no, que a él le gustaba el fútbol no más.

— ¿Y qué equipo te gusta si no eres del Barcelona?

— La U — me respondió.

— ¿Y por qué? ¿Tradición familiar?

— No — sentenció.

Aquiles era de los que pudo meditar sus opciones futbolísticas en algún momento. No recuerdo cuántos años dijo tener pero debe haber sido lo suficientemente mayor cuando eligió cuál sería su equipo, ya que su razonamiento había sido histórico-social. Señaló que el Coco Colo no le gustaba por la relación que había tenido con Pinochet durante la dictadura. Que Universidad Católica tampoco, debido a que no podía entender cómo un equipo con tanta plata era capaz de construir un estadio tan lejos, al que casi nadie podía llegar.

— Ese estadio no era para el pueblo — condenó — Ese estadio era para los que tenían plata y auto —.

Pese a que no pudo explicarme por qué era de la U, ya que había vuelto a perder el hilo de la conversación, me quedó clara la idea de que ser hinch de un equipo de fútbol no era una decisión así como así. La mayoría no elegía en base a que fueran buenos o malos, o si habían ganado más o menos copas, o por que tan grande era su estadio o por si siquiera tenían uno. Los factores involucrados para volverse hinch de una camiseta eran muchos más que esos.

Yo todavía recuerdo la primera vez que vi a La Roja jugar en el Monumental. Pese a que en esa oportunidad perdimos dos a uno contra Uruguay, lo que no fue mucha sorpresa, al otro día me dolía todo el cuerpo. Había perdido levemente la voz, sentía mis piernas como si hubiese subido trescientos escalones sin parar y tenía la espalda un poco agarrotada. Porque, aunque suena reprochable, cuando juega la Selección sí me siento un poco más chilena. Quizás en eso consista el amor por la camiseta. El secreto radica en la pertenencia.



PRIMAVERA



ISLA DE FLORES

*“Un día nos encontraremos en otro carnaval
Tendremos suerte si aprendemos que no hay ningún rincón que no
hay ningún atracadero que pueda disolver
en su escondite lo que fuimos el tiempo está después”*

El tiempo esta después - Fernando Cabrera

*El cuero de los tambores se calentaba alrededor del fuego
mientras en un escenario improvisado, que no eran más que
micrófonos sobre el suelo, tocaban música durante el intermedio.
En una cooperativa de fachada morada vendían empanadas,
facturas y queques. Un poco más allá salía el olor de la carne
quemándose a la brasas. No era un domingo cualquiera en el
Barrio Sur y Palermo de Montevideo; era un 21 de septiembre y
había que darle la bienvenida a la primavera al son del candombe.*

Había llegado ese mismo día desde Argentina a Uruguay no sin un poco de emoción. Marce me fue a dejar temprano al terminal de Colonia Express en el Río Darsena Sur desde donde zaparía a Uruguay. Yo cargaba mi mochila, mi casi decena de nuevos libros, mi cd de Luis Salinas y su música argentina. Caminaba otra vez con la marihuana metida en mi calzón, tal como en Salvador de Bahía el día de la celebración del Olodum, esperando no ser descubierta.

Guiada por mis viciadas costumbres marihuanescas y por el presentimiento de lo mucho que la disfrutaría caminando por Pocitos, bailando candombe en el Barrio Sur, tomando cerveza y

comiendo chivito, compartiendo con el resto de los viajeros del hostel, había decidido que me era estrictamente necesario cruzar con ella. Lo que nunca imaginé es que mi primer control para salir del país sería realizado por tres policías y un perro amaestrado para olfatear drogas.

— Concha tu madre acá cagué — pensé en mi refinado vocabulario chileno.

Mis manos comenzaron a sudar, sentía un tic en el ojo derecho y trataba de sonreír lo más amablemente posible. Paso mi mochila grande, la pequeña y detrás de ella yo. El labrador que estaba ahí o era el más viejo de todos o ya se había comido toda la marihuana que habrá encontrado, porque sus ojos no se abrían y de seguro con suerte podía oler. En Chile con el Servicio Agrícola y Ganadero (SAG) mi estúpida proeza habría sido imposible.

Con la frente en alto y la cara llena de risa volví al Hostal *Unplugged*. El mismo que me había recibido en invierno llorando a mares y casi sin siquiera poder mantenerme de pie. Me dieron la misma pieza, pero ese día no me hice un bollo en la cama, ni ocupé casi todo el papel higiénico del lugar. Estaba pronta a la hora de la Cuerda de Tambores así que tomé un mapa, hice las preguntas pertinentes y partí. La temperatura estaba perfecta, a medida que caminaba veía como el sol se iba escondiendo lentamente a lo lejos y creía oler a flores y plantas en cada rincón. Eran los efectos del modo primavera.

Caminé por Isla de Flores hasta que los encontré casi llegando a la esquina de la calle Minas. Estaban en el inicio de la preparación de los tambores. Sentada en el marco de una ventana, apagaba un

tabaco para prender otro esperando lo que para mi era un carnaval. Veía a las personas con sus termos bajo el brazo, con sus materos, con sus cajas de vino Faisán – algo como el Fresco o Manquehuito chileno pero peor– no aptas para diabéticos. Era un lugar de encuentro, de vida familiar, donde las personas iban a ver a amigos, a tomarse unas cervezas, a fumar humos dulces por ahí. A disfrutar.

La historia cuenta que los Barrios Sur y Palermo son conocidos como la cuna de la cultura afro-uruguaya y del Candombe, que más que un género musical dicen que es una forma de vivir, un estado de ánimo, un gesto cultural que fue declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO en 2009. Esta manifestación cultural es originaria de la actual Angola y fue traída a tierras sudamericanas en los siglos XVII y XVIII por esclavos arrancados de los reinos de Kongo, Anziqua, Nyongu y Luando.

Ya en Uruguay celebraban su herencia con una danza dramática y religiosa, que congregaba a los esclavos africanos y sus descendientes en rituales al aire libre, acompañada con el sonido del tambor. Pero a la población blanca montevideana no le gustaba estas ceremonias herejes que atentaban contra la moral pública, por lo que a fines del siglo XIX las prohibieron y castigaron a quienes participaban en ellas. Por suerte aún así la tradición nunca se perdió. En la actualidad, los afrouuguayos representan entre 6 y 9 por ciento de la población total.

En el instante en que las manos empezaron a golpear los tambores y el cuero comenzó a hablar, partió la Cuerda. Algunos iban adelante, otros atrás, pero la gran mayoría los rodeaba. Eran tantas personas que se hacía difícil hasta caminar. Elegí mi lugar en el momento que me topé con la comparsa. ¡Cómo bailaban esas

mujeres! Si parecía que flotaban sobre sus tacos. El sol caía cada vez más y los tambores retumbaban en mi pecho, me hacían saltar el corazón y me sentía inmensamente feliz.

La conocí al final de la Cuerda de Tambores. Me había dado el lujo de bailar todo el recorrido de vuelta, por lo que cuando el repique cesó no tenía la menor idea de dónde estaba parada. Ni siquiera con el mapa habría sabido cómo volver al hostel, o quizás sí pero no quería averiguarlo. Así que intercepté a una chica que iba caminando sola y le pregunté riendo dónde estábamos. Tania se llamaba. Yo en todo el camino nunca pararía de reír. Los resabios maravillosos de fumetear.

Deambulamos juntas bajo las estrellas compartiendo un vino. Nos contábamos los males de amor, las penas, las pérdidas, esas que muchas veces en la vida motivan a más. A salir más, a vivir más, a crear más, a soñar más. Nos habíamos encontrado sin esperarlo pero teníamos algo en común, los tambores nos habían ayudado a encontrarnos con nosotras mismas. Fuera un segundo, durara unos días o unas semanas. Algo tenía la Cuerda de Tambores que en ella una se podía ver. Y al verse aprendía a ver a otros.

— Cuando te conocí fue uno de los días más sorprendentes de mi vida — me diría a los meses Tania.

Esa noche azul de mar yo la escuché mientras pensaba que quizás esa era mi cualidad: escuchar. Algo similar me había pasado cuando conocí a Anto en Ecuador, eso de sentirme identificada. Tal vez por eso conocía tantas personas viajando, por eso quizás tenía tan buenos amigos, por eso los otros se abrían conmigo, porque

sabía si era necesario callar y simplemente oír. Aunque pareciera ida o pérdida, yo estaba ahí con ellos. Era parte de la seducción para mí a la hora de viajar, ese tipo de casualidades. Esa magia de encontrar a otros con una sensibilidad parecida, con dolores similares, con quien poder compartir como si los conociera de toda la vida.

Apareció el majestuoso ombú, doblamos a la derecha por Luis de la Torre y ahí estábamos. Tania me había ido a dejar hasta el hostel.

— ¿Quieres pasar un rato? — la invité.

En la mesa larga frente a la entrada estaban los viajeros, los permanentes, los trabajadores del lugar. Perú, Colombia, Uruguay, Chile, México. Era un arcoíris de nacionalidades. Cuando tomamos asiento conversaban de la vida, de lo mucho que amaban Montevideo y Uruguay. Nos invitaron de beber y nosotras les dimos de fumar. El trueque perfecto.

Tania nunca había salido del país pero ese primer día de primavera pudo sentarse en una mesa y viajar. Porque los viajes no son siempre sólo movimiento, o aviones, o estampas en el pasaporte. Los viajes a veces se pueden hacer sin siquiera moverse del lugar, compartiendo con otros, leyendo un libro, viendo una película, conversando en un hostel. Sea de la forma que sea, hay una cosa clara y segura: los viajes siempre valen la pena.



EPÍLOGO

*“¿Qué extraño es saberse vivo!
Caminar entre la gente
con el secreto a voces de estar vivo”*
El mismo tiempo, Octavio Paz

Viajar por Sudamérica era una deuda histórica para mí. Como la de los profesores, la de la educación gratuita, la del cambio de Constitución. Como todas esas deudas que tenemos los chilenos. De las que hablamos, reflexionamos, meditamos pero nunca logramos hacer mucho más porque tal vez creemos que no depende de nosotros, pero sí depende. Al igual que este viaje dependía de mí. Un día decidí dotar de sentido la idea de mi viaje. Para esto me planteé una incógnita: ¿Era posible hablar de una identidad sudamericana?

Apenas llegué a Brasil me di cuenta de que mi hipótesis era una premisa imposible de comprobar. Brasil, por sí solo, ya era como un continente diverso en costumbres, culturas, dialectos, religiones, códigos, vestimenta y hasta en los alimentos. Entonces asumí que quizás tenía que buscar un poco menos y vivir un poco más. Seguiría siendo importante y significativo comprender los orígenes de una cultura, el conjunto de formas y expresiones que determinaban a una sociedad, pero si no averiguaba y trataba de entender a las personas que componían dicho núcleo, cómo se relacionaban, qué hacían, dónde iban, y en vez de eso sólo visitaba museos y/o lugares turísticos, mi viaje sería lo mismo que sentarme

en el sillón y leer una *Lonely Planet* e ir chequeando imágenes con mi computador.

Mi primera incursión de mochilera en Sudamérica fue estilo *check list*. Viajé junto a otras dos chicas a Bolivia y a Perú asumiendo ajustarme al itinerario estudiado y diseñado por una de ellas. Esa vez no conocí ni un solo boliviano ni peruano, salvo con los que compartí en el transporte público o con los que me topé en uno que otro tour. Sería todo. No iba a comprar pan al negocio de la esquina, menos pasaba largas horas de mis tardes sentada en la banca de una plaza viendo a las personas pasar. El viaje radica en el contacto humano; viajar es ver y reconocerse en las miradas.

Me acuerdo de que cuando recién llegué a vivir a Amsterdam – lo que suena como si hubiese sido mucho tiempo, pero no duré más de dos meses en mi tan amada ciudad– una noche me perdí. Salí en mi bici segura de que tenía todo controlado y que sabía muy bien cómo llegar a donde iba, pero en el camino me di cuenta de que el paisaje de la ruta de día no tenía nada que ver con el de noche. No reconocía ni una esquina, ningún lugar, hacía un frío terrible y cuando ya eran casi la una de la madrugada y yo llevaba más de dos horas pedaleando sin rumbo –un trayecto que no duraba más de quince minutos– me empecé a acongojar.

No encontraba ningún teléfono público que funcionara y cuando uno finalmente lo hacía o no me contestaban, o me iba directo al buzón de voz perdiendo incluso mi tanpreciado euro. Era 2010 y parecía que eso de andar con monedas en los bolsillos para llamar desde cualquier esquina estaba completamente obsoleto en Europa. Yo ya no sabía muy bien qué hacer cuando oí una voz. Venía zigzagueando con su bicicleta a mi espalda y estaba igual o más

perdida que yo. Quería saber si por casualidad yo sabía dónde estábamos y si le podía ayudar a llegar a su casa. Ella era de Rumania.

Cuando se percató de que ambas estábamos igual de perdidas nos largamos a reír. Nos sentamos en una banca y empezamos a revisar en el mapa si encontrábamos alguna calle conocida que nos situara en nuestro entorno espacial, pero ni así lo logramos. ¿Cómo era posible que nos hubiéramos perdido en una ciudad de 219 kilómetros cuadrados que no alcanzaba ni siquiera el millón de habitantes? En un perfecto spanglish me invitó a dormir a su casa mientras sacaba de su cajetilla un cigarro para cada una.

Me acompañó a hacer el último intento en el teléfono público cuando por fin me contestaron. Volvimos a la banca a esperar. Ya no éramos dos extrañas sino dos forasteras compartiendo lo difícil y solitario que a veces es tratar de vivir en otro país. Nos entendíamos en nuestras lágrimas, compartíamos nuestros miedos. Éramos nuestro reflejo. Se veía la misma incertidumbre de no saber muy bien dónde queríamos estar, acompañada de esa clara convicción de que nuestro país de origen por el momento tampoco era el sitio indicado.

Los viajes son una estimulación constante donde el deseo, la intriga, los supuestos peligros, lo atractivo de la novedad, se convierten en la gasolina, el alimento, la energía para seguir pese al cansancio, pese a veces el espejismo de soledad. Porque lo más bonito del recorrido es el momento en que una se empieza a forjar y a encontrar, más allá del coleccionar experiencias por experiencias. De alguna manera hay que buscarle un significado a la travesía para que no se convierta en un bien de consumo más.

Al final no encontré, ni tampoco busqué, el origen o el lugar de convergencia de una posible identidad Sudamericana y la verdad es que ya tampoco creo que exista una. Pero aún así existen ciertas cualidades que parecieran ser transversales en la comunidad sudamericana como el humor, la solidaridad, la empatía, la resiliencia, el gen de lucha. Todos tenemos un pasado común de conquistas y masacres, de explotación y abusos, de huachos. Pero aún así en general todos seguimos adelante ayudándose unos a otros.

Pese a no poder hablar de esa identidad común, los viajes sirven para tener la oportunidad de consolidar y redescubrir la propia identidad. En la relación con los otros, en el reflejo de sus miradas, en este juego de espejos que va construyendo y definiendo con más claridad quién es una. Cuando salimos de nuestro lugar de confort nos ponemos a prueba y nuestras decisiones evidencian quiénes somos y qué es lo que queremos. Es la magia de los viajes.

Porque viajar es como nadar. Al principio cansa, incluso puede llegar a doler. El peso de la mochila en los hombros, en la espalda, las ampollas en los pies, la soledad. Pero en un momento las sensaciones de pesar se esfuman, el tiempo se detiene, el mundo alrededor desaparece y los músculos dejan de sufrir. La mente se calma. Seguir moviéndose se convierte en una adicción, en una sensación de placer que el cuerpo no quiere dejar de sentir, porque cada brazada son algunos metros menos con aspiraciones a kilómetros más. Una vez encontrado el ritmo el impulso es una respuesta innata. Ya no querrás dejar de hacerlo nunca más.

Luego de que siempre hubiese vivido en la misma casa, en el mismo lugar, mi primera experiencia de gitana se dio cuando me fui de mi hogar a finales del 2006 a vivir a Valparaíso. En un período de ocho meses alcancé a vivir casi en casi el mismo número de casas. Me cambiada de un lado a otro todo el tiempo, siempre por distintos motivos. Una vez más volvía a tomar mis cajas, ordenar mi ropa, perder mis calzones. Una vez más tenía que tratar de hacer un espacio mío, sin saber cuánto iba a durar.

Hoy, cuatro años después, siento algo parecido. En Europa no tengo nada verdaderamente mío salvo mi mochila que esta ahí, siempre hecha, siempre lista para volver a partir, siempre sin dejar que mi vida salga de ella, que sienta el aire, que respire, que escape. Mi mochila no se puede emancipar, ella y los lugares insisten en que se quede ahí armada, viviendo en una esquina, esperando no sé qué. Pero en el camino me he dado cuenta que da lo mismo si la maleta sigue armada o ordeno todas las cosas en un espacio del closet de quién sabe qué lugar, en el camino me he dado cuenta que la que se esta emancipando en realidad soy yo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ANDRADE, Maria do Carmo. *Olodum*. Pesquisa Escolar Online. Fundação Joaquim Nabuco, Recife. Disponível em: <http://basilio.fundaj.gov.br/pesquisaescolar/>. (Consulta: 10 enero de 2015)
2. ARFUCH, LEONOR. 2013. *Memoria y autobiografía: Exploraciones en los límites*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica Editorial. 168p. (Sociología)
3. GALEANO, EDUARDO. 2013. *Las venas abiertas de América Latina*. Montevideo. Ediciones del Chanchito. 379p. (Duodécima edición)
4. GUERREIRO, LEILA. 2009. *Frutos extraños: crónicas reunidas 2001-2008*. Buenos Aires. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara. 400p.
5. KUPCHIK, CHRISTIAN. 1999. *El camino de las damas: Escritoras viajeras. De la Mística a la Pasión*. Buenos Aires. Editorial Planeta. 349p. (Selección)
6. MENESES, JUAN PABLO. 2011. *Equipaje de mano: crónicas de viaje*. Santiago. Lolita Editores. 195p. (Tercera edición)

7. PERNAS, WALTER. 2013. El revolucionario Pepe Mujica: la biografía novelada. Buenos Aires. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara. 704p.

8. SARLO, BEATRIZ. 2014. Viajes: De la Amazonia a las Malvinas. Buenos Aires. Editorial Planeta. 272p.



REF:

Memorista: Marianne von Bernhardt
Profesora guía: Ximena Póo Figueroa
Santiago, 27 de julio de 2015

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria "En caso de extravío: crónica de viaje sudamericano"

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Perspectiva social e histórica	La crónica entendida como huella y propósito, donde las historias contadas tengan un anclaje social, político cultural.	15%
1.2	Pertinencia periodística	Relevancia y originalidad. Criterio de actualidad y de sostener relatos como un proceso.	15%
1.3	Estrategia Metodológica	Recolección de la información, fuentes, datos y antecedentes. Uso de entrevistas, diálogos, observación.	20%
1.4	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto, estructura y ejes argumentativos; uso, de acuerdo al énfasis declarado, de recursos literarios.	20%
1.5	Presentación y estilo	Calidad de la redacción (gramática y ortografía), recursos estilísticos, estructura creativa (tipos de entramados entre partes y capítulos, por ejemplo).	20%
1.6	Recursos bibliográficos en caso de ser utilizados	Materiales y textos utilizados (referencias bibliográficas).	10%

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	1,1
1.2	7,0	1,1
1.3	7,0	1,4
1.4	7,0	1,1
1.5	7,0	1,4
1.6	7,0	1,1
NOTA FINAL	7,0	

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0.



COMENTARIO

La memoria que aquí se informa es uno de los trabajos basados en relatos de viajes más importante que me ha tocado observar y guiar en mis años dedicados a la academia. No se trata solo de viajes que involucran a su autora y su propia construcción subjetiva de una ruta que, a la vez, una ruta vivencial.

El contexto social, histórico y político forma parte de una trama que revierte la fábula del ego para convertir a estas historias en historias que marcan un tiempo compuesto por protagonistas, espacios, caminos, mensajes mediáticos, producción cultural de la experiencia. Ella aquí se posiciona con la impronta de una cartógrafa social y política, haciendo honor a mujeres que, sin esencialismos, han sido capaces de construir un mapa epocal.

Considero que su pluma es más que adecuada al tono que quiso dar a cada una de sus historias., que logró una estructura rigurosa, donde la narrativa fluye entre el mejor periodismo y la literatura que encuentra en la existencia una forma, un arma crítica, para contar el mundo.

Insto a la memorista a publicar su memoria lo antes posible porque es una voz imperdible.

Por todo lo anterior, califico esta memoria de título con un 7,0 (siete coma cero)

Atentamente,

Ximena Póo Figueroa
Profesora Asistente



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "En caso de extravío. Crónicas de una viajera sudamericana" de la estudiante **Marianne Victoria Von Bernhardt Pérez**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1. 1	Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1. 2	Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1. 3	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1. 4	Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1		6,5
1.2		6,5
1.3		6,0
1.4		6,5
Nota Final		6.4

COMENTARIO

Uno de los mayores logros de una crónica de viaje, es sentir que el autor te toma de la mano y te lleva de la mano por los lugares que relata. Y eso es precisamente lo que sucede al leer varias de las crónicas presentadas en "En caso de extravío. Crónicas de una viajera sudamericana" de la alumna **Marianne Von Bernhardt Pérez**. Su buena pluma y dominio del género permite acompañarla en su aventura por el continente, tras la pregunta sobre una supuesta identidad regional.

Si nos enfocamos en el manejo de las técnicas, sin duda que Marianne las tiene. En su escritura hay tono, buen reporteo, excelente uso de información "fría", datos, intención literaria, polifonía: muchos de los elementos que necesita la crónica, este ornitorrinco del periodismo, como lo define el mexicano Juan



Villorio. Y de paso, Marianne reflexiona sobre el viaje, el movimiento y la pulsión de la novedad como combustible. Una sensación que, no bien manejada, nos conduce inevitablemente a una especie de zapping turístico (“lo que viene siempre será mejor”) o a la idea que más timbres en el pasaporte es sinónimo de saber viajar.

Y ahí existe una posición que toma Marianne y que define el resultado del compendio de crónicas: ser turista o viajero. ¿Vale más hacer check en la lista de lugares que “hay que ver” en la ciudad de turno, o es más valioso gastar una tarde charlando con un chofer de un taxi? ¿Aprendo más sobre un país leyendo un libro o conversando con los vendedores ambulantes de ese lugar?

Marianne se instala como viajera y tiene claro que cualquier viaje es interno, una de las tantas maneras de buscar sentido. Que en el constante deambular es inevitable llegar a conocer nuevas formas de uno mismo, y que, en sus palabras “lo concreto se vuelve difuso y lo extraño se vuelve familiar”. Que el viaje te hace consciente. Y que una buena crónica de viajes necesita muchas veces que nos volvamos invisibles, parte del paisaje. Que la intimidad es necesaria para cualquier texto y en especial la crónica. Que viajar solo permite obtener un material distinto, ya que cuando se viaja acompañado los otros son los extraños. Pero cuando viajas solo, tú lo eres. Y eso necesariamente obliga a la exposición y a un actitud tipo esponja: todo sirve.

Ahora, varios pasajes de las crónicas huelen a diario de vida y eso no ayuda a la concreción de un texto ¿relevante? Tal vez, y solo tal vez, ciertas reflexiones se sienten gratuitas y eso atenta contra una lectura profunda, una que impide sumergirnos completamente en esas piscinas que nos propone Marianne (ya que, según ella –y comparto a rajatabla la analogía– viajar es como nadar). Quizás un trabajo mayor de edición hubiese ayudado a generar un compendio más corto, pero potente. Y ahí viene la pregunta ¿para qué se escribir estas crónicas de viaje? ¿Es para mostrar una realidad como la de Uruguay o Venezuela a través de otro formato ajeno a reportajes y crónicas informativas? ¿O es hablar de uno mismo con la excusa de referirse a otra cosa?

Como resumen, me parece una muy buena memoria, una que contiene textos donde reluce la tan difícil técnica de la crónica de viajes, donde podemos acompañar a Marianne en muchos de los relatos gracias a su talento y excelente reporteo, y donde comprobamos dos elementos fundamentales que debiesen poseer los periodistas que se dedican a este género, y los alumnos egresados de nuestra Escuela: instalar la mirada de viajes –donde la novedad y lo atractivo depende del ojo observador–, y la construcción de una voz.

Ambos se cumplen a cabalidad.

Hay mirada.

Hay voz.

Atentamente,

FRANCISCO PARDO U.

Santiago, 28 de Septiembre de 2016



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "En Caso de Extravío, Crónicas de una Viajera Sudamericana" de el/la estudiante **Marianne Von Bernardi Pérez**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y perspectiva	Excelente.	10%
1.2	Reporteo y técnicas periodísticas	Excelente.	35%
1.3	Estructura	Buena.	25%
1.4	Narrativa y estilo	Buena pluma, Sin embargo, hay poco poder de síntesis en algunos aspectos innecesarios.	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	7,0	2,5
1.3	5,8	1,5
1.4	5,8	1,7
Nota Final		6,3

COMENTARIO

El texto es extremadamente atinente, cruzan en él las realidades latinoamericanas sin adornos ni prejuicios. La autora al insertarse en terreno y realizar el reporteo, grafica con un gran estilo literario sus experiencias y las de los otros desde los ojos de una mujer arrojada a la realidad. No hay miedos, y eso se nota en lo descrito, a enfrentar las distintas culturas y por sobre todo a describirlas, cumpliendo en el relato todas las funciones de la crónica: el diálogo, la descripción, la entrega de información (argumentación) y la narración de los hechos. Sin embargo, y a modo de



consejo, hay un exceso de espacio y dedicación a situaciones que no lo ameritan. Ese criterio, el de darse cuenta y definir qué imágenes o escenas son más simbólicas de América que otras, es lo que falta. Tras una nueva edición de la autora, donde trabaje con conciencia filtros que le hagan detenerse solo en lo desconocido, o solo en lo que más refleja a las culturas y , el trabajo es incluso publicable.

Atentamente,

Nombre profesora/a

Santiago, 14 de septiembre de 2016